

AS

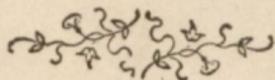
R-126048

R. RAMIREZ DE ARELLANO.

LEYENDA Y TRADICIONES POPULARES.

Benu-Usra.—El anillo del Rey Don Juan.
Ibn-Ammar.—El beso de la muerte.

(1876.)



CÓRDOBA: 1877.

Imprenta de «La Actividad,»

Liceo, 41.

BENU-USRA.

(LEYENDA ÁRABE.)

BENU-USRA.

En los arenosos desiertos que forman el abrasado suelo del Arabia; entre las altas colinas desnudas y escuetas que coronan el Yemen, ese país privilegiado, poblado de aromáticas plantas cuyo producto forma la preciada mirra de la Meca; ese país que tiene por límites el anchuroso mar de Oman y el golfo arábigo y al que el Credjed, al Norte pone límites.

Donde se asienta asimismo ese Credjed, el de los habitantes de las tiendas negras y los caballos arrogantes salvages. Donde el Lahsa abrasador, el mas caluroso país del

Arabia, recompensa á los hombres con ricas y preciadas perlas, los productos de su trabajo en las marítimas costas.

Donde levantan sus crestas el Sinaí y el Kaleb, el Thor y el Horeb, los montes mas célebres de las historias religiosas: esos gigantes de granito que parece que velan de noche y de dia por el Hedjaz que los alberga. Y donde Hadjar entre las quiebras de sus rocas y en las concavidades de sus peñas, cá habitacion á los beduinos del desierto, es el campo grandioso donde los Usras asientan sus tiendas y campamentos.

Sobre movibles desiertos de arena ardiente, que como el mar levantan sus gigantes olas al impulso del viento huracanado: al pié de pedregosas montañas escuetas é inaccesibles, cuyas crestas se pierden en el infinito y cuyas sinas de unas en otras se pierden en un horizonte ilimitado: sobre

menuda hierba verde de gualda, amarillento matíz que el Sol de la península islámica presta á sus producciones; donde zarzas y matorrales levantan sus ramas desnudas ó se arrastran serpenteando por el suelo: en pequeños bosques resguardados del viento destructor y la movable arena por rocas asombrosas, que ponen miedo en el alma del que las mira; en bosques bellos y agradables donde el loto florece y donde la palmera brinda al beduino su sazonado fruto y el árbol de la mirra embalsama el ambiente, posa su planta la errante tribu, y una noche en el desierto, otra en el oasis, sus estacadas y tiendas la guardan y sus ganados en ellas se guarecen.

Benu-Usra: jamás mas bella concepción se ha visto en las creaciones poéticas de los pueblos: jamás el sentimiento, el amor, el delicado afecto, se han visto representados de tan

maravillosa manera, como lo está por esta tribu errante del desierto que al par que simboliza el noble valor, la generosa hospitalidad y el noble arrojo, la mas bella poesia, el mas delicado amor, el afecto mas puro y al par que el mas sublime, los hace los reyes del desierto, los primeros entre los nómadas pastores que lo pueblan.

Qué bello poema de libertad, de santa independendia, forma la peregrina historia de esa poética tribu, así como las demás, que llenaban los desiertos que desde el Eufrates hasta el mar Rojo y desde las costas del Yemen, y del Lahsa, hasta el golfo Pérsico se estienden entre fragosas montañas y anchurosos valles, donde arroyuelos modestos y vergonzosos deslizañ entre guijas sus limpiás y puras aguas, que llevan en sus arenas el ámbar y las pepitas del oro.

La guarda y cria de sus rebaños son sus ocupaciones predilectas: la

guerra de venganza sus distracciones favoritas: la caza una necesidad de su existencia. La leche de sus camellos les refresca despues del combate y les repone sus perdidas fuerzas: el blando sueño en sus tiendas y los brazos de sus mismas mugeres, son los láncos que ciñen á sus invictas frentes, ornadas siempre con la corona del guerrero. El soplo del viento á través de las telas de sus tiendas formadas con el pelo de sus ovejas refresca su frente y orea el sudor y la sangre de los combates y los cantos de las doncellas, mal velados sus cuerpos con pieles de las gacelas, son los deliciosos trinos de los ruiseñores amantes que en sus descansos escuchan.

La libertad; el santo espíritu de independendia; ese noble deseo que separa al hombre de todo despotismo y humillacion; que lo hace altivo como la palmera que elevando sus ramas y tendiéndolas en el espacio cre-

ce y se agiganta y sobresale de sus compañeros, los vegetales del oasis: ese noble espíritu que da vigor y fuerza al alma; que ha producido los grandes capitanes y las grandes naciones: ese santo deseo que animando al pueblo helénico ha producido los homéricos cantos y ese largo poema de estremo de sus interminables guerras con los persas: ese noble espíritu que invadiendo por completo el campo de las modernas edades ha dado impulso á los guerreros aceros, á las lanzas y las espadas de los celtíberos españoles y tras una larga lucha sangrienta de independencia, ha hecho brotar de las liras de los juglares los melodiosos cantos del poema del Cid.

La libertad y la independencia: esas nobles aspiraciones que han producido, asimismo, los cantos y la leyenda de Anthar. La libertad y la independencia que le han hecho luchar por dominar la esclavitud y por las

que se han batido en el campo de batalla y dejado la guarda de sus rebaños, á la voz del viejo Xedrid que lo declaraba su hijo, se ha precipitado en el combate, ha salvado su tribu y despues, al descansar de las fatigas de la guerra, ha cantado sus *nu-sallacak*, en las que el nombre de Abla se confunde con el humear de la sangre y en las que espresa sus impresiones al recordar por el brillo de las espadas los blancos dientes de su adorada.

La libertad, la santa libertad, vuelvo á decir, es la que animaba, como á las demás, á la tribu de los Usras; á esa tribu privilegiada del desierto.

Benu-Usra: ¡qué bello nombre y qué hermoso poema el que este expresa! El caballero por escelencia, el imitador de Anthar, es el Usra siempre: lo mismo en el campo de batalla que en el reposo del campamento, la noble hospitalidad es su divisa, el

amor sublimado el carácter que los distingue. La tienda del Usra está abierta siempre al amigo como al extraño; el mismo enemigo está mas seguro en la morada del que ha jurado su muerte, que entre las lanzas y los caballos de sus huestes errantes. La hospitalidad le impone la obligación de respetarlo.

El carácter que simboliza esta tribu es el amor; el amor llevado á su mas alto grado de espiritualismo. Allí donde los rayos solares descienden de plano sobre el suelo haciendo hervir el agua y arder la arena; allí donde el aire se hace casi palpable y donde la voluptuosidad que acompaña á todos los países caliginosos que el Sol enciende, debia dejarse sentir, hay amantes que jamás imprimen un beso en las frescas bocas de sus queridas, á las que ven en la soledad y el silencio, ni tan siquiera por apagar el fuego que sus ardientes corazones inflama.

Allí, es donde los hombres aman como se debe amar en el desierto, con el calor del volcan y el impulso del Simoun, y allí es donde ponen en sus amantes deseos las nieves de los Alpes. Allí es donde los hombres cantan á sus queridas con voces argentinas y apasionados ecos y donde únicamente espresan los lábios lo que en sus corazones acontece, y allí donde aquellos amores que empiezan con el fuego de la juventud no se amortiguan jamás por los hielos de la vejez.

Jamás nace en el pecho una passion que no halle pronto salvador remedio. Si se ama, se ama siempre verdaderamente: si es correspondido el amor, la curacion es fácil; si es desdenado, mas fácil aun. El Usra que sin esperanzas abriga una passion ardorosa, es siempre víctima de sus dolores, la muerte pone fin á sus cuitas.

No he querido decir que los Usras atenten á sus vidas. El suicidio solo

se conoce entre los pueblos civilizados; el suicidio solo se comprende entre hombres que han secado su corazón á impulsos del crimen y del vicio, y los Usras son de moralidad intachable, de sobriedad en sus vidas, de buenos y honrados sentimientos. No: el Usra no se arroja al mar desde la alta roca á servir de pasto á las focas y las fieras marinas: el Usra no se precipita desde la gigante peña al hondo valle que á sus pies sonríe: el Usra no baña en su sangre su puñal, ni se envenena con las nocivas plantas de sus campos. El Usra muere asesinado por sus amorosos é irrealizables deseos.

Preguntando un Usra por una alta señora, de quien era esclavo, á qué tribu pertenecía, contestó modestamente: «Señora soy de la tribu de los que cuando aman mueren,» (1)

(1) Henri Heine tiene una bonita leyenda titulada *Un Asra*, que concluye con las frases citadas. A. F. de Schek cuenta un pasaje semejante.

y era verdad que enamorado de su señora llevaba ya el amante mancebo dentro de su alma el veneno que le había de conducir hasta el sepulcro.

La frase que simboliza esta tribu, es la mas bella idea que de ella se puede dar: no hay mas poética descripción: nada hay que la iguale.

La tribu de los que mueren cuando aman. Nada mas bello, nada expresa mejor el sentimiento profundo, la insondable tristeza de su corazón no comprendido, el pesar de su pasión no satisfecha. Esta es la tribu, estos los Benu-Usra, estos son los héroes que me propongo cantar.

I.

La tribu de los Usras ha clavado las estacas y levantado sus tiendas en un pequeño valle cerca de Medina; la ciudad del profeta, la ciudad de

los bosques formados de palmeras. El horizonte está limitado de un lado por la escueta montaña sobre la cual un guerrero con ojos vigilantes y atento, espía, embrazada la lanza y al cinto su acero de la India, los movimientos del enemigo cauteloso. Del otro lado un bosque de palmeras, se levanta confundiendo sus troncos con el loto que se abre durante la noche para saludar á las estrellas sus hermanas y entre cuyos pies se dejan ver los últimos rojos destellos del Sol que se ha ocultado. Por esotro lado el inmenso Océano de arena se estiende perdiéndose en la bruma.

La errante caravana se entrega á las delicias de la paz despues del combate en que ha salido vencedora y sin que su mente asalte la idea de los cadáveres infinitos que han quedado tendidos en el anchuroso campo de batalla, mientras los jefes y padres de familia refrescan sus frentes con

Las brisas de la tarde, sentados junto á sus mugeres en las puertas de sus tiendas, los corderillos balan y se revuelven en el redil, jóvenes esclavos, ordeñan los camellos y las cabras, los caballos semi-salvajes relinchan en libertad, enamoran los amantes, y al compás de enamorada y melodiosa cítara pulsada diestramente, entonan agradables endechas las muchachas y bailan en corro con sus amantes ó sus amigos.

En mitad del campamento, atada por un lado, el accidentado tronco de una esbelta y mecedora palmera que con el rumor de sus hojas azotadas por el viento, parece que murmura una conceja oriental, se levantan las telas de pelo de cabra de la tienda de Dschenvil. El caudillo Obeida, sentado en su puerta, bebe de cuando en cuando un trago de pura y hermosa leche: la buena Subh, cariñosa se complace en ver la elegante apostu-

ra de su hijo, y este, Dschenvil con otros mancebos y muchachas distrae alegre las melancólicas horas de la tarde, mientras sus hermosos ojos negros se clavan como agujones en las pupilas de Botheina.

Dschenvil es un adolescente elegante y bello como un ángel copero del paraíso: sus hermosos ojos negros son mas brillantes que los destellos de las estrellas; sus lábios, un tanto abultados, revelan los nobles instintos de su alma, y su cuerpo vigoroso demuestra al hombre que ya ha probado la pujanza de su brazo contra los enemigos de su tribu. En sus ojos hay algo de melancólico y triste; en ellos se refleja un inexplicable fuego, una estraña fijeza; ese nunca definido algo que solo hay en las miradas de los enamorados y que está mezclado á un tiempo de amor y de ternura, de temor y de duda, de nobleza y grandiosidad y de encontrados sen-

timientos que expresan el volcan y simoun y á veces hasta las abrasadoras llamas del infierno,

Botheina tiene el color de las rosas bañadas en la leche: su boca es el mas hermoso clavel de grana que jamás se ha visto: la roja flor del granado que crece en Baejdá y en Damasco tiene envidia de aquellos labios coralinos que se entreabren suavemente para dejar paso al embriagador aliento de un deseado suspiro: sus rasgados ojos destellan rayos de vivísima luz, y en su torneada garganta y en su abultado seno ha puesto Allah preciado nácar de los mares, como en su cabello hebras de ébano y perlas en sus dientes.

Jamás mas bella pareja se vió en la tribu de los Benu-Usras.

Botheina y Dschenvil parecen creacion del Omnipotente que en sus altos designios los ha formado para martirio de escultores que nunca con sus cin-

celes pudieran crear imágenes que á ellos se igualáran.

Sentados en corro unos sobre la arena y las plantas silvestres, otros en el cortado tronco de una palmera, cruzadas las piernas y en el mayor recogimiento y silencio, todos esperan con la impaciencia pintada en sus movibles ojos y en sus balbucientes labios la voz de Botheina, que á la mas esquisita belleza y la mas natural elegancia, reúne el soplo divino de la inspiracion que hace brotar de sus labios fluidos y sonoros versos, rivales en sus conceptos y en sus cadencias de las célebres casidas y muallakat de Anthar y Dschenvil, de Jeresdak y de Ahtal. La elegante cantora pulsa las cuerdas delicadas del instrumento, emite notas armoniosas y gratas, henchidas de melancolía delicada y alzando primero al cielo sus hermosos ojos y despues posándolos con amor sobre Dschenvil, empieza á can-

tar con voz mas dulce que el saltador arroyuelo que serpentea murmurando entre guijas.

1.º

Tras los celages de ópalo y de grana se sepulta el Sol magestuoso en el horizonte, como un soberano que se pierde á la vista de sus súbditos tras los calados muros de sin igual palacio.

2.

Con sus últimos rayos se despide de los lugares amantes que ha besado con sus fulgores durante el dia, y en su último beso baña de púrpura los picos de las montañas y las murmuradoras copas de las palmeras.

3.

La noche estiene por el cielo su oscuro manto de tinieblas y lo va ocultando como oculta el bozo las me-

jillas de un adolescente (1) y en ese mismo cielo oscurecido brilla una dorada joya que no otra cosa semeja la purísima luna.

4.

Mientras tanto los nómadas be-
duinos beben vino ó leche de sus ca-
mellos en tosca copa de arcilla, sa-
zonadá con el amor de sus mugeres
queridas y las dulces miradas de sus
hijos que anuncian en sus ojos una
nueva generacion de héroes.

5.

Yo tambien confiado ansío gozar
el placer y bebo en las miradas de
mi adorado rayos de inestinguible
amor; amor que siendo una sola lla-
ma, quema á un tiempo su corazon
tan querido, y el mio que solo por él
palpita.

(1) Esta figura es árabe.

Su mirada ha penetrado en mi corazón como mortífera saeta lanzada por un hijo de la tribu de Andan, y mientras mas pretendo separar su imágen de mis ojos, mas se clava y se introduce en mi pecho este mortífero aunque embriagador acero.

Hasta en las largas horas de la noche se presenta á mis ojos su imágen tan querida, y cuando no lo he visto durante el día porque la guerra me lo ha arrebatado, viene á darme cita de amor feliz y placentero su alma, hasta el borde de mi lecho mismo.

Si lo veo en el fragor del combate, me parece el ángel Arimanes que con su cortante acero esparce la

miente en torno suyo: si lo veo en las delicias de la paz y durante las horas de expansion y reposo, me dan impulsos de arrojarme á su cuello y abrazar mi alma en su mirada.

Deja de cantar la niña, y un largo suspiro se escapa de su pecho: durante su cancion, sus ojos han estado clavados en las pupilas de Dschenvil, reflejándose en ellos la gigantesca pasion que en su pecho se alimenta. Dschenvil, mientras tanto, la ha mirado con el arrobamiento y respetuoso apasionamiento con que se adora á Dios en sus altares. De las manos de Botheina pasa el instrumento á las del mancebo; pulsa un momento sus cuerdas y empieza tiernamente á cantar.

Mientras tanto, el sol se ha hundido en el ocaso y la luna desde el cielo alumbra esta escena de expansivo deleite y la felicidad cumplida de los enamorados trovadores.

1.

He escuchado tu voz con el mismo recogimiento y amoroso arrobamiento que si hubiese escuchado al Profeta que desde en medio de la tempestad, en un trono de nubes y rodeado del rayo y acompañado del trueno, me hubiese dirigido su voz.

2.

He escuchado las cadenciosas notas de tu cantinela, amorosa como la voz de un pajarillo en la arboleda umbría; como el rumor del arroyuelo después del largo combate; como el sonido de la lluvia después de la abrasadora sequía.

3.

Al escuchar tu voz, me ha parecido que desde el cielo los ángeles cooperos y las huríes encantadas del paraíso me saludaban sonrientes, y mi

pecho, que enamorado palpita, se ha inflamado mas aun, al encontrar tu mirada.

4.

Si mucho me amas á mí, dulce encanto de mi vida, mi estrella en el combate, mi sol en la oscura noche, nada hay comparable al dulce embelleso que por tu amor he sentido: amor que conmigo nació; creció conmigo, y con mi muerte no ha de perecer sin embargo,

5.

Por conservar tu cariño nada habrá en el mundo que yo no me encuentre capaz de realizar; te adoro, y aunque un alto castillo en la roca viva labrado te guardára, le destruiría el fuego que en mi pecho se alimenta.

6.

Por esto ansío tan solo llamarte

mi esposa, como puedo ya llamarte mi amada, y antes que el sol del nuevo día se oculte, nuestro amor habrá triunfado, y un nuevo enlace celebrará satisfecha la tribu con sus danzas y regocijos.

7.

Sé que aunque tu padre tuviese el pecho de roca, no podría resistir el embate del mar de lava que aquí arde. Mi esposa serás y se verán colmados para siempre nuestros amantes deseos y recompensados con brillantes placeres nuestros tormentos infinitos.

Concluyó el canto: la voz de Dschenvil es tan grata, tan dulce, que todos sienten el noble sentimiento que la hace brotar: porque aquellos hombres y mugeres que le escuchan son Usras; y qué Usra no siente el fuego del amor? Dschenvil y Botheina se despiden tiernamente con una

mirada amante; el corro se disuelve; cada uno marcha al seno de su hogar.

En el lugar de la escena solo quedan algunas plantas marchitas y algunas palmeras solitarias: la luna ilumina el campo, proyectando sobre el suelo las siluetas de las tiendas y de los árboles; las flores del loto y las azucenas silvestres se abren esparciendo suave aroma, y un momento despues, si todos no duermen, por lo menos no es interrumpido el silencio en aquel campo mas que por el balar de alguna oveja ó por el relinchar de los caballos salvages en los cercanos bosques.

II.

Durante el descanso de la dichosa tribu no hemos nosotros, pobres peregrinos perdidos en el desierto, sin divisar una llama que nos abra las puertas del árabe hospitalario, de ar-

rojarnos al suelo y descansar tranquilamente sobre la abrasadora arena del desierto. Nacidos en Europa (mis lectores y yo) no podríamos dormir en tan ardiente lecho, y así preferimos pasar la noche en la contemplación de las pléyadas y de la venturosa Canopo y en recordar las glorias de los árabes, pues no hemos de turbar el sueño de la tribu con nuestras voces y mucho menos introducirnos curiosamente en sus hogares. Así, pues, bajaremos la voz y cuchichearemos nuestras impresiones, mientras que la aurora asoma y podemos seguir como invisibles espectadores la historia que narramos.

Me propongo llevarte, querido lector, dentro de poco, á presenciar una *mujaraca* (1), esto es, un certámen en que hemos de ver vencedor á nuestro querido Dschenvil, y así voy á darte

(1) Certámen poético á semejanza de nuestros juegos florales.

alguna idea sobre la poesía, para que no te presentes lego en Ocaz, y puedas prestar tu aprobacion y tu voto al hijo del desierto, competidor en aquel sitio de los mas famosos poetas. Así, pues, como ya has oido los cantos de Dschenvil y Botheina llenos de valientes imágenes y de sentimientos hijos del corazon de cada uno de los felices amantes, habrás comprendido que yo pongopoco de mi cosecha, y que la mayor parte de los pensamientos aquí estampados, son de puro origen árabe y hasta cantados por mas de un poeta de los que forman la larga série de trovadores musulimes.

Dificilmente se comprende que un pueblo completamente nómada; unos hombres que vivian en el desierto sin noticias casi de una religion y sin nocion alguna de conocimientos humanos; un pueblo que en su movimiento fisico é intelectual no

tenía otro móvil que sus pasiones, la sed de venganza y la formidable fuerza de sus aceros, sintiera de una manera tan delicada la influencia de los amores que llegára á formar el verdadero tipo de los exaltados sentimientos, de los amores volcánicos, como lo son los Usras los que mas han sentido las influencias de esa devastadora enfermedad. Y mas que esto, llama la atencion la manera delicada y bella de expresar sus sentimientos con esa belleza de diction, cadencia dulce y agradable, brillantes imágenes y mil tonos diferentes dentro de un mismo color con que se ven ejecutadas las sublimes *casidas* y las arrogantes *muallakat* (1.)

Sus versos son siempre pulidos, discretos, trazados con las mas estrictas reglas de buena metrificación; sus estrofas sonoras y brillantes y

(1) Casidas y muallakat, diferentes géneros de composiciones poéticas.

sus pensamientos, gigantescas imágenes que solo caben en la ardorosa imaginacion de aquellos hijos del desierto.

Pero es inútil que yo me fatigue en relatar á mis lectores la manera de ser de la poesía árabe, puesto que siendo discretos y entendidos, ya habrán observado estos pormenores en los anteriores cantos y han de observarlos del mismo modo en Ocáz, á donde pronto acudiremos, toda vez que el dia mas madrugador que en nuestra vieja Europa empieza á teñir de rojiza luz el oriental horizonte y poco á poco estendiéndose aparece la aurora, señora magnífica en su carro tirado por blancos caballos que en su carrera van arrollando á las ruedas el manto de la noche y detrás de ella el sol viene á alumbrar las tiendas parduscas de los beduinos.

En breve las estacas quedan arrancadas y las tiendas recogidas y

acomodadas sobre los lomos de los camellos; los pastores empiezan á desfilan, conduciendo por delante cor-deros que triscan y balan royendo la hierba que á su paso encuentran; las mugeres sobre los camellos cabalgando marchan ordenadamente, y los guerreros sobre los briosos corceles en pelo, abrazadas las armas, caminan delante y detrás, y á los flancos de aquel pueblo que emigra.

Antes de emprender la marcha el jóven Dschenvil, saluda cariñoso á Botheina y se dirige con el mayor respeto al padre de la doncella, á quien dirige las palabras siguientes:

—Valeroso Hamid, si amas á tu hija y no quieres verla caer doblada su cerviz como la espiga que el cegador cercena, á impulso del dolor, concédeme su mano: yo la amo y ella corresponde á mi amor: mi vida y la suya están pendientes de tus lábios: qué me contestas?

—Valeroso Dschenvil, dice el padre de Botheina, el viejo Hamid, con reposada voz; conozco la pujanza de tu brazo y la elegancia de tus casidas: eres la flor de los caballeros de la tribu, el mas esforzado y el mas generoso: yo te prometo que de nadie será, si tuya no ha de ser; pero hay láuros que yo soñaba siempre que adornáran la cabeza del poseedor de Botheina: cuando seas el triunfador de Ocaz y árabes caudillos y poderosos reyes se hayan hundido bajo el peso de tu tajante espada y hallas acumulado los tesoros de Kariun, entonces podrás llamarte el esposo de mi hija. Mientras tanto, espera y sufre.

Dschenvil se irguió orgulloso como un roble que el viento se empeña en hundir y que á pesar del elemento poderoso levanta al cielo sus ramas; miró á Botheina con toda la tristeza y desesperacion de que solo es capaz un Usra enamorado, y saltando sobre su

caballo partió al escape en direccion diferente de la que la tribu llevaba.

III.

Dejemos á Botheina desesperada y triste, llorando en silencio, continuar el camino que mejor le parezca, y si te place, lector, vamos á seguir á Dschenvil, que sin darse cuenta de sí mismo, camina en los lomos de un caballo, como una pluma lijera arrebatada en brazos del huracan.

De un salto nos trasladaremos á la pequeña ciudad de Ocaz.

Las peripecias de un largo viaje, las mil aventuras y tropiezos que en él pueden acontecer, mejor que yo te las referirá el mismo poeta, y así vamos á esperarle sentados en el átrio de un templo ó en la puerta de una casa, ó donde mejor te cuadre, pero siempre tranquila y reposadamente, sin fatigar nuestra cabalgadura en

un viaje que puede sernos harto perjudicial y entibiaría, sin duda, el brillo de la leyenda.

La fogosa imaginacion de Dschen-vil ha de fraguar mil ensueños, y estas imágenes perdidas en los insondables abismos del pensamiento, son por demás nebulosas para que nosotros podamos rápidamente dibujarlas. Ten paciencia, lector, que así como el agua se acumula en el interior de la roca ó la montaña y cuando se encuentra lleno el misterioso y desconocido estanque, sale á la superficie produciendo la fuente intermitente, así han de afluir á los labios del amador poeta sus impresiones, (al cantar en las fiestas de Ocaz) cuando en los inmensos espacios de la imaginacion no quepan ya mas quimeras y no obstante se formen constantemente mundos gigantescos de nuevas y seductoras ideas.

Empiezan los tres meses sagra-

dos para los guardadores de la ley santa; esos tres meses en que todo buen muslin debe estar entregado á la oracion y al ayuno, y de mil puntos diferentes y distantes, desde las magníficas costas argelinas y aquellas en que el Atlas se levanta con sus montañas que parecen tocar al cielo con sus enhiestas rocas, hasta las costas que forman los golfos pérsico y arábigo, van llegando á la Meca innumerables creyentes, ansiosos de visitar los lugares en que posára su planta y estampára su huella el mayor de los profetas.

Medina y Ocaz están llenas de viajeros de todos los paises y cuantos sienten latir en sus frentes la chispa divina de la inspiracion, ó en sus pechos abrigan el amor y admiracion hácia los grandes poetas, dirigen sus pasos á Ocaz, pequeña ciudad que los bosques de paimeras rodean y en donde todos los años se verifican las *mu-*

faraces en que tantos invictos hijos del desierto han cubierto sus frentes con el laurel de la gloria y han dado à sus tribus inmarcesible renombre.

Ocaz es la ciudad de los poetas, la ciudad de los grandes certámenes, el verdadero museo y mas aun, la cuna de cuanto grande en el divino arte de la forma rítmica ha nacido de ese pueblo que distribuido en pequeñas y errantes tribus por ia península del Arabia, ha hecho brotar de las liras melodiosos himnos, no tan llenos de pensamientos profundos y grandes ideas como los de los pueblos occidentales, pero adornados, sí, de mas dulce y melodiosa cadencia.

Las calles y las casas de Ocaz no son bastantes para contener el inmenso número de forasteros que en ellas se agolpan. En aquel delicioso Eden no hay una sola vivienda que no esté habitada por mas personas de las que

puede contener, y no obstante, aun están abiertas las puertas para los nuevos viajeros que desde ignotas regiones van llegando. La noble hospitalidad de que todos los árabes hacen gala, les obliga á partir su pan y su techo con cuantos á su puerta llaman, sean amigos ó desconocidos ó enemigos irreconciliables quizá. La poblacion á mas se ha engrandecido; al rededor de sus muros asientan sus tiendas de campaña los príncipes y reyes, y las tribus enteras que acuden á presenciar los triunfos de sus hijos, y entre el placer, y la alegría que allí reina, nada hay que turbe la tranquilidad general: las armas no forman parte del traje como en el desierto acontece y hermanos se pueden llamar en aquel lugar sagrado, divino templo donde las musas de Arabia han levantado sus altares á la inspiracion divina.

Los antaries en los átrios de las

mezquitas ó en la plaza pública cantan con armoniosas voces las hazañas y las poéticas inspiraciones del adorador de Abla y los rawíes refieren tambien en elegantes metros los hechos portentosos de otros caudillos, recitando versos de Jeresdak y de Ahtal y de sin número de renombrados poetas, mientras inmenso gentío les escucha con religioso silencio y prorumpe en alaridos de entusiasta júbilo ante la mágica narracion de una elegante kasida.

Llegó el dia ansiado por los poetas en que habian de lucir las galas de su imaginacion y en que sus versos magníficos habian de ser publicados, no por la imprenta ni el escrito, sino por la fama y la sin igual memoria de aquellos hombres, que bien pronto los harian resonar lo mismo en la roca solitaria y fuerte que pujante resiste los embates del mar, que bajo la copa de la movible pal-

mera que el viento besa á su paso, lo mismo al compás de la armoniosa é imponente fantasía que las ondas turbulentas levantan, que al resonar del trueno ó al gemir cadencioso del viento abrasador.

Allí los grandes y los pequeños, los poderosos y los pobres, el esclavo que solo puede servir para apacentar el rebaño como el guerrero para empuñar valeroso las armas, y almofares (1) y armaduras hienden con el cortante filo de su espada, se reúnen alegres y satisfechos en la plaza pública á escuchar el certámen, y la muger que goza allí de mas libertad que posteriormente le han dado, que no se encuentra encerrada en un haren obligada á dar su corazón por completo á quien solo le brinda con un pequeño pedazo del suyo, sino que vive libre y poseedora absoluta del

(1) Almojar, casco; voz anticuada.

cariño de un hombre como él, lo es todo del de la muger, se asienta entre la multitud con un traje de pieles que el mancebo amante ò el esposo querido arrancára por sus manos al tigre ó á la hiena de los bosques.

Tres dias hace que el certámen ha comenzado y aun no se ha decidido cuál es el mejor poeta, y en el tercer dia un hijo de la tribu de Adbad se levanta y entre atronadores aplausos recita una kasida larga y bella: pensamientos aislados dentro de la unidad de metrificación expresan sus lábios: refiere su peregrinacion por el desierto, las aventuras de un largo viaje, una lucha con una tribu enemiga, un encuentro con una madriguera de hienas á las que ha tenido que dar cruenta muerte para salvar su vida, la arrogancia de su caballo, la descripcion de lugares que ha visitado, oasis poblados de sicomoros y palmeras y ciudades fabri-

cadadas en las quiebras de las rocas ó en las concavidades y grutas de la montaña, sus amores desgraciados ó felices y los goces recibidos de los frescos lábios ó el sueño entre los brazos de su adorada; todo va espuesto en aquellas largas canciones en las que el cantor del desierto se jacta de la venganza satisfecha y el enemigo inmolado, de su hospitalidad generosa, de su crueldad con el vencido y otro sin número de pensamientos encontrados, unos dulces y amorosos, otros crueles y sanguinarios y todo unido á elogios de su tribu y genealogías de sus nombres siempre esclarecidos.

Concluida la cancion del Adbadita, un jóven que apenas el bozo apuntaba en sus lábios, se levanta de entre la multitud y con paso reposado y orgullosa mirada, brillando en sus ojos la inspiracion, el santo fuego de la poesia, se coloca en medio del coro y despues de dirigir su vista á to-

deslados, empieza á cantar con la voz mas delicada que en aquellos lugares habia jamás resonado.

Es Dschenvil; Dschenvil, que ardiendo en ira y desfalleciendo de dolor al escuchar la voz de Hamid, habia volado á Ocaz para presentarse otra vez á su adorada con la corona del vencedor poeta. Dschenvil, que se levanta á disputar la gloria á los mas famosos poetas, seguro de alcanzarla al evocar el nombre de Botheina y que en metro culto y galano refiere de este modo su peregrinacion por el desierto y sus amores y ya casi irrealizables deseos. Su voz canta del modo siguiente:

I.º

A través del desierto y como cabalgando en los lomos del huracan, he venido á Ocaz á disputáros, galanos poetas, esclarecidos hijos del Arabia, que con dulce acento cantais las

glorias de vuestras tribus, la corona gloriosa de la poesía islámica.

2.

Mucho tengo que esforzarme si he de sobrepujar en mis kasidas á los esclarecidos varones que en torno mío se agrupan; pero por el amor de Botheina cuya mano deseo obtener, juro á Allah que mis versos han de ser mas brillantes que las muallakat que adornaban otro tiempo los muros de la Meca.

3.

Usra soy. De aquellos Usras valerosos que no han sido jamás vencidos ni en las armas ni en los amores: de aquellos Usras que han dejado sentir la pujanza de su brazo lo mismo á los habitantes del Yemen, rico en tesoros, que á los del Lahsa con su abra-sado suelo.

4.

De aquellos Usras que solo han sentido los amores puros y hermosos que Allah bendice y jamás se han enfangado en el vicio ni se han envilecido con los amores carnales: de aquellos Usras que cuando aman sin esperanzas se mueren de tristeza.

5.

A través del desierto he venido á arrebatáros la gloria, y solo el amor de mi adorada me ha conducido hasta aquí tras luchas y encuentros peligrosos, sin apagar la sed muchos dias, abrasado por los rayos del sol, y luchando con los lobos y las hienas sanguinarias.

6.

Pero ya estoy aquí: mi voz vibra en los aires y mis versos nacen fluidos y espontáneos para atormentar á

los poetas y para entusiasmar á los creyentes, que en todos los ámbitos de la tierra harán resonar valientes mis estancias enamoradas.

7.

Yo he partido de mi campo con el alma transida de dolor mas que por la negativa de Hamid; por la ausencia de mi dulce dueño, de Botheina, mas hermosa que la luz de la mañana y mas dulce que el sazonado fruto de las palmeras mecedoras de Ocaz.

8.

Yo he partido á escape en mi caballo inteligente y noble: el arrogante bruto me ha llevado sin descanso á apartadas regiones lejos de los hombres, donde he podido llorar mi desventura, sin que contemplen mi dolor mas que las estrellas que fulguraban en el cielo, como magníficos diamantes que el ángel de las tinie-

blas ha hecho engastar para adorno de su gigante manto.

9.

Mi noble corcel no se ha separado un momento de mi lado, no mas que como hubiese hecho el mas cariñoso de mis amigos, y al verle relinchar y alegre y lamer mi mano para consolarme, me parecía que comprendía mi pesar y que por encargo de Botheina quería prestar el consuelo á mis cuitas.

10.

El me ha prevenido del peligro cuando el tigre hambriento se acercaba casi á nosotros; él me ha llevado á los lugares donde podía apagar mi sed y mitigar mi hambre con frutos sazonados y abundantes; él ha sido mi protector y mi guía.

11.

Pasada aquella horrible noche en

que ignoraba no solo el lugar donde estaba, sino que no tenía certeza de mi propio existir; cuando el sol á su salida me ha indicado dónde debia encontrarse el fin de mis jornadas, que á muchas leguas me encontraba de él, he montado de un salto sobre el soberbio troton.

12.

Partió á escape, veloz como una saeta; el inmenso desierto, como un mar sin orillas y como si de lava volcánica estuviese formado, se presenta á mis ojos: el viento calenturiento azotaba mi semblante, y levantando montañas de arena me ofrecía constantemente la mas gigantesca tumba que las edades han concebido.

13.

Y mi caballo volaba mientras tanto: volaba y mas aun yo le animaba

en su carrera: secas mis fáuces, el ardiente sol quemando mi cuerpo bañado todo en hirviente sudor, espuma blanca cubría sus hijares y bañaba las delgadas cañas de sus piernas y ni un oasis se presentaba á mi vista.

14.

Y mi caballo volaba: volaba y cada vez mas á mi alrededor los arenosos torbellinos se arremolinaban, amenazando á cada instante concluir con mi miserable existencia ó arrebatarme el huracan bravío entre sus brazos, y mi caballo seguía corriendo, y por salvar mi existencia se fatigaba inútilmente.

15.

Yo ví una caravana entera con sus camellos donde hermosas mugeres cabalgaban, y sus caballos, montados por aguerridos varones, quedar sepultados bajo la arena movible; en

aquel sitio donde momentos antes se agitaba una tribu, poco despues solo había una montaña, gigantesca tumba de aquellos seres; y á poco, fué otra vez arrebatada por el huracan sin dejar huella ninguna de su paso.

16.

Pasó la mañana: los solares rayos descendieron sobre mí cada vez mas encendidos: los cascos de mi caballo llameaban al contacto del suelo y aquel abrasador astro que mi vida intentaba concluir, no ardía, sin embargo, de una manera tan violenta como el volcan mugidor que alimentándose en mi pecho hacía aparecer sus lengüetas rojas por las pupilas de mis ojos.

17.

Pasó la tarde: primero la tibia luz del crepúsculo; despues las sombras de la noche vinieron á mitigar un

tanto mi martirio; la luna dorada brilló radiante sobre el cielo: quise descansar y no pude, que el suelo caldeado durante el día no permitía por la noche á mi cuerpo gozar del deseado reposo.

18.

Y volví a cabalgar y seguí corriendo pensando no llegar al deseado valle ó á la montaña formada de rocas donde el suelo no me amenazára con su oleage y en cambio pudiera brindarme agua con que mitigar mi sed y la de mi querido caballo.

19.

Toda la noche y el siguiente día y la noche que á este puso término, duró este martirio eterno, esta infinidad de tiempo encerrado en el breve plazo de dos días solares: dos días que fueron siglos de amargura en que el recuerdo de Botheina, su dulce mirar

que por ninguna parte encontraba, se confundían para amargar mis horas con aquella llanura arenosa á que nada á mi vista ponía límites.

20.

Al amanecer de la última noche, unos azulados montes (como nubes que lenta y apiñadamente se condensaban, descubrieron mis ojos: la alegría y la esperanza renació en mi pecho, y unas verdes copas de palmeras que distintamente miraba, fueron nuncio de dicha que me abrieron por completo las puertas del paraíso.

21.

Apreté los hijares de mi caballo, y corrí á aquellos lugares deseados: no era preciso: el noble animal, falto ya de aliento, desfallecido de hambre y de cansancio, ponía alas en sus piés y ansiaba mas que yó llegar pronto, muy pronto, á aquel delicio-

so lugar que nos brindaba con un bien hallado abrigo.

22.

Y llegué al fin: nunca el tigre ó el leopardo herido se ha lanzado á su agresor con mas ansiedad por defender su tesoro, la cama de sus cachorros, que yo me lancé al tranquilo arroyo manso y murmurador: las florecitas silvestres en él bañaban sus hojas, y al verme beber con ánsia, parecía que sonreían enamoradas.

23.

Yo adivinaba el mudo lenguaje de cuanto allí había: la palmera y el olmo me convidaban cariñosos con su sombra, la arena refrigerada por el agua me brindaba un lecho de delicias, la menuda hierba mullida alfombra persiana, las plantas en general sus frutos, y el arroyo aquel agua mas grata que el vino del parai-

so, que al caer en las copas forma ricas y codiciadas perlas.

24.

Loco de felicidad y de dicha bebí una y mil veces de aque! divino licor: oré á Allah y besé las flores y el suelo; refrijeré mi cuerpo; acaricié mi corcel y estampé un òsculo cariñoso en su frente, puesto que me había salvado de una muerte inevitable. Despues dormí dulcemente largo tiempo con sueño tan feliz, que jamás me he creído tau venturoso en mi vida.

25.

Pero á poco, de entre las sombras fué misteriosamente surgiendo una débil claridad: despues se condensó mas, y la claridad aquella fué una forma vaga è indeterminada; avanzó mas y se convirtió en una muger hermosa. Era mi Botheina que venía entre el sueño á acariciar mis cabellos.

26.

Se sentó á mi lado y colocó mi cabeza sobre sus rodillas: luego, con agua del arroyo recogida en las nacarinas conchas de sus manos, la adorada gacela roció mi semblante y mi pecho, y sonriente y enamorada me contempló muy fija y largamente.

27.

Cogió una flor del loto misterioso y la puso entre mis labios; dejó á la flor por algunos minutos que mezclase su aroma con mi aliento: casi se marchitó la galana corola con el ardor de mi pecho; y despues la retiró dulcemente, la aplicó á su boca, la besó con delicia y se perdió otra vez entre la bruma, volviendo siempre hácia mí sus hermosísimos ojos.

28.

Quedé otra vez envuelto en la os-

curidad y el silencio y sonriendo sin darme cuenta. Tan dulce era el nectar que en mi alma habia derramado su querida imágen, que ninguna delicia de las que Mahomad nos promete habria capaz de compararse á mi bienestar y contento.

29.

Ya me creía poseedor dichoso de Botheina: yo habia vencido guerreros sin cuento y en mis arcas guardaba los tesoros de Karum: era el mas poderoso de los señores de la tierra, mientras en hadadas mansiones, únicamente comparables solo á los jardines de Irem, gozaba á mi placer cuanto era dable en sus brazos.

30.

Hermosa mentira. Sentí de improviso que me impulsaban á despertar: abrí los ojos y ví á mi noble corcel que con sus dientes y sus cascos me

avisaba, amigo infatigable, que amenazaba un peligro; empuñé las armas y esperé á pié firme la acometida de mí desconocido adversario.

31.

Sonó agitada la maleza como si una centuria de bridones salvages, atravesára corriendo por sus ramas y ante mi vista se presentó una enorme pantera, rojos sus ojos como carbones encendidos y largos dientes que rechinaban de contento ante el olor de la víctima.

32.

Estiró sus miembros y se encogió despues, disminuyendo de tamaño grandemente y lanzando al viento un horrible rugido que hizo retumbar el valle y el eco repitió ronco en las rocas, se precipitó sobre mí, lanzando á mi cuello una de sus mortíferas y destructoras zarpas.

33.

Mi acero cortó de un tajo la mano de la fierz: se replegó esta, rugió al sentirse herida, y una lucha imposible, espantosa, casi cuerpo á cuerpo, valiéndome á veces de la espada, á veces de los brazos, se trabó entre la pantera y yo, mientras mi caballo asustado daba alaridos de dolor que aumentaban el pavor de la ardorosa lucha.

34.

El animal herido por varias partes y moribundo, se fatigaba en vano, se desangraba y desfallecía; de mis venas brotaban caños de roja sangre: breve fué el combate, pero reñido: la pantera cayó muerta de un lado y yo de otro desmayado por la pérdida de la abundante sangre.

35.

La misma sangre coagulada cer-

ró mis venas: restablecido un tanto me incorporé difícilmente; busqué medicinales plantas que apliqué á mis heridas; despues arranqué la piel del fiero animal y la puse sobre loslomos de mi caballo.

36.

Empezaba á anoecer. Difícilmente monté á caballo y me dejé conducir á tranquilo paso: de imprevisto asaltó mi mente el recuerdo de las fiestas de Ocaz, y haciendo cálculos en mi imaginacion, comprendí que aun corriendo á todo escape difícilmente podría llegar en el momento oportuno: entonces corrí, corrí cuanto mi caballo pudo, y en tanto con la imaginacion me encontraba ya ante sus mismas puertas.

37.

Un dia y otro duró mi carrera: ni un momento de sosiego, ni un pe-

queño descanso; en el arroyo que encontraba al paso bebía agua y refrescaba mi rostro; cabe la palmera solitaria, comía sus frutos y muy luego corría á todo escape.

38.

Pocas leguas faltaban ya que recorrer; casi me encontraba á las puertas de la ciudad: tan cortas me parecían las distancias que de ella me alejaban y en un pequeño valle caí al suelo juntamente con mi caballo valeroso. El pobre animal había concluido su fatigosa carrera: estaba muerto.

39.

Su recuerdo arranca lágrimas de mis ojos: mi fiel amigo, mi querido caballo, cayó como herido por el rayo, y en el estertor de la agonía sus mortecinos ojos reflejaban el dolor de abandonarme: parecía que con

ellos hablaba y en su mirada indicaba el pesar de dejarme solo y abandonado lejos de la ciudad codiciada.

40.

Murió mi caballo; el mejor troton que en el desierto se ha criado: su cabeza larga y hermosa, corta oreja y ancha y abierta nariz mostraban su valentía y arrojo: su cuerpo era enjuto y sus brazos y piernas lijeros como movibles cañas que el viento balancea.

41.

Ningun corcel de las tribus, ningun caballo salvage, ni la gacela ni la girafa, ni el viento mismo eran tan corredores como aquel hermoso bruto, hijo del huracan; ya murió, y él, que era la honra de los caballos del Arabia, habrá sido pasto abundante con que los grajos habrán celebrado una orgía deliciosa.

42.

Solo y sin cabalgadura procuré inútilmente buscarme otra: pasaron junto á mí los caballos salvages, altas las cervices y los brazos tendidos, relinchando y corriendo muchos en tropel, é inútil fué mi afan por apoderarme de ellos. No había mas remedio que caminar á pié y mucho para llegar cuanto antes.

43.

Entonces corrí y corriendo de día y de noche he llegado á estos lugares, donde en estos momentos venturosos llena mi pecho de felicidad el mudo silencio de mi ilustre auditorio.

44.

A través del desierto he venido á arrebatáros la gloria, esclarecidos poetas que atentos me escuchais; á través del desierto he venido abra-

sado por el sol y consumido por la sed y por el hambre; á través del desierto sin que la movible arena abra el sepulcro ante mis plantas. Y ya estoy aquí, que mi querida Botheina me ha conducido hasta los muros de Ocaz.

45.

Por Botheina he luchado contra todas las penalidades que os he narrado; por ella he dado muerte á una pantera horrible, cuya piel conservo para adorno de mi adorada; por ella he corrido sin descanso despues de dejar muerto en el campo lo mas querido de mi alma; mi arrogante alazan.

46.

Y tantas penalidades y trabajos, no os asustéis, son solo una ligera impaciencia al contemplar su rostro que como el sol de la mañana disipa las nieblas y alegra á pesar de que la

noche sea horrible, así los hermosos ojos de Botheina disipan por completo las nieblas de mi corazón y convierten en dicha cuantas amarguras he padecido por ella.

Dejó de cantar Dschenvil cuando el sol empezaba á ocultarse trás los bosques de palmeras que el pequeño pueblo de Ocaz rodean. La multitud prorumpió en gritos de entusiasmo, y en breve, clamor inmenso levantado por todos, proclamó al poeta el mejor cantor de las fiestas de Ocaz que tres días antes habían comenzado y el mas elegante y galano de los poetas beduinos. En acento grato y melodioso, su épica entonacion, la fluidéz de sus versos y las concepciones brilliantísimas que espuso, captaron las simpatías del público que con avidéz le escuchaba sus aspiraciones; por esta parte estaban satisfechas y podía presentarse á los ojos de su adorada con un nuevo magnífico

diamante engastado en la rica corona que ya de mucho tiempo antes ornaba su frente esclarecida. Dschenvil dió las gracias con una sonrisa dulce en los lábios y una zalema ceremoniosa y abandonando el recinto sagrado de la poesía y hasta la misma ciudad, salió á las puertas de Ocaz, corriendo albórozado.

IV.

Como nosotros (mis lectores y yo) tenemos tan entrañable cariño al poeta, no podemos menos de sentir con él la satisfaccion mas inmensa, y aunque á fuer de curiosos quisiéramos quedar en Ocaz á contemplar las fiestas con todo su esplendor, preferimos acompañar á Dschenvil, á el que el bienestar que su pecho inunda no le deja casi pensar en nada absolutamente.

Si fuésemos á expresar por medio

de un monólogo lo que Dschenvil pensaba en aquellos momentos, sobre ser difícil tarea, no agradaría gran cosa á los lectores, porque conocedores algun tanto del corazon humano, los razonamientos que espusiéramos serían cortados, pensamientos sin orden ni concierto en que se mezcláran, sin trabazon, el laurel del poeta, la gloria de Ocaz, el recuerdo de su última entrevista con Botheina y la esperanza y satisfaccion de la que aguardaba, con mil novelescas historias que nunca concluyen y á las que se les dá nuevos giros á cada momento, volviendo al principio de un sueño para reproducirlo de nuevo con una forma completamente distinta.

Si tú, lector amable, que con harta paciencia me escuchas, has sentido alguna vez, no una alegría que todos las han tenido, sino una de esas impresiones incomprensibles antes

de sentirse, que llenan el alma de indecible goce: ó por el contrario, has sentido tu pecho lacerado por el dolor, por un dolor agudo, penetrante, que destroce completamente tu alma, no lo expreses (porque te sería imposible), pero recuerda al menos las reflexiones que se han seguido á ella en la soledad, y no podrás menos de convenir en absoluto en lo que de decir acabo, y al mismo tiempo sabrás perfectamente que este especial estado anímico aunque escritores tan grandes como Shakespeare han intentado pintarlo, no han tenido nunca colores suficientes con que expresar verdaderamente lo que acontece en estos momentos. En el Hamlet, en Oteló, en otros dramas del inmortal dramático inglés, van apuntados monólogos en que [el protagonista deja ver al público escenas de este género que dan á conocer, sí, las profundidades del corazón que es-

te gran hombre ha sondeado, pero tambien la insuficiencia de la palabra finita y miserable para espresar lo que siendo grande y sublime solo puede espresarse en el mudo lenguaje del corazon y reflejarse únicamente en el brillar de los ojos.

De este modo, como no somos Shakespeares, ni intentamos siquiera meternos á curiosear dentro del pecho de Dschenvil y como si cada lector tiene talento y se identifica con el árabe cantor puedéseio figurar, continuaremos con él su camino colocándonos invisiblemente á su lado y caminando en silencio por largo rato, siempre huyendo de Ocaz donde la alegría y la felicidad parece que han asentado sus reales por algunos dias.

Dschenvil corre apresuradamente á veces: á veces tambien se detiene y prosigue meditabundo y cabizbajo: en tanto en sus ojos brilla una chispa

alegre y sonrie; en tanto una tristeza sin límites se apodera de su vista, y sus labios se contraen. En un árbol canta un pájaro sus amores con delicados trinos y se pára á escucharle, gozándose en el agradable canto: otra vez otro ave lanza acaso mas delicados trinos y pasa á su lado sin escucharla tal vez. A menudo hablan á su corazon y lo distraen todos los ruidos de la naturaleza, desde el silencio armonioso del sueño hasta el quejido lastimero que forma el viento al arrastrar sobre el endurecido suelo las hojas secas que de los árboles se han desprendido: á menudo tambien, parece estúpido é indiferente á cuanto le rodea por alhagador que aparezca.

Mas Dschenvil no puede prescindir de modo alguno de la felicidad que le embarga: es el triunfador de Ocaz; su nombre como poeta se ha elevado cuanto en alas de la fama puede as-

cender; sus aspiraciones por esta parte están cumplidas: à mas de esto vá á ver á su querida Botheina, á la gacela poética de los bosques, la elegante niña que vive encerrada constantemente en el corazon del poeta. Por eso, si pequeña nube pasagera empaña el brillo de sus ojos, bien pronto se desvanece y caminando en silencio saborea anticipadas las dichas que le esperan.

El curioso lector, que lector ha de ser para no ser curioso, me preguntará por dónde ha sabido Dschenvil el lugar que ocupa la tribu de los Usras, quién se lo ha dicho y cómo de acuerdo ha podido ponerse con su amada para verse á sus solas: pero hé aquí que no me es fácil satisfacer sus preguntas.

No es la primera ni las primeras veces que Botheina y su querido Dschenvil se ven á solas durante la callada noche: antes de separarse sin

que nadie pudiese adivinar en sus tiendas la ausencia de los amantes, se habían encontrado en solitarios lugares lejos del ruido del mundo y donde los corazones podían libremente descubrirse al amor. Después de la partida, la tribu caminando se había acampado á cuatro leguas de Ocaz y un amigo de entrambos los había puesto de acuerdo para aquel nuevo y feliz encuentro. Si no fué así, sería de otro modo.

Pero sea como quiera, es lo cierto que andando y corriendo, mas de tres leguas hemos adelantado y que los parduscos lienzos de las tiendas renegrean á lo lejos, dibujándose el fondo negro de la tierra y el campamento sobre un cielo claro y diáfano en el que brillan rutilantes miríadas luces que acompañan como inmensa corte á la señora soberana de las horas calladas que el sueño lisongero gobierna. Llegaron al fin: después

del camino que hemos traído formado por árboles de un lado enfermizos y agostados por el sol, que simulan como una pared cubierta de arabescos, tras la cual el cielo hermoso resplandece, y al otro bajas matas empobrecidas y zarzales que sus punzantes ramas extienden rastreando por el suelo, se presenta á nuestros ojos una bien cubierta maleza casi inaccesible donde la vegetacion se hace fecunda y florecen campanillas azules y azucenas blancas y amarillas, y atravesando por aquellas matas detrás de Dschenvil que con su cuchillo se abre paso, llegamos á una especie de glorieta ó cenador natural, entoldado caprichosamente por las ramas de los robustos olmos que entrelazan sus brazos con las hojas dentelladas de la palmera que de trecho en trecho levantándose, parecen las columnas gigantescas que sostienen aquella aérea y calada bóveda á través de

la cual brillan las estrellas y la luna penetra dibujando caprichosos adornos sobre la esmaltada alfombra que la menuda hierba simula.

Un paredon de tierra por un lado circunda el delicioso valle y sobre ellos robustos troncos de algunos árboles y palmeras parece que forman el respaldo de aquel poético asiento: y de en medio, de él, saltando caprichoso un claro arroyuelo trueca en blanca espuma sus transparentes aguas que iluminadas por la luna, no otra cosa parecen que una lluvia de diamantes que sobre las piedras del pequeño torrente salpicarán. Alguna que otra ave entre las verdes ramas gorgea, y al par que las luciérnagas en mil puntos de luz atraviesan el espacio, los gusanos de luz entre la menuda hierba vierten las chispas de sus cuerpos, como piedras preciosas perdidas entre las plantas y desprendidas tal vez de la rica y brillante diadema que adorna la frente de la luna.

Dschenvil, como nosotros, no puede menos de sentirse trasportado en un sueño al paraiso del profeta, donde los robustos brazos de los toabas estienden doquiera sus ramas, desprendiéndose de sus ricos frutos sobre las mismas cabezas de los bienaventurados y donde en copas de oro los ángeles reparten vino delicioso y gozan los musulimes de las caricias de las huríes.

Lo único que nos falta en este precioso lugar son estas encantadoras criaturas; pero no te apesadumbres, lector, que si el profeta no te dispensa estos favores porque no eres un musulime creyente de los que pasan sus dias tendidos boca abajo con la cabeza entre las manos, en cambio te hará el honor de presenciar por largo rato la felicidad de Dschenvil, que será como la tuya propia y para quien ya por la selva que viene del campamento, avanza cautelosamente

la mas gentil de las doncellas de Benu-Usra.

Como respondiendo á mágica evocacion, ante los ojos de Dschenvil aparece Botheina, atravesando por entre las ramas de los árboles é iluminada por la tibia luz de la luna parece estátua gentilísima de mármol egipciaco, animada por el soplo divino del Creador.

Dschenvil y Botheina se detienen y se contemplan con la sorpresa y el dulce encanto del prisionero que vuelve á ver el cielo tras largos años de encierro en húmedo y hediondo calabozo. Se miran y ámbos á dos contienen con la mano el fuerte latido del corazon: despues, mirando á todos lados temerosos del espía que los puede obsevar, Botheina corre al encuentro de Dschenvil, entrelazando cariñosos sus manos.

Botheina arrastra á su amante hasta la misma cascada que sonreía

de felicidad, y colocándolo de manera que un rayo de la dorada luna venga á besar la frente del mancebo, lo contempla con arrobamiento y delicia: no puede haber mayor felicidad y ventura que la que aquellas dos almas disfrutan: ámbos quieren hablar y en su garganta se anuda la voz que los suspiros, precipitándose por los lábios, impiden por completo que les sea posible articular palabras: ámbos tiemblan sin saber la causa y solo turba de la escena el silencio el palpitar de sus pechos.

—Héme aquí junto á tí, dulce alma mia, despues de ser el poeta que en el certámen de Ocaz ha sabido ornar su frente con el laurel de la victoria; y solo por tí, grato encanto de mi alma, he luchado con las inclemencias del suelo y de la altura y con los mas renombrados poetas. Despues de este infinito, de este tiempo sin límites que nos ha separado, necesito, mi Bo-

theina, escuchar el suave acento de tu voz, como el campo despues de larga sequía necesita la tormenta refrescadora ó el abundante rocío: necesito oír de tus lábios que me amas con toda tu alma, que has soñado conmigo durante mi ausencia y que mi imágen no se ha apartado de tus ojos.

—Déjame, Dschenvil, que toque tu frente y tus ojos, que toque con mis manos tus rojos lábios y tu cuerpo, que oprima entre las mias tus manos; porque tantas veces mi amor me ha fingido que te veía, que temo sea esta una nueva y hermosa ilusion de mis sentidos: pero ahora es verdad, ahora te tengo junto á mí, y ese dulce rumor, ese eco gratisimo como deliciosa música de otro mundo, es verdaderamente tu voz que tantas veces entre las lonas de mi tienda he pretendido escuchar. Verdad que te tengo á mi lado? verdad que ya vuel-

ven á verte mis ojos, que ya puedo estrechar tu mano contra mi corazon para calmar mi impaciencia? ¡Ah, sí! Mira, Dschenvil, mi adorado; lo que yo siento hoy por tí, no es aquel bienestar inmenso que en otro tiempo me anonadaba de placer, no; entonces te amaba; hoy no es el amor lo que consume mi vida: hoy es locura, delirio, yo no sé, pero es tan inmenso que creo voy á morir por el placer de verte.

—No, Botheína: si morir se pudiera de felicidad, yo á tus ojos no sería ya mas que un helado cadáver: no, mi bien, la felicidad no mata; la felicidad deja ver, sí, las puertas abiertas del paraiso y las delicias de su interior; pero siempre á este eden precede la muerte como al del profeta acontece. ¡Ah! pero es muy breve el tiempo que la ventura nos concede: en tu loco delirio, amada mía, no has pensado que solo soy triunfa-

dor de Ocaz y aun tengo que combatir mucho para poseerte. Antes que salga la aurora parto para el Egipto, donde el gobernador me ofrece honores y riquezas: dentro de breve tiempo otra vez el dolor habrá destrozado nuestras almas.

—¡Partir tú! Nunca; yo que soñaba tenerte siempre á mi lado; yo que creía que serías mi esposo en breve plazo, que vivirías conmigo y para mí y que ni el rudo combate me apartaría de tu lado, no; no puede ser; yo no lo quiero y tú no partirás sin que tu alma te lo mande. Verdad que quedarás á mi lado?

—Loca eres si crees que tu padre ha de consentir en nuestra union: es Usra, los Usras no faltan jamás á su palabra; no consentirá. Yo marcharé y volveré tan poderoso que el brillo del oro que adorne mis armas deslumbrará sus ojos.

—Pensar en no separarnos es lo-

cura verdadera. Parte, Dschenvil, pero parte pronto, no amargues mas esta cruel despedida; si estuviese á tu lado un instante mas, me sería ya imposible abandonarte; parte veloz, que yo no te vea; mi alma que te adora caminará contigo.

Dschenvil aprieta contra su corazon la mano de su adorada, mientras Botheina oculta el rostro y cierra fuertemente los ojos: algunas lágrimas se derraman por sus mejillas y queda sola en el pequeño valle, mientras el doncel se aleja corriendo como una gacela asustada.

V.

Como ya en otras ocasiones hemos hecho, seguiremos á Dschenvil que despues de muchos dias de peregrinacion trabajosa, de peligros sin cuento y grandes penalidades, puede besar las plantas del espléndido señor que gobierna en Egipto.

De su viaje solo diremos que lo hizo á caballo, porque de un terrible mandoble derribó al suelo al primer enemigo que encontró, apoderándose de su cabalgadura: solo diremos que atravesó arenosas llanuras y escuetas ó abruptas montañas y que á veces á lo largo de las costas marítimas y á través otras de campos en el interior, pasó á la nacion donde las pirámides se elevan para martirio de ingeniosos emprendedores y donde el sagrado Nilo le brindò mas de una ocasion de probar su destreza contra los cocodrilos que sus orillas habitan.

Dschenvil llega al palacio del gobernador de Egipto: honores, distinciones, riquezas le rodean; desde luego habitacion suntuosa se le ofrece y estas distinciones solo vienen á aumentar la tranquilidad de su alma.

Refiere al gobernador egipcio los amores que consumen su alma, cuéntale sus penalidades y sus pesares,

sus trabajos, sus peregrinaciones y su triunfo en la ciudad de las palmas que en alas de la fama había corrido por todas partes y cuyas estrofas los rawies (1) habían relatado ante el protector soberano.

El gobernador le ofrece su apoyo é intercepcion, y mensageros con espléndidos presentes se ponen en camino en busca de la tribu de Benu-Usra y del padre de Botheina.

Inútiles esfuerzos. Dschenvil cansado de su vida azarosa, fatigado largo tiempo por la crueldad de la ausencia, siente desfallecer su cuerpo, y que por momentos la vida le va abandonando. Deja de cantar el poeta del desierto sus enamoradas endechas: deja de cantar, é inficionado por el nocivo ambiente de los palacios, despues de tantos esfuerzos y bazaría, la calentura ardiente y abrasa-

(1) Narradores corresponde á la voz castellana juglar.

dora lo va consumiendo poco á poco.

Los mas sábios médicos del Egipto rodean constantemente el lecho del enfermo; todo es inútil; la ciencia en vano procura arrancar de las descarnadas manos de la muerte los despojos del árabe poeta.

Un dia se halla solo en su habitacion con su amigo: Dschenvil abre una ventana y mira largo tiempo al campo fértil y hermoso que ante su vista se estiende. El sol trás los altos cerros se oculta, y envuelto en su mortaja de rojas nubes parece que va á hundirse en el inmenso ataud de negro tono teñido que las montañas semejan. Los ojos del poeta lánguidamente brillan; deja caer los brazos, inclina sobre el pecho la cabeza, deslizánse lágrimas candentes por sus pòmulos rosados y despues echando los brazos al cuello de su amigo, le dice con la voz debilitada de un moribundo:

—En los abrasados desiertos del Arabia, errante, sin residencia fija, apacenta sus ganados la tribu de los Usras. En ella vive Botheina, la dueña de mi corazón: la vida siento que por momentos me abandona y ya no contemplaré nunca mas sus ojos hermosísimos, rivales de la maravillosa Canopo; voy á morir, amigo mio, y cuando mi cuerpo cubra un poco de tierra y mi alma haya volado al cielo á gozar en el eden, toma mis vestiduras; llévaselas á Botheina y dile que al morir solo su nombre han proferido mis lábios.

Momentos despues Dschenvil espiraba: un suntuoso entierro y el dolor del mundo islamita sucedió á su muerte y una hora mas pasada, el fiel amigo salia acompañado de siervos y guerreros en busca de la amada del poeta.

VI.

Muchos días despues de los últimos sucesos, una caravana de enlutados caminantes se presenta ante las tiendas de los Benu-Usras; como el día de la muerte de Dschenvil, el sol declina; pero esta vez se hunde en el inmenso lecho del desierto.

El jefe de la caravana pregunta por Hamid y por su hija Botheina, y les refiere la muerte desgraciada del poeta: despues reproduce sus últimas palabras y presenta á Botheina las vestiduras de su amante. La infeliz cayó al suelo desmayada. Despues de vuelta en sí dijo entre mares de lágrimas:

—Jamás podré hallar la felicidad en el mundo ni me podré consolar de haber perdido á mi querido Dschenvil: poco me importan ya sin tenerlo á mi lado el bien y el mal de la tier-

ra. Dschenvil, mi adorado, no tardaremos mucho en unirnos para siempre; la muerte con su hielo horroroso se apodera ya de mi cuerpo.

Jamás volvió á cantar la niña enamorada: su dolor intenso y horrible, consumió su cuerpo poco á poco y al fin murió, secos ya sus ojos de tanto haber llorado.

Dschenvil descansa en las raudhes (1) del palacio de los señores de Egipto. Botheina tiene una tumba mas grande y mas hermosa.

En el desierto inmenso de arena, en la llanura gigantesca que como un mar sin orillas se estiende en el Lahsa abrasado, una sepultura fué cavada en breve; en ella se depositaron los restos de Botheina. Las trombas huracanadas levantan ó asientan sobre ella las montañas arenosas con que juegan; el oleage sólido del desierto pasa sobre su cuerpo y

(1) Jardin.

los viajeros recuerdan siempre que bajo aquel suelo estéril y miserable aunque grandioso é imponente, yacen los restos materiales de la mas grande figura que los anales de los amores registran.

A la palabra amor va unido desde entonces el nombre de Benu-Usra; tambien como el mejor ornato de esta tribu la fama ha inscrito con letras indelebles los nombres de Dschenvil y su gentil adorada.

Sevilla y Setiembre de 1876.

EL ANILLO DEL REY D. JUAN.

TRADICION CORDOBESA.

(HISTÓRICA.)

EL ANILLO DEL REY D. JUAN.

En suntuoso palacio que aun se conserva, aunque tan desfigurado que sus moradores no lo conocerían si llegasen á verlo, vivía en Córdoba en 1449, Hernan Alfonso de Córdoba, caballero principal y muy querido del Rey D. Juan el Segundo, quien en su afan de proteger y elevar á su buen amigo, le había dado el señorío de Belmonte, si bien los ancianos de Córdoba le llaman cuando relatan la verídica historia á que damos comienzo, el Conde de Priego. Aun se conserva, vuelvo á decir, la casa que este

habitaba, y aunque restaurada hasta el extremo de haber perdido todo el carácter y ser un edificio grande y feo y sin adorno ni pormenor alguno que eleve la imaginacion mas allá del siglo XVIII, hay no obstante cierto sello de lobreguez y pavora, que no puede menos de llamar la atencion y casi inspirar el deseo de saber las historias que en ella puedan haber acontecido y que harto desgraciadas y sangrientas fueron en verdad.

Reunidos en muy corto espacio, tres edificios se levantan, que cada uno con su carácter é historia contribuye á dar importancia al barrio en que se asientan y á los narradores y leyendistas pasto para desarrollar las galas de su invencion.

La parroquia de Santa Marina, magestuosa y elegante se levanta recordando la magnificencia de D. Fernando Tercero que la reconstruyera y cuyo nombre unido al del siglo XIII,

parecen como grabados en sus machones, agujas, glabletes, puertas abocinadas, claraboya y tejaron que aquella antigua y hermosa construcción bizantina decoran. El convento de Santa Isabel, por otro lado, aunque moderno y de fea arquitectura, no deja de tener interés por los famosos milagros de la renombrada Soror Magdalena de la Cruz, cuya historia algún día narraremos, y dando vista al uno y al otro, el palacio del Conde de Priego que es un vivo recuerdo de una satisfacción á la honra, noble, pero altamente brutal.

No era en 1449 el edificio como hoy se vé; hemos dicho ya, y de tal manera ha cambiado, que el vulgar caseron que hoy se mira, nada menos era que un mudejar palacio, cubierto de atanriques y alicatados (1) desde

(1) Atanriques, adornos mudejares de yecería;—alicatados, adornos de arabesco de alto relieve.

los pavimentos á la techumbre. Ancha y suntuosa portada con arrabá (1) de deliciosa forma, compuesto de bien talladas dovelas y cenefas y fajas de ataurique, balcon suntuoso de arcos de cerradura con antepecho de calado mármol y ajimeces delicados, repartidos por el muro con artística variedad, constituían el imafrente del edificio: ancho patio con arquerías alrededor, salas pavimentadas de mármol y cubiertas con artesonados de alfarges, adornos aljaracados y almocárabes (2) en sus muros, tapicerías tapando los lienzos de las paredes, todo lo conveniente al arte mudejar y todo lo digno á la nobleza de Hernan Alfonso habían acumulado en el

(1) Arrabá, especie de marco cuadrado que rodea la parte alta de los edificios árabes y mudejares.

(2) Aljaracas y albocárabes son diferencias de los arabescos correspondientes el primero á los techos y los demás á los muros.

interior los artífices cordobeses, que esto y mucho mas quisiera el noble prócer ofrecer para morada á su bella Beatriz, á quien con extremo amaba. Y ni faltaba en aquel hermoso palacio delicioso jardin donde entre arboledas espesas y artísticos cenadores, acompañados del dulce rumor de las fuentes, trinasen sus endechas ruseñores apasionados.

La vida de los esposos se deslizaba tranquila y feliz en medio de aquel artificial eden, sin que al parecer Hernando tuviera mas deseos que los deseos de Beatriz, ni esta pudiese mirarse en mas espejo que en los ojos de su noble esposo. Jamás la mas leve sombra de deshonor turbó el limpio blason de los Hinestrasas, á cuya familia la bella Beatriz pertenecía y nunca su marido tuvo que acusarse de haber sentido el agudo punzon de los celos, viviendo siempre en la mayor tranquilidad y gozando de las

delicias del matrimonio al lado de su sobrina Beatriz y sus sirvientes, antiguos hidalgos de casa pobre, utilizados como escuderos, rodrigones y dueñas.

No debe confundirse á la sobrina de Hernando, Beatriz, con D.^a Beatriz de Hinestrosa, y no haciéndonos falta alguna esta dualidad de Beatrices para la narracion histórica, con gran placer le cambiaríamos el nombre, á no detenernos la verdad de entrambos que consignados en los originales documentos que consultamos, nos imponen la prohibicion absoluta de separarnos del verdadero relato.

Como hemos dicho, los dos jóvenes esposos se amaban y eran felices; pero como la fortuna es siempre una niña llena de caprichos y á sus favores los trata siempre con algun rigor, brindando sus caricias á veces á los que ayer volvía la espalda, y

dando sus veces á los que mas ha amado, es lo cierto que asuntos de la córte obligaron á Hernan Alfonso á alejarse de Córdoba, dejando á su mujer por algun tiempo sumida en el dolor terrible de la ausencia.

Antes de su partida, un dia que se hallaban solos en una de las tarbeas (1) del palacio, el señor de Belmonte, rodeando cariñosamente con el brazo izquierdo la espalda de Beatriz y tomando en su diestra la blanca mano de su esposa, le dijo estas palabras:

—Mi Beatriz: su alteza el rey don Juan, que sabes cuántos honores me ha dispensado, en muy expresivo autógrafo, me llama á la córte. ¡Sabe Dios solo, el dolor que esta separacion me cuesta! pero es fuerza acatar las órdenes del soberano. Mañana al salir el alba parto para Valla-

(1) Tarbea, sala.—Voz aplicable únicamente á los edificios árabes y mudejares.

dolid, donde actualmente la córte se halla, y antes de marchar, te quiero entregar para su guarda un rico presente, un hermoso tesoro, que la bondad de tan egrégio monarca me ha dispensado. Así, como siempre has guardado y guardarás tu honor, conserva este anillo, en el que las armas reales grabadas, dan clara muestra de lo que el bondadoso D. Juan me estima.

Acto continuo, de su mano quitó un hermoso anillo de oro con una esmeralda grabada con las armas reales y las iniciales del rey D. Juan el Segundo y lo colocó en la de su muger, á la que besó enamorado en los ojos.

A la mañana siguiente antes que el sol se levantase y *publicando el dia por las puertas magnificas de Oriente apareciese*, ya en el ancho zaguan del palacio piafaban los corceles y los hombres de armas y criados se re-

volvian, y al despuntar la aurora, montó á caballo el magnífico señor y salió de Córdoba por la puerta de Colodro en direccion á la córte de Castilla.

Beatriz desde una ventana con un pañuelo blanco que agitaba al viento, dió á Hernan Alfonso su tierna despedida y se volvió á su lecho despues de encargar al anciano escudero Rodrigo los cuidados de la casa como su señor lo había anteriormente dispuesto.

I.

Era Rodrigo el hombre de confianza del señor de Belmonte: viejo en la casa de los Córdobas, encanecido al servicio de esta familia, primero en el ejercicio de las armas, despues de paje ó escudero de la casa Solar, Rodrigo habia llegado á ser considerado por Hernando mas como un

amigo fiel ó como un pariente cercano, que como un criado simplemente. Al mismo tiempo, Rodrigo habia llegado á mirar el honor y la hacienda del veinticuatro, como si fuesen suyos, y al marchar éste á la córte, se constituyó en el fantasma de todas las conciencias y en el espía que observaba todas las acciones y pasos de los habitantes del palacio.

Visitaban á Hernan Alfonso, como primos carnales que suyos eran, los hermanos comendadores de Calatrava Jorge de Solier y Fernando de Córdoba, y el bueno de Rodrigo empezó á mirar con malos ojos á aquellos dos caballeros, suponiendo que se intentaba hacer traicion á la honra de su señor; mas nada dijo ni dió á entender de su mal pensamiento, que en verdad ninguna prueba podría aducir en su apoyo, el que de él se hubiese hecho intérprete.

Nada aventuramos nosotros tam-

poco respecto á nuestra historia y solo nos limitaremos á decir por segunda vez que la mas pequeña sombra de liviandad, no turbaba la paz y confianza de los amantes cónyuges y que solo Rodrigo había pensado villanamente de la elegante Beatriz. Los acontecimientos nos dirán lo demás. Ahora, dejando á Rodrigo, que bastan las frases dichas para que nuestros lectores sepan con quién se las han de entender, vamos cautelosamente á introducirnos en una de las habitaciones del palacio, que el lector no ha visto, porque siendo el cuarto reservado de la señora, no podía permitir á nadie la entrada su marido, y mucho menos á quien es tan curioso como un lector de leyendas.

No te creas, lector, que porque estamos en el siglo XV vas á ver un dormitorio muy diferente de los del siglo XIX; y he dicho mal: dormito-

rio, puesto que esto solo lo podrás ver por entre las colgaduras mal tendidas. La estancia es un rectángulo de ocho ó diez metros de largo por unos cuatro de ancho, al final del cual, una graciosa arquería separa un aljamí ó alcoba en donde un lecho con colgaduras ricas de brocado se descubre difícilmente. Los muros de aquella tarbea están cubiertos en su parte inferior de aliceres alicatados (1) de caprichosa forma; el resto de los muros lo cubren ricas tapicerías prendidas y colgantes de un arrocalle (2) de yesería sobre el que descansa el artesonado, donde las armas entrelazadas de los Córdoba é Hínestrosas dan clara muestra de quiénes fueron los fundadores de aquella hadada mansion. El pavimento está cubierto con blanda alfombra pérsica y alre-

(1) Azulejos de relieve.

(2) Friso de yesería que corre bajo el artesonado.

dedor se miran especies de sofás de alto respaldo blasonado, pero blando asiento, ó sifales elevados y sobre todo descueila una preciosa mesa con espejo de Venecia que ostenta sobre su tapa un sin número de botellitas y vasos ricos y delicados, conteniendo en su interior sustancias odoríficas, tales como el famoso agua de rosas, que en tanto estiman los árabes y para cuya elaboracion sembraron los prados de estas flores que tapizan el suelo de la hermosa Sierra Morena. En un lado de la habitacion hay un pebetero en el que se queman gratos perfumes, y la escena se ve iluminada por los rayos solares que á través de las hojas de graciosa enredadera rodeada al portalon de un ajimez, se introducen en la estancia languidecida su luz por el tupido velo que la planta le presta.

Había en aquella estancia ese algo superior y extraño á nosotros que

hay en el templo de todas las hermosas. Habia algo elevado, grande, imponente; un trasunto de otro mundo; parecía el ingreso del paraiso: era el templo de la hermosura y en todos los templos, y mas que en ninguno en el de esta diosa, existe un espíritu extraño á la mezquina materia que eleva el hombre á los estados donde el amor predomina. Y no se me llame impío por las palabras anteriores. El amor así se tributa á Dios como se tributa á las muger; es amor siempre y siempre es grande, siempre nos eleva y siempre nos engrandece y á los hombres que solo sienten la lascivia y los apetitos y los ocultan con el nombre del amor, yo los despojaría de las sensaciones carnales, si me fuera dable, y viérais morir sus cuerpos, quedar inertes, porque jamás han sentido los impulsos divinos de esa pasion.

La habitacion de Beatriz era la

síntesis de estas ideas. Nosotros penetramos en ella, mas como el ladrón que intenta robar un rico tesoro, que como simples curiosos de naturales sucesos: marchamos sin causar ruido, tímidamente; estamos solos y no obstante bajamos la voz cuanto nos es dable, como si temiéramos turbar el sueño de un ángel que en aquel vacío lecho reposase, y todo este temor, no es mas que el efecto de la grandiosidad de la belleza, que pesa sobre nuestros corazones y nos hace reconocernos verdaderamente pequeños.

La estancia estaba sola por lo menos en su primera parte: las telas que cubrían los entrelazados arcos del aljámí estaban separadas y el lecho se veía, aunque descompuesto, vacío: tal vez tras las colgaduras alguien se ocultaba? no lo sé; pero, lector querido, aquella estancia aun en las horas del día estaba misteriosa, pero

agradablemente misteriosa, como estaba siempre poéticamente sombría.

Si no supiéramos de antemano que en ella habitaba una muger, hubiéramos creído que una niña, un hada de los bosques, en la ribera deliciosa del Guadalquivir, había hecho brotar mágicamente aquel pabellon para guardar su hermosura. Creeríamos que la misma Psiquis había bajado á habitar aquel lugar, donde nuevamente pudiera gozar de las delicias del hijo de Vénus; pero nada de esto era ciertamente y sí que en ella vivía D.^a Beatriz de Hinstrosa, que levantando un tapiz penetró en la sala completamente abstraída y medita-bunda.

Estaba Beatriz hermosa, como una estrella brillante en medio del cielo intensamente azul. Beatriz era de elevada estatura y noble aspecto; su rostro, oval y sonrosado tenuamente como el mármol de Paros, iluminado por

los últimos destellos de la puesta del sol. Sus ojos eran grandes y rasgados y sus pupilas, hermosas y vivaces como diamantes negros magníficos; y velados por sus largas pestañas y ornados con los robustos arcos de sus cejas, le daban el aspecto de una madonna de Andrea Vanuncis, (1) mas bien que de un ser real y viviente.

Si el artista italiano que tanto ha hecho célebre su nombre con esas mugeres celestiales, esas vírgenes concebibles solo en los sueños de un muslim, ó en el delicioso paraíso del poema de Mahomad, con que ha llenado los templos de la península que le brindó su cuna, la hubiese visto, sin duda alguna hubiera roto sus pinceles y arrojado lejos de sí la paleta al verse vencido en sus obras, sin considerar acaso que no hay tan su-

(1) Andrea Vanuncis es conocido entre los pintores generalmente por Andrea del Sarto.

blime y soñador artista como el Omnipotente Ser que lo había creado. Tal era su belleza.

Pero el mayor encanto de aquella muger, no eran sus ojos, estrellas refulgentes que por un capricho del Hacedor se habían desprendido del cielo azul para brillar mas todavía en un cielo de color de rosa delicada y pura: no eran tampoco sus lábios que retrataban el mas hermoso clavel rojo de los pensiles andaluces y que agitados por la sonrisa, parecía que el viento jugueton movía las hojas de la flor para arrancarle su delicioso perfume y enriquecerse con él y con él hacerse grato y alhagador: no eran su cuello alabastrino ni dulce seno, ni su estatuaria figura; eran solo un alma mas bella que cuanto nadie ha soñado, mas dulce que las mansiones de dicha de otros mundos, mas grande que la humana existencia y tan noble como los ángeles que

eran solo sus hermanos, aunque habitantes de otra region diferente.

Qué delicados sentimientos se desarrollaban en su pecho! He dicho que se encontraba pensativa y en aquellos momentos en que lánguidamente dejaba caer sus brazos é inclinaba la cabeza como una flor tronchada por el cierzo, el menos observador hubiera visto la magnífica mina de dulces ideas y fantásticas quimeras que en su mente se agitaban, del mismo modo que las pulsaciones sentidas del corazon que palpitaba amante y que á veces se complacia sonriente en escuchar.

Nadie podría dudar que Beatriz amaba, no con esa violencia volcánica con que adoran los hijos del desierto á los ídolos de su alma: no con el impulso violento del huracan bravío, ni el fuego abrasador del sol del ecuador, sino con la dulzura de los ángeles, con la delicadeza de melo-

día de un ruiseñor pardillo. Su amor no tenía, á no dudarlo, los tonos brillantes de la armonía gigantesca, sublime, que el mar embravecido entona al sumergir en sus ondas el barco y los navegantes y ese confuso, imponente y desgarrador concierto que forman los sollozos de los naufragos, el crugir de los palos y el mugidor acompañamiento del Océano y el trueno. Su amor tenía, al contrario, la dulce melodía de una noche de verano, en que el platicar de los mundos forma acompañamiento al canto del ruiseñor que en la alameda gorgea, mientras ilumina la luna con sus rayos plateados las aguas de un arroyuelo murmurador y tranquilo.

Que Beatriz amaba, nadie lo podría dudar: pero, á quién? quién era el venturoso ser que recogía el rico tesoro de su cariño acendrado? Sería su corazón de su esposo? Nadie podría dudarle: nadie lo negaba; todos

admiraban á la buena esposa, que jamás tuvo mas deseos ni mas dichas que las de su señor: solo Rodrigo abrigaba la duda y pensaba en Jorge de Solier, como el hurtador de la honra del veinticuatro, mas acaso de lo que hubieran querido el comendador y la dama.

Hemos dicho que abstraída Beatriz en sus pensamientos, había quedado inmóvil como una estatua de mármol; en mitad de la habitacion, de espaldas á la puerta, y sin ser notado de ella una mano calzada con elegante guante de gamuza gris, levantó el tapiz y apareció en seguida un apuesto mancebo de veinte y cuatro á veinte y siete años, vestido elegantemente y luciendo en su pecho la roja cruz de los caballeros de Calatrava. Aquel jóven era Jorge de Solier.

El comendador de Cabeza del Buey era un cortesano, mas que un

guerrero; su cabello caía en rizada coleta sobre sus hombros y su rostro esmeradamente afeitado tenía algo de distinguido y noble. Cautelosamente y sin que fuera notado, avanzó hasta la dama: rodeó su cintura con su diestro brazo y despues tomando la mano de Beatriz le hizo volver la cabeza, que al encontrarse tan cerca de la de Jorge, no pudo evitar que aquel depositára un enamorado beso en mitad de sus lábios. El beso aquel fué ardiente y prolongado: Beatriz colocó su brazo derecho al rededor del cuello del Calatravo, y se abandonó completamente al blando arrullo de sus caricias.

Duró un momento aquel espontáneo é inconveniente desahogo del alma, y despues desprendiéndose doña Beatriz de los brazos del comendador, huyó algunos pasos asustada y pasándose las manos por las megillas.

y sienes como si pretendiese apartar de su faz alguna cosa, y con temblorosa voz, mientras clavaba en los ojos de águila del caballero una mirada entre miedosa y de espanto, dijo:

—¡Oh, qué locura! Huye, Jorge: ¡si alguien te viera! Tu vida y la mia sucumbirian al filo del montante de Hernando. Huye: que yo no te vea en este lugar, donde al par que me quemó en tus ojos, hiela mi corazón el miedo de perderte.

—Beatriz, dijo el calatravo con voz afectada algun tanto; cuando vengo á verte en la confianza de que el secreto envuelve nuestros amores, me arrojas de tus brazos y mas cruel que la cuchilla de un granadino, me niegas tus caricias por las que suspiro amante.

—No, Jorge, si alguien te viera.....

—Siempre esa frase que me prueba lo helado de tu corazón, y que todo ese amor gigante que aparentas, es

solo un capricho de tu imaginacion exaltada: que ni la mas pequeña fibra del corazon responde palpitante al jugueton deseo de tu mente. Nunca me has amado.

—Que no te amo? dijo rápidamente Beatriz, al par que su mirada brilló mas que un relámpago en tormentosa noche. Has podido tú acaso ni siquiera soñar un amor como el que yo te profeso? (Despues avanzando hasta el calatravo y rodeándole el cuello con sus brazos, dijo así, con voz imperceptible): Una imaginacion soñadora anima mi cabeza y un corazon demasiado sensible (pues no debía palpar por tí) anima siempre mi pecho. Niña era, y niña soñaba por la noche con una hadada mansion radiante de luz, donde en los brazos de dulce vision me deleitaba. De dia, soñaba tambien con mil quimeras de distinta forma en que un galante mancebo (siempre el mismo) acaricia-

ba mi rostro y daba impulso á mi alma. Niña aun, ¡un dia mi padre me presentó á Hernando que me amaba y que jamás su cariño ha desmentido, y aunque mi corazon no latió mas violento, ni en mi pecho tuvo jamás cabida, sus gratas palabras alhagaron mi oido como una melodía delicada y me dejé conducir hasta el altar y le entregué mi cuerpo completamente immaculado... Despues te he visto un dia en este palacio, que mi señor ha construido para dorada jaula mia, y al verte y al oirte he conocido en tí aquel amante mancebo que yo adoraba y que entre sueños venía á acariciar mi rostro, y el corazon que aletargado yacía, despertó violento abrazando mi alma. Desde entonces, ni mas dicha hay para mí que verte, ni mas desgracia que tenerte lejos. Tú ingrato que niegas mi cariño, no puedes comprender lo que yo siento de dicha inefable, de bienes-

tar sin límites, cuando puedo beber en tus ojos llamaradas de amor: tú no sabes tampoco lo que mi alma siente de amargura y pesar, cuando un día, una hora, un minuto, te tengo á mi lado y los importunos testigos que nos rodean me impiden besar tu boca ó consumirme en tus brazos. Pero es inútil que yo te hable, á tí, que tienes de roca el alma, y un helado pedazo de nieve, en vez de un corazón, se abriga en ese pecho.

La dama se desprendió de los brazos del doncel y le volvió la espalda como una niña enojada. El caballero no sabia ciertamente qué responder, pero pensando discretamente, dijo:

—No: amada mia, mi Beatriz, yo te amo y sé que tú me amas; perdóname esta broma inocente que te enojó, y en mi pecho derrama la mas amarga hiel. Por qué no me miras? Ven á mis brazos.

—Alma mia, dijo la dama, sonrien-

do dulcemente, y volviendo á estrechar muy fuerte contra su corazon al caballero de Calatrava. Amame (dijo), ámame, Jorge, con el fuego inmenso con que yo te adoro. Tú no comprendes que si me dejases de amar, moriría de tristeza, que ya me mata el dolor de tu desvío.

—Beatriz, tú no sabes que no hay nada para mí mas que tú; el mundo y el cielo, la familia y la amistad, mis deberes y cuanto á mi concierne, todo, lo olvido porque tu imágen está constantemente delante de mis ojos. Mira: algunas veces, he querido desprenderme de las cadenas que á tí me unen, algunas veces he querido arrancarte de mi ser, dejar de pensar en en tí, apartarte de mi mente y para conseguir este fin he tenido que parar mi imaginacion y detener para ello los latidos del pecho, y mientras tanto que ha estado inmóvil no he pensado, pero al volver á respirar, al

mismo tiempo que á mi pecho el ambiente vital, ha vuelto á mi mente la imágen de tus ojos.

—Cruel eres, mi bien, hasta en esas sentidas palabras. Crees tú que yo en la lucha gigante, entre mi deber y mi amor, no he pretendido hacer otro tanto? Crees tú que no he detenido yo la respiracion para detener mi mente? Pues, sí, Jorge, yo he querido hacerlo y lo he hecho; ha cesado de latir mi corazon y si he vivido entonces, fuè porque tu alma y tu cariño animaban constantes mi cuerpo abandonado.

—¡Me anonada el placer!

—No es verdad que vendrás á verme todos los dias y á todas horas, díme, que no me abandonarás mientras Hernando esté ausente? Es cierto?

—No, mi bien, tengo que darte un disgusto, á tí que tanto me amas y por quien diera yo, no mi vida, que nada vale, sino la gloria y el bienestar de mi alma.

—Me asustan tus palabras. Habla.

—Para una alta mision de la órden cuya roja cruz honra mi pecho, tengo que partir á presentarme ante el rey.

—Y qué obligacion hay tan poderosa que te obligue á separarte de mí? Si yo fuese el calatravo amante que suspira por su Beatriz, esa honrosa insignia que adorna tu pecho, esa cruz, ya me la hubiera arrancado si fuera causa de separarme de ella. Pero tú no partirás. Verdad, Jorge? Tú... alegrarás una enfermedad... cualquier cosa. Tú no irás lejos de donde vive el alma de tu existencia...

—Es imperioso el deber: tengo que partir.

—Nunca; tú no huirás de mí... Sí? Pues yo te seguiré aunque mi esposo un dia sepulte en mi pecho hasta la cruz de su puñal. Una cruz roja es esa que te aparta de mi lado; deja que el hierro de Hernando al teñirse

en mi sangre, semeje por lo menos en el color la cruz de los calatravos.

—Morir tú! No, jamas: y qué sería de mí si tu adorada vida me faltase? querrás verme desde el cielo bañados en llanto mis ojos llamarte por doquier y no encontrarte jamás al lado mio? No. Tu vida me pertenece y yo no puedo permitir que por mi amor la espongas.

—Pues renuncia á tu ida á la córte.

El caballero quedó un instante meditabundo, y despues de un momento pensó que sería mejor engañar á Beatriz que esponerse á la dramática escena que su negativa causára, y le dijo:

—Es muy dura la batalla para que pueda mi pobre espíritu apurarla. Renuncio á mi partida. Mañana te veré, pues ahora me es forzoso separarme de tí; tengo que fingir alguna dolencia para evadir la marcha.

Adios, alma mia; me amas?

—Y tú me lo preguntas? Pero así te vas? Ven á mis brazos, y apura en mis besos el alma que te doy.

Las dos almas del caballero y la dama aproximándose á los labios se embrigaron en un beso apasionado y loco, al que siguió otro sin número: que una vez juntos los labios de los que tanto se quieren, difícilmente se pueden separar. Mientras tanto, la luz del Sol que entraba por la ventana, se nubló como si ligera nube atravesára delante del hermoso planeta y al separarse los dos amantes volvió á brillar con la misma fuerza que antes de aquel beso.

II.

— Todo esto y otras muchas escenas, que suprimo porque el lector podrá perfectamente adivinar, se sucedieron en el palacio de los Condes de Priego durante la ausencia de este; y

como he dicho, nadie dudaba sin embargo de la fidelidad que Beatriz le guardaba: pero es lamentable que tal cosa acontezca y mucho mas para los pobres amantes, que el fiel Rodrigo no ya sospecha sino que tiene pruebas evidentes como las que poseen mis lectores y aun muchas mas que fortifican las creencias que antes hemos espuesto.

Rodrigo un dia habia visto en la mano del comendador el magnífico anillo que el rey D. Juan le regalara á su amo; y cómo este buen servidor habia de creer que tuviese el conde en tan poca estima aquella prenda, que la regalára á su primo, por mucho cariño que ambos se tuviesen?

A mas de esto, mas de una vez (como mis lectores habrán comprendido en la anterior escena) Rodrigo se habia deslizado á través de las matas del jardia y por el ajimez precioso que la estancia alumbraba, ha-

bía visto á los felices y confiados amantes, entregados á sus amorosas caricias, sin cuidarse de estraños y ni de sí propios tal vez.

Pero tú, lector, dirás, que nada te importan las sospechas, ni aun las pruebas del fiel criado y querrás mejor seguir la historia de los principales personajes que á estas horas creerás acaso que se hallan reunidos y gozando de alhagos y de besos; pero es lo cierto que Jorge de Solier no volvió á ver á la bella Beatriz y partió para la còrte á la mañana siguiente con otros caballeros de la órden y seguido de escuderos y hombres de armas.

Que Beatriz esperó á Jorge todo el dia y la noche y muchos dias mas inútilmente, no es preciso decirlo; pero al fin se convenció del engaño del cortesano amante y lloró y se quejó de su infidelidad pensando que sus suspiros llegarían á confundirse con

los del caballero que no se acordaba mas que de gozar en Valladolid de los amores palaciegos.

Pero mientras así acontecía, Hernando pensaba en ella y se fastidiaba en la córte al lado de su favorecedor, tanto como su primo gozaba.

El comendador de Cabeza del Buey con otros ca!atravos y el gran maestro de la órden se presentaron al rey, quien los convidó á comer, y un dia en que el señor de Belmonte se hallaba á solas con el monarca, este con vista torva y airada se dirigió al cordobés increpándole con las siguientes frases:

—Jamás pensé, noble Alfonso, que tan poco estimáseis nuestros presentes, que os deshicieseis de ellos para obsequiar á un pariente. Qué se ha hecho de la sortija que nos os regalamos como muestra de nuestro cariño?

—Señor, dijo Hernando; ignoro la

causa que motiva la dureza de vuestras frases. Como tan rico presente era inapreciable para mí, he creído que no debía traerlo á la córte y encomendé su guarda á mi esposa, que así como guarda su honra, guardará cuidadosa el preciado regalo de mi soberano y señor.

—Mentís, señor de Belmonte, dijo el rey montando en cólera; el anillo que vos hemos dado lo luce en su mano vuestro primo Jorge de Solier, comendador de Cabeza del Buey por la órden de Calatrava. Negareis ahora la corta estimacion que de nuestros dones haceis?

Hernando se irguió primero como la orgullosa palmera que el viento acaba de humillar: despues se doblegó como el sáuce gemidor y sombrío, y lanzando un profundo suspiro exclamó:

—Señor: cierto es lo que vos dije como los rayos solares que penetran

por ese balcon: es cierto como el poder de vuestro cetro ó la Omnipotencia de Dios, y vuestras últimas palabras han herido mi corazon como mortal saeta que que en ellas va emvuelta mi deshonra. Dejadme partir, señor: que pueda vengar mi honor ultrajado; que pueda vindicarme con sangre, único líquido capaz de lavar las manchas de la honra.

—Sí, marchad (hoy marchan tambien los calatravos); si vuestro honor está manchado, os autorizamos para cortar la mano que os ofendió: pero obrad con calma, que si os teñís con sangre de inocentes, nuestra justa indignacion no tendrá límites.

—¡Oh! Sí: yo cortaré la mano que me ultraja y volveré, señor, á vuestras plantas; pero volveré tan honrado que el brillo de mi honra eclipsase hasta los mismos destellos de la aurora. Señor, dadme á besar vuestra mano.

—Tomadla y partid.

Alfonso de Córdoba salió de la cámara real casi sin ver donde ponía sus pies y convulso y calenturiento se encerró en su aposento y se arrojó en su lecho llorando de rabia y de despecho, de amor y de pena. Pasado largo rato, sereno ya mandó llamar al jefe de su comitiva y le dijo:

—Esta noche, cuando el sol se haya hundido en ocaso, partimos para Córdoba. Dispon la marcha en el mayor secreto: que no sepan los calatravos que delante de nosotros irán, la orden que te he dado.

El criado salió y á poco volvió á entrar en la estancia.

—Un emisario de Córdoba que trae un pliego reservado para vos, desea veros.

—Que entre al punto, contestó Hernando; y un apuesto mancebo, cubierto de todas armas y luciendo en el pecho el blason de los Córdo-

bas, se presentó en el dintel de la puerta.

Hernando alargó convulsivamente la mano y recogió el pliego que el escudero le entregára y sin hablar una palabra señaló la puerta, que cerrò despues que aquel hubo salido: despues se sentó en alto sitio y colocando los brazos sobre la mesa intentó romper el sobrescrito.

—Lo tengo aquí y dado en romperlo (pensó tal vez); este pliego me anunciará mi deshonra; por qué no he de morir antes de verla?

Volvió á poner la mano en el sello para arrancarlo y nuevamente la retiró dejando sobre la mesa el papel.

—Tiemblo y mis ojos se anublan. ¡Rodrigo! Tu carta pone miedo en mi corazon que nunca temió la muerte en los granadinos campos. Veámosla.

Y pasándose las manos por la frente, en la que ardía el fuego de la

vergüenza y vaga su mirada y crispada la barba y el cabello, rompió el sobrescrito del pliego y desdobló el papel pausadamente.

«Señor: Antes la muerte quisiera que herir el honor del que tanto le debo. Perdonadme, señor, y creed lo que mi mano temblorosa no se atreve á escribir. Cortad mi lengua si miento; mi vida os pertenece y tal vuestro honor es mío, que si fuesen mentidas mis palabras, yo mismo me la arrancaría con las manos.»

El veinticuatro apartó la vista de la carta y moviendo á un lado y otro la cabeza, se pasaba la mano por la garganta como queriendo quitar una argolla de hierro que fuertemente la oprimiera. Respirando difícilmente, ahogando suspiros, y al par ahogado por las lágrimas que no asomaban á sus ojos, siguió leyendo:

«Vuestra esposa, señor..... No me atrevo á decirlo.» Hernán Alfonso

se levantó del sillón con la carta en la mano y abrió de par en par las puertas de la ventana, y mirando á la plaza en que algunas personas circulaban, al par que escondía el papel entre la ropa, se retiró [precipitadamente, como temiendo que al ver su rostro leyeran en él lo que en su corazón acontecía.

«Vuestra esposa, (siguió leyendo) mancha vuestro honor y os ultraja.»

¡Mi esposa! rugió sin desplegar los labios el infortunado Hernando. No: no es mi esposa; ella no es mas que una miserable muger, villana, que no es posible que tal nombre se le dé. Veamos.

«No es una vana ilusion mía; por mucho tiempo he abrigado esta sospecha...»

—¡Sospecha dice! Acaso no sea verdad; y un rayo de esperanza brilló en los ojos de Hernando.

«He abrigado esta sospecha que

no he comunicado á nadie. Pero ¡ay! señor, el dolor arranca lágrimas de mis ojos y traña mi mano hasta el estremo de serme imposible seguir.»

El veinticuatro abrió la boca como un hombre que se ahoga, y despues paladeó algo amargo que en vano se esforzaba en tragar, y continuó leyendo.

«Hoy no es una sospecha vana. Señor, yo he visto el anillo del rey en la mano de Jorge de Solier.»

—Tambien el monarca me ha dado esta nueva.

«Yo he visto á D.^a Beatriz en los brazos del comendador mas de una vez, creyéndose solos; sus lábios se han unido en mi presencia, ante mis ojos que yo quisiera antes haber perdido. Señor, si vuestro corazon no se rompe, venid pronto á vuestra casa; en ella la deshonor se alberga y es necesario á todo trance espantarla.»

Hernando corrió como un loco por

la habitacion, gritó y gimió y leyó la carta una vez y otra vez, como dudando que aquellos caractéres estuviesen allí estampados, y rendido por el dolor cayó al suelo desplomado á impulsos de su deshonra, como la estatua de Nabucodonosor al solo impulso de un grano miserable de arena.

Aquel letargo duró muchas horas: despues de vuelto en sí se incorporò, y en las primeras horas de la noche iluminados por la luz de la luna, por los llanos tristes de Castilla caminaba una comitiva que por lo melancólica mas parecía que acompañaba un cadáver, que no hombres de armas y servidores de un opulento señor que se dirigía á gozar de la paz de sus hogares.

III.

Creerá el lector de esta sencilla

historia, una vez enterado del anterior suceso, que va á seguirse una escena de horror; creerá que va á presenciar la muerte cruel que el señor de Belmonte debiera, en su concepto, aplicar á su esposa y á su primo, y nada mas erróneo y equivocado que tal idea, si es que ha llegado á forjarla. Nada de esto. Esta, lector, es una historia sencilla, casi vulgar, que por lo bárbaro de su desenlace hizo que se conservára en la memoria del pueblo cordobés y hasta en algun documento histórico que registramos, pero que fuera de esta escena que finaliza, nada hay en lo demás que pueda extrañarse ni sentirse. La historia se reduce, como habrás visto, á una muger que mas loca que liviana falta á su deber de buena esposa, alegando lo que todas alegan, lo que llegan hasta creer verdadero: esto es, que la casaron muy niña y fué una ficcion de su mente tan solo, el cariño que á

su esposo pensaba tener. Mas ¡oh! desgracia: un dia se presenta ante sus ojos un ser que por cualquier rara circunstancia escita su curiosidad, ó su atencion aguijonea, que toma vida para satisfacer á su alma y esa maldita idea del amor eterno y de las almas gemelas que en todos los tiempos existe, viene á hacer una nueva víctima, á inmolar una nueva honra, á causar, de una vez dicho, la perdicion de toda una familia.

¡Poetas que en alas de vuestras fantasías (en todas las edades) habeis cantado á ese mentido tirano del corazon que se llama amor, cuántos males de la humanidad se deben á vuestras estrofas sentidas y á vuestros locos conceptos!

Vosotros, sublimando lo que es natural y sencillo, lo que en todos los animales existe, rodeándolo de una aureola de belleza y de poesia para diferenciar del carnal instinto

del bruto, lo que está en la humana naturaleza innato en ella, excitando la imaginacion de la muger y aun del hombre, les habeis hecho soñar con goces infinitos; y arrebatados por el fuego de vuestros versos, habeis aumentado las ánsias del corazon consiguiendo volver loca á media humanidad, que no sueña despues con mas delicias que las que brindan esos amores eternals que no concluyen en la tierra y cuyos modelos de fluidos versos y no de carne humana, habeis hecho de Julieta y Romeo, de los amantes de Teruel, de Macías y de Abelardo, hères fabulosos por sus pasiones; locos de atar mas dignos de tenerse como estúpidos soñadores que no como protagonistas preclaros de dramas y poemas.

A vosotros, poetas, se deben la mayor parte de los culpables amores; vosotros volvísteis locas á las damas de los siglos XV y XVI, con vues-

tras Francescas y Lauras, con vuestro divino Macías: vosotros volvísteis aventureras á las mugeres del siglo XVII con vuestras comedias de capa y espada: vosotros creásteis ese romanticismo funesto de vuestros dias con vuestros Wester y vuestras Parisinas; y españoles y extranjeros, cuantos poetas habeis cantado, todos llenásteis las cabezas calenturientas de las damas del Mediodía con abrasadoras narraciones y las de las melancólicas del Norte con romancescas historias.

Los adulterinos amores, han sido engendrados por los episodios del Dante, tanto como por la historia del dulce Petrarca y tanto como por la del héroe de amor de la edad media española que tanto cantaron Stúñiga y Santillana. Los amores culpables no adulterinos fueron impulsados por Abelardo y Eloisa, por los amantes de Teruel, por Romeo y Julieta y

desde Safo hasta Goethe todos los poetas habeis cantado la locura difundiéndola mas y trastornando los cerebros de las pobres é irreflexibles mugeres.

Sí, lector; la misma Beatriz, aunque tela he pintado como un ser ideal y grande en esta leyenda, aunque realmente era lo que de ella te he espuesto, no por eso dejaba de estar inficionada por el virus de las poéticas pasiones. Vivía Beatriz como tú sabes en la mas floreciente edad que las bellas letras habian tenido en España.

Floreçían en la córte Mena y Santillana, Stúñiga y Manrique, Villena y Rodrigo de Cota y todos y cada cual, raro era el que no rendía culto á aquel ídolo de los amores que de Macías, el infortunado doncel de don Enrique el Doliente, habian formado, y este fué el personaje que procuraron imitar todos los caballeros, así

como las damas mas nobles se propusieron por norma á su desgraciada amante, y de este modo todo lo que no fueran escenas altamente dramáticas, peligros y aventuras y ese dulce néctar que se escapa de los lábios entre la miel de un beso, cuando el beso es hurtado en el misterio, no alhagaba ni era sentido entre las cortesanas y damas nobles. No pretenderé yo decir que tuviese de ello conciencia nuestra enamorada Beatriz; pero es lo cierto que como al sentirse la insignificante mordedura de la vívora, el virus se inoculara y rápidamente se estiende por el cuerpo, emponzoñando la sangre, así, al leer aquellas hermosas estrofas del *Inferno de los enamorados* (1) sin darse cuenta de ello, la misma Beatriz, habian brotado de nuevo en su alma los impulsos de una pasión que ya es-

(1) Su autor el marqués de Santillana, imitador del Dante.

taba apagada por las cenizas del matrimonio de mucho tiempo antes. De este modo llegó á creer que habia encontrado el ideal de sus ensueños, siendo no mas que una aparicion repentina de abrasadora lava donde solo se creía que podían existir apagadas cenizas, solo era una nueva erupcion de un apagado volcan. Estas son las causas de aquellos amores; los referidos antes, los hechos que acontecieron y todo al parecer amenaza borrasca destructora.

Pero como he dicho al empezar, lejos de aparecer como debiera Hernando, iracundo y vengativo, el bueno del veinticuatro está gozando en Córdoba de inefable ventura y alegre y satisfecho, que no otra cosa dirían los que lo vieran acariciar á su esposa y ser el mas afectuoso amigo de Jorge de Solfer.

Los acontecimientos que voy á describirte, querido lector, pasan en

el mismo día que hace cinco años que el noble Hernan Alfonso había conducido ante los altares á su entonces feliz amante Beatriz de Hinestrosa, y aunque segun hemos podido comprender por las conversaciones de los criados, el señor de Belmonte salió esta noche para famosa montería á la que han de acompañarle muchos nobles personajes, deudos y allegados, no quiere por eso dejar de celebrar espléndidamente el aniversario de lo que él dice labra su felicidad eterna.

En espacioso comedor con grandes ventanas á los patios y jardines, adornado con ricas tapicerías, se ha colocado espléndida mesa larga y ostentosa y á su alrededor sentados están los mas nobles caballeros y las mas bellas damas. Beatriz, como ahora diríamos, hacía los honores á sus convidados, luciendo rico traje de brocado y resplandeciente como la

venturosa Canopo entre sus compañeras de este hemisferio, y las demás damas tambien con trajes de córte, lucían sus encantos y sus atractivos melancólicas unas, enamoradas otras y otras mas, alegres y risueñas. Los caballeros no todos vestían de igual suerte; unos de córte con ricas ropas y joyales; otros de caza con mallas y pieles, distinguiéndose fácilmente quiénes partían al campo á correr ciervos y matar jabalíes y osos, y quiénes mas amables con las damas y mas amigos de las empresas de Vénus que de las hazañas de Minerva, se quedaban á ser los ídolos de los salones.

Jorge de Solier y su hermano Fernando lucían ricos brocados en sus ropas ricamente bordadas, pelo blondo y peinado, cortado sobre la frente, y encajes en los cuadrados escotes y las mangas de sus túnicos. Hernando, por el contrario, al viento suelta la

melena, vestido con la férrea malla y al cinto el cuchillo de monte, hacía con su barba larga y poblada el mas famoso contraste con el afeitado semblante de su primo.

El banquete fué espléndido: jarros de plata servian para contener el vino y en áureas copas era escanciado por nuevos Ganimedes vestidos con elegantes trajes: suculentas viandas se sirvieron y la alegría mas completa parecía que animaba á todos en el festin. Solo el señor de Belmonte aunque alegre y satisfecho no veía en torno el bienestar y la calma: solo él observaba en los rostros de algunos lo que ellos no hubieran creído ni querido que tal se conociera.

Porque en medio del general contento varias personas había que mas alegres se encontraban y en las pupilas de Jorge de Solier y de Fernando de Córdoba se veía la alegría del placer, en las de las dos Beatrices la

llama de la pasión y en las negras de gavián del veinticuatro la inmensa ventura que la venganza prodiga unida á la inquietud del que aguarda. Las copas habían chocado mas de una vez y mas de una vez también se habían ya apurado, cuando Jorge de Solier tomando una y levantándola en alto, brindó por la felicidad conyugal de los señores de la casa y por la feliz cacería que á Hernando le aguardaba. Se apuraron las copas y despues Hernando, brillando en sus ojos el fuego de la venganza y herido por las sarcásticas frases de Jorge y vagando en sus lábios la sonrisa del despecho aunque disimulando algun tanto, dijo:

—He oido vuestro brindis, mi querido primo, y yo también quiero brindar á vuestra dicha, como vos habeis brindado á la mia. Que nuestras copas se junten: yo acepto vuestro saludo y ya que no se pueda brindar á

lo pasado, brindo por mi buen acierto y á mi felicidad futura y asímismo con mis nobles camaradas por la prosperidad de nuestra expedicion y por que no se escapen á mi cuchillo ninguna de las magníficas reses que pienso inmolar cuanto antes. Camaradas, amigos de expedicion, bellas damas que me escuchais, os convido á mi vuelta á gustar, si es que os place, la carne de las reses cogidas. No os puedo ofrecer de antemano, ni corzos ni javalíes: tal vez lo que os dé sea solo carne de zorros astutos cazados en la trampa, pero de todos modos brindemos por mi empresa.

Y tranquilamente apuró de un sorbo el vino contenido en la ancha copa de oro.

Las anteriores palabras fueron dichas con una sonrisa sarcástica y estridente que hubiera helado la sangre de Beatriz y de Jorge si estos hubieran sabido lo enterado que Her-

nan lo se hallaba de sus amores, pero como nada sabian, solo escucharon estas frases en su sentido literal y fueron los primeros en brindar alegres por el nuevo festin que el noble preparaba.

Se levantaron los manteles y durante la tarde se bailó en los salones y se paseó en los jardines que el palacio adornaban y al comenzar la noche los expedicionarios partieron para poder ojear el monte á la madrugada y los que quedaban en Córdoba se retiraron cansados al seno de sus hogares.

IV.

Por el despoblado campo que hoy llaman de la Merced, y pasando por debajo del arco de la torre de la Malmuerta se deslizaban en la oscuridad de la noche en el mismo dia del festin, dos hombres envueltos en sus ta-

bardos; y cautelosamente resguardándose de las miradas de los centinelas, penetraron por la puerta llamada del Rincon en la ciudad de Córdoba.

Tomaron sigilosamente por el Adarve, callejon estrecho y tortuoso que tras la casa de los marqueses de Guadalcazar, aun está practicable, y llegando al final y abriendo un pequeño postigo de la casa que hoy se llama del Conde de Priego, el uno se separó respetuoso para dejar el paso al compañero, cerrando la puerta despues que los dos hubieron entrado.

La noche era hermosa y serena, aunque oscura; en el cielo brillaban las estrelas, no la luna, que ni el mas débil destello de su luz se vislumbraba. El lugar donde los embozados entraron era un hermoso jardin: los árboles corpulentos entrelazando sus ramas parecian informe masa denegrida y solo el blancusco tono de la

tierra determinaba sus contornos, como tambien solo se oía el ruido del agua cayendo pausadamente sobre una taza de marmol. Los dos embozados atravesaron el jardin como quiénes les es conocido el lugar y cuando llegaron casi á su fin, en un cenador de enredaderas se detuvieron á descansar.

Una lámpara encendida iluminaba aquel pequeño pabellon; el viento agitando la mortecina luz, producía destellos intermitentes, veloces como relámpagos y arrancaba pavesas encendidas que se depositaban ya convertidas en cenizas sobre las hojas. En el centro del pabellon habia una mesa sobre la que las copas á medio apurar y los platos vacíos indicaban que allí se habia opíparamente cenado y en medio del mayor alborozo, podría decirse, al contemplar en el suelo soñoliento y cansado, abandonado laud. Los taburetes eran cua-

tro; cuatro habian sido tambien los felices séres que habrian gozado de aquella pequeña orgía. Al presentarse ante los ojos de nuestros dos embozados aquellos restos de una escena de alegría, el que marchaba delante arrojándose impetuosamente en el interior se apretó el corazon con las manos al par que rugió como un tigre.

— Miserables! gritó; despues se detuvo al lado de aquellos revueltos muebles y apoyándose en su acompañante, murmuró:

— ¡Ay! Rodrigo: girones de mi honra son esos muebles y viandas; insultos á mi honor vendido y mancillado; saetas al mismo tiempo de emponzoñada punta que penetrando en mí corazon lo desgarran sin piedad. Cuatro asientos: esto es que no ya solo gozan faltando á sus deberes, sino que se entregan sin pudor al mas nefando libertinage. Comprendo la

escena que aquí ha pasado. Beatriz y Jorge á este lado; juntos los asientos; casi me ahoga la sangre al creer que los veo estrechándose alegremente. ¡Mas aquellos dos....

—Beatriz vuestra sobrina y Fernando os he dicho, señor, que tambien se aman; estas escenas ya otras veces acontecieron. Catalina les servía las viandas, tañía el bandolin y cantaba.

—Te atreves á decirlo--rugió el señor de Belmonte.--Miserable! lo has visto y no has hundido tu hierro en sus gargantas.

Vamos, es necesario concluir;—y ambos avanzaron y llegaron hasta la puerta de las habitaciones de Beatriz que ya conoces, lector.

Se detuvieron nuevamente, y Hernando se quitó el tabardo y lo entregó á Rodrigo: despues desnudó la espada y probó el cuchillo; se detuvo un momento; se apretó el pecho con ám-

bas manos alzando al cielo los ojos y despues de medir de este modo sus fuerzas, penetró pausadamente en la estancia. Ni quiero ni puedo decirte, lector, lo que pasó por la imaginacion del veinticuatro en aquel instante, pues como dice|Lope de Vega,

Que hay mas de la lengua á el alma
que desde la tierra al cielo, (1)

yo no podría de modo alguno expresarlo ni tú tampoco comprenderlo.

Hernan Alfonso atravesó el gabinete, y apoyándose en las columnas de la arquería de la alcoba, levantó suavemente la cortina. Nada se oía mas que un fuerte suspirar, vago rumor que formaba el aliento de los amantes que al escapar de un pecho era tan solo para animar á el otro. Una voz dulce se oyó murmurar ténuemente:

—Jorge, dijo, creo escuchar unos

(1) En su magnífico drama *Castigo sin Venganza*.

pasos y no sé por qué tengo miedo: estréchame contra tí, que solo tú me das valor, siendo también la causa que me lo quita.

—Crees que tuvieras que temer, Beatriz mía, si el mismo Hernando estuviese oculto tras esas cortinas? Que venga, pues, y lo verás caer exánime ante el gigante de nuestros amores.

Una carcajada sangrienta sonó al borde mismo del lecho: la sangre se heló en las venas de los amantes, y Jorge saltando alargó la mano en busca de sus armas, pero antes de alcanzarlas aquella mano había sido cortada por un hierro que inmediatamente se sepultó hasta la empuñadura en el pecho del comendador. Un grito horrible, espantoso, fué el último suspiro del Calatravo, grito que repitieron las bóvedas y los muros y que fué contestado por el veinticuatro con otra histérica carcajada. Beatriz quiso gritar y correr; Hernando

con férrea mano le tapó la boca y su daga se bañó en su sangre en medio de la oscuridad y el silencio.

En aquella misma noche la sobrina del conde, Beatriz, y el hermano del comendador, Fernando, murieron á manos del ofendido esposo, juntamente con la desleal criada Catalina.

El señor de Belmonte y Rodrigo marcharon enseguida á la frontera de Granada, donde lucharon noblemente, y un año despues en atencion á sus servicios se les estendió acta de perdon, de cuyo documento hemos tomado las anteriores noticias.

Sevilla Octubre de 1876.

IBN--AMMAR.

LEYENDA ARABE-ESPAÑOLA.

(HISTÓRICA.)

IBN-AMMAR.

Después de la caída del Califato de Córdoba, cuando aquel ficticio trono se vino á tierra arrastrando y envolviendo en el polvo de su polilla, la dinastía famosa de los Benu Umeyas, se declaró independiente en Sevilla un individuo de la familia de Benu Abbad, so pretexto de haber perecido, después de una larga peregrinación, el desgraciado Hischam, pobre y desvalido.

Los bandos políticos que habían devastado aquel imperio tan pode-

roso en tiempos de Almanzur, se apaciguaron un tanto y la mayor parte de los reyes nuevamente elevados, se sometieron al poder del Califa, cuyo nombre tomaba para dominar á España el astuto walí de Sevilla Abul-Kasin.

Poco despues de este suceso tan inesperado como importante, el supuesto Hischam que encerrado en las salas del alcázar de At-Mubarac, en Sevilla se encontraba, murió, segun se dijo, de una apoplegía y despues de celebrarse grandes exéquias y hacerse plegarias espléndidas por su alma en torres y mimbares, se proclamó soberano el gobernador, dando principio á la famosa dinastía de los Abbaditas que empieza con Muhamad-ben-Abbad, primer soberano que en España toma el título de Al-Montadid-Bilah.

El poder de los reyes sevillanos había crecido grandemente con la su-

puesta aparicion de Hischam y las adhesiones de muchos príncipes al soberano Umeya, y las conquistas que á nombre de este príncipe se hicieron colocaron á los Abbaditas en el mas floreciente estado; pudiendo decirse que era el mas importante reinado de los que se formaron en España á la caida del califado.

Con lo dicho, basta para que sepan mis lectores en qué comarcas, nuestra pequeña narracion debe desarrollarse y á mas les diré que la corte de aquellos príncipes era suntuosa y magnífica y que en sus palacios se encontraban asalariados poetas y narradores y se gozaba de deliciosas fiestas y escandalosas orgías. En fin, era el recinto de un alcázar, no mas que la habitacion donde tenian su morada el vicio y los placeres y donde se rendía culto tanto al amor como al libertinage.

En el siglo XI de nuestra era se

verifica la accion de esta leyenda y en la ciudad de Silves, famosa por el delicioso Alcázar de Seradsjib que allí tenían los soberanos de Isbiliah, es donde empieza á desarrollarse la accion de nuestra historia.

I.

Era una tarde de la triste y poética estacion en que el cosechero recoge el jugo de las vides y en grandes toneles deposita el néctar delicioso de los dioses; y si bien he de decir, no era tarde, que mas bien noche pudiérase llamar ó únicamente crepúsculo, á esa hora en que el sol completamente desaparecido, solo ilumina la estension del cielo con luz débil, entre dorada y verdosa, mientras la tierra se encuentra ya envuelta por completo entre las nieblas.

La ciudad de Silves destacaba los almínares de sus mezquitas y los te-

jados de sus casas teñidas de negro sobre el tono claro y diáfano del cielo; sobre sus casas una oscura nube abandonada en medio del espacio se estendía como magnífica vela que la cubriera; reflejaban árboles y edificios informes y denegridos sobre el manso río apacible y silencioso y el fulgor de los cielos iluminaba las aguas, dibujando caprichosas figuras sobre aquel hermoso cristal.

De algunos agimeces, de algunos balcones y puertas, luces que se perdían vagas é indecisas entre las ramas de los árboles, despedían rojizos resplandores; y en medio del apacible silencio del crepúsculo, se oía á veces muy lejos, el ladrido de algun perro defensor de la alquería lejana, el triste balar de estraviado corderillo, el monótono canto de las cigarras ó el lastimero quejido de la corneja ó del buho, mientras sobre el alma del que este hermoso paisaje

contemplára pesaba algo superior y extraño que anonadára y consumiera su existencia, que le haría reconocerse miserable y pequeño, obligándolo á besar la tierra que pisaba y rendir alabanzas al soberano Allah, el solo vencedor.

En el silencio armonioso de aquella hora se oía lejana una voz que cantaba alegremente; una voz varonil, fresca, que semejante á nuestras populares melodías entonaba una agradable endecha, que á veces se interrumpía por algun tiempo y nuevamente volvía á resonar. Al escucharla creeríase que en el interior de las hadadas mansiones de Seradsjib, algun príncipe Abbadita se entregaba al placer y que al dulce rasguear de enamorada guzla, en el regazo de su querida, amante se deleitaba; pero no era ciertamente en Seradsjib ni en Silves donde la voz se producía, ni un hombre de régia estirpe el que

lanzaba al viento tan melodiosas cadencias.

No lejos de Silves hay una pequeña aldea y en el camino que de una á otra conduce, un edificio arruinado se contemplaba; de entre sus deruidos muros salian aquellas voces misteriosas; encaminemos nuestros pasos á aquella en otro tiempo mansion de los placeres y veamos lo que en su recinto acontezca.

Recordaba la monarquía de los visigodos, el edificio famoso que deruido y desmoronado yacía como muestra clara de lo mudable y caduco de las grandezas humanas y los grandes sillares cuadrados que sus muros formaban otro tiempo, derumbados á impulsos de la indomable segur de los años, arrastrados como la hoja por el torbellino, yacian en estéril campo sembrados, que desde su sitio habian descendido algunos hasta la mitad de la pequeña vere-

da. Algunas puertas que permanecían en pié lucían en sus dinteles el *alfa* y *omega* de todas las construcciones visigodas, diciendo al que con ojos admirados les contemplasen, no que Dios fuese el principio y el fin, sino que á todo en el mundo estas dos frases les alcanza. El principio de aquel edificio, el *alfa*, estaba escrito en el muro; el fin, el *omega*, no había que escribirlo; el tiempo lo había grabado harto perceptible por desgracia sobre la faz caduca del palacio.

Allí se veían los cóncavos trozos del cincel visigodo en delicadas grecas y adornos diferentes, y capiteles y bases, frisos y pedestales, relieves y estatuas, todo yacía por el suelo destruido y abandonado y cubierto por musgo y por zarzales como antes estuvo con sedas y colgaduras. Y mas aun, donde antes moraban opulentos duques ó príncipes excelsos, ahora hacían sus madrigueras

los lagartos y las culebras y el murciélago y la lechuza manchaban los pavimentos que un día regaron los vinos de Madera y Siracusa.

En el interior de aquel lugar, en aquel informe laberinto de salas y patios, en aquel lugar donde no podría decirse cuáles habían sido dormitorios ni comedor, caballerizas ni zaguan; allí donde no podría un ingeniero dibujar el plano, sino después de detenido estudio y prolongadas meditaciones y trabajos, (tal estaba de destruido y revuelto) en una pequeña guarida que cuatro derribados y gruesos maderos formaban, el rasguear bravío de una guitarra, mezclado á veces á un puntear delicado se oía, y penetrando un poco más podía verse á un joven de vigoroso aspecto y melancólico semblante que envuelto en larga zamarra y con tosco gorro en la cabeza cantaba recostado tranquilamente sobre

un mal formado lecho de plantas silvestres y hojas secas que el viento se llevaba.

El rostro del jóven era prolongado y algo triangular, de ancha frente y vivaces pupilas que al hombre inteligente daban á conocer; de abultados lábios y negra y clara barba y robustos miembros que demostraban al hombre que no se abate por los sufrimientos de la materia. Aunque algo de melancólico había en su rostro, no creemos ver en él ningun dolor que su alma atenacee, no podemos ver en él un aventurero audaz ni un enamorado galan que acude á venturosa cita; nada de esto: aquel hombre por su traje no es mas que un pobre mendicante; ni por su aspecto mas que un alegre mancebo que no interesa ni conmueve el alma de los soñadores lectores de leyendas. La melancolía que hay en su semblante no es mas que la que presta el espí-

ritu de la poesia, la inspiracion divina cuando se alimenta en el pecho que siempre marca sus huellas en los ojos. Aquel hombre es un poeta, pero poeta pobre y desvalido que de puerta en puerta se arrastra mendigando; aquel hombre no es otro que el protagonista de nuestra leyenda, el célebre cantor Ibn-Ammar.

No está solo Ibn-Ammar en aquella desierta mansion que á falta de una casa donde resguardarse le sirve de vivienda. A un lado, sentada en el suelo y colgada del cuello del jóven, hay una niña hermosa que por su traje y aspecto tan pobre y miserable como el cantor nos parece. La jóven lo besa alguna vez y los dos felices amantes se encuentran dichosos en aquellos lugares, como si se hallasen en régio alcázar y sobre mullidos almohadones de raso, mientras acaso no tienen para pasar la noche un pedazo de pan duro y denegrido que aplicar á sus lábios.

El poeta canta con vigorosa voz endechas apasionadas, dedicadas al dulce objeto de sus caricias, y de vez en cuando, sobre todo al concluir una de sus estancias, besa el naciente seno desnudo y palpitante de la niña ò los rojos lábios que frescos al par que abrasadores palpitan y siempre alegres y satisfechos dieran envidia, si los mirára, al mismo Al-Montamid que en sus palacios de Seradsjib se divertía.

Envidia sí darian á aquel excelso príncipe que para recrear su ánimo tenía por habitacion tan hadado alcázar que no era casi concebible en la realidad; tenía bellas huríes de negros ojos que lo acariciasen, que no otra cosa parecían el coro de sus mujeres y esclavas; tenía magníficos vinos de los conventos de Córdoba y Sicilia y manjares suculentos, y mullido lecho y tañadores y bailarinas que lo distrajeran; y no obstante si

hubiese contemplado aquella escena de sin igual ternura, hubiera sentido envidia de tanto amor y tanta alegría y aun de tanta pobreza.

Yo mismo, lector, al describirte esta escena gozo con el recuerdo que de ella los árabes cantores me han dejado: yo ambiciono esa vida libre de cuidados que el muslime poeta disfrutaba; ese continuo vagar sin temor al salteador que á su bolsillo amenace si es rico; si es rey, sin las asechanzas del codicioso magnate que ansía derribar su trono para levantarse despues sobre uno nuevo. Yo desearía como Ibn-Ammar pasar de puerta en puerta sin mas equipaje que las ropas que me cubrieran y encontrar un puesto en cada mesa comprado con una hija sagrada de mi imaginacion, con elegante kasida; y cuando la noche cerrára las puertas de su dormitorio gigantesco, luego que la luz ya se ha ocultado,

no ir á buscar el mullido lecho en donde los ensueños me atormentasen y fatigaran, sino dormir solamente sobre matas de tarajes, con la bóveda azul por cubierta; por únicas sábanas los colosales plieges del espacio infinito y por blanda y rica almohada el palpitante seno de mi querida. Así gozaba Ibn-Ammar; así podía llamarse el ser mas venturoso de la tierra.

En aquella hermosa noche el poeta del pueblo se embriagaba de amor en los brazos de su adorada, y en cada beso y en cada abrazo un mundo de ternura se encontraba; y ciertamente que aquella alegría y aquel amor no eran los que gozan los opulentos magnates y los habitantes de los palacios, sino la expansiva felicidad y el amor generoso y sin cuidados que se profesan los pajarillos del campo y los habitantes fieros de las montañas.

Ibn-Ammar cantaba, con agradable voz, y en sus endechas apasionadas y en sus brillantes conceptos se veían las aspiraciones que llenaban su pecho y las ideas que en su mente se revolvían.

Parémonos á escucharlo escondidos tras derribado pórtico de columnas que iluminadas por la luna (que ya aparece) semejan las fatídicas sombras de los antiguos habitantes del palacio que en fúnebre rogativa vienen á llorar sus culpas donde antes gozaron con sus crímenes. Parémonos allí donde dibujando sobre el suelo, aquella argentada luz, las sombras de las ruinas ó bien iluminando trozos de mármol blanco lavados por la lluvia, forja en la vista y en la imaginación quimeras bellísimas y finge vaporosas vírgenes de blancos cendales, y terribles espectros de negros tules cubiertos; todos intangibles: y aformes, vapo-

rosos y aéreos como la luz las jezas de la atmósfera que solas le dan vida. Parémonos á escuchar á Ibn-Ammar; su voz se eleva á los etéreos espacios y cual himno divino de las aves que en serena noche al Todopoderoso saludáran, se oye cantar de la siguiente manera:

—En una aldea cercana ví la primera luz en miserable estado como el hijo de Nazareth y como el menesteroso y pobre.

—En una aldea cercana me he criado y he comido el pan de los perros y bebido agua de las charcas, en vez de generosos vinos de Siracusa.

—Como el Nazareno, he mendigado el alimento de puerta en puerta, y como él siento en mí una idea grande que me encumbrará algun dia.

—Soy ambicioso y en ese palacio de Serabsjib, en el que Almontadid insulta mi pobreza, he de gozar tambien á mi sabor.

—En él, hermosa Aurora (1) mia, como hoy en este pobre lecho, verás en mis brazos salir la primera luz de la mañana.

—Sí: yo me elevaré á tal altura, que los que ahora me desprecian ansien besar mi mano como esclavos miserables.

—Entonces, bella Subh mia, brillarás en los alcázares con ricos trajes, como ahora brillas entre las mas bellas, con tus queridos y miserables andrajos.

—Y ahora durmamos y que amanezca para tí la aurora; que para mí con ver tus ojos es siempre amanecido.

Al canto se siguió el sonido de un beso apasionado, y silenciosos quedaron los dos amantes; la luna poco á poco se elevó hasta el zénit iluminando sonriente el templo de aquel

(1) El nombre árabe Subh quiere decir Aurora: yo uso el uno ó el otro segun me conviene.

amor y siendo como la lámpara de Himeneo que en aquellas bodas brillase, mientras que los pajarillos de los bosques en las alamedas del Bétis epitalámicos cantos entonaban y las luciérnagas sobre el césped brincaban, brillando al par, como diamantes refulgentes.

II.

Espesa niebla: vapores condensados; emanaciones fluviales del cáuce cubren la superficie y las orillas del Bétis: y en las umbrosas alamedas trinan las aves, revolotean pajarillos, se eleva al cielo el águila caudal que en la alta roca asienta su nid; las aves de ribera, las unas sostenidas en un pié y la cabeza bajo el ala, duermen; las otras cruzan las ondas nadando como naves romanas en un mar anchuroso; los conejos inofensivos y tímidos bajan á la ribe-

ra, la liebre corredora con el oído atento cruza el llano, los animales se despiertan, el galán de noche y el Dompedro se adormecen, se abren las rosas y los lirios, brisa fresca besa las hojas de los árboles y los acaricia enamorada, y los primeros destellos del día tiñen de grana el horizonte é irradia la luz por todos los ámbitos del cielo y de la tierra, descorriendo la cortina de la negra noche y ahuyentando á sus guaridas al buho y la corneja, y á los murciélagos y la lechuza, y á los carniceros lobos que en las tinieblas buscan traicioneros sus presas.

En las almunias y en las alquerías, balan los corderillos deseando saltar el redil y desparramarse por el campo en busca del alimento; mugen las vacas y se preparan á ser unciadas á fuerte arado para romper la tierra; ladran los perros alborozados saltando alrededor de sus amos, y el

soñoliento zagal y el labrador activo preparan los atavics de la labor, mientras en el hogar les condimentan sazonado rancho que comerán alegres.

Cruza el espacio ligera nube vivificadora, blanca como el cendal de una nereida vaporosa y sencilla; la niebla se levanta en ligeras nubecillas adornando el cielo, el rocío se derrama sobre las flores en gotas diamantinas, el monte mojado gotea sobre la tierra seca y abrasadora, los árboles sacuden sus verdes vestiduras arrojando de sí las matinales perlas y los rayos dorados y primeros del sol hermoso secan las ropas de los vegetales, despejan el espacio, alegran á las aves que en magníficos himnos prorumpen y dan esplendor al firmamento que brilla con la alegría que presta solo al suelo andaluz, el purísimo azul que sus cielos colora.

Hienden los rayos del sol las sa-

lamandras con sus coronas de fuego; triscan los elfos enredando sus astas en las ramas murmuradoras; entonan báquicos cantos las vacantes danzando en corro en el alcázar que los troncos de la alameda semejan; bañan en el Bétis las ondinas sus verdes cendales, mientras peinan sonrientes sus dorados cabellos que perlas destilan en el río, y las nereidas alborozadas se sumergen jugueteando en las ondas, que truecan en espuma al salpicarlas sobre los azudes, y todo es alborozo y contento, que alegre y satisfecha parece la tierra y sus habitantes y sus génius y sus deidades al saludar muy de mañana al sol que la ilumina.

Amanecía, en fin, como siempre amanece en este privilegiado suelo de Al-Andaluz: alegre, magnífico el día se presentaba, y ya la campiña se verá cubierta por los labradores que trabajan la tierra alegremente.

Allí, en la alta montaña y en sus laderas, los bueyes tiraban del pesado arado cuya mansera dirigía el tosco zagal cantando sentencias magníficas que ni comprendía acaso; allá, otro zagal con el saco al hombro, arrojaba al suelo la rica semilla que había de convertirse en magnífica planta; á un lado varios hombres escarbaban la tierra con toscos azadones y á esotro sembraban el grano que la ladrona urraca desenterraba despues burlando al labrador codicioso, y en cada sitio, lo mismo en el otero que en el valle, las primeras operaciones de la labranza se practicaban con avidéz y deseo.

Mientras así se afanaban los hombres trabajando con soberano esfuerzo y con el sudor de la frente procurando para sí el alimento, para sus dueños la riqueza, por el camino que conduce á Silves un hombre robusto y saludable montando una mula gor-

da y lozana se dirigia cantando entredientes y rasgueando una guitarra. Aquel hombre caminaba sin cuidados é importándole poco, al parecer, ni las operaciones campestres, ni las bellezas que envuelve un amanecer risueño. Aquel hombre no se cuidaba ni del zagal que podaba las vides ni del que sembraba en removida tierra. Aquel hombre era Ibn-Ammar, que cuando ya brillaba esplendente y magnífico el sol sobre el horizonte, entró en Silves risueño y satisfecho.

Algunos meses habian pasado desde que lo contemplamos por primera vez en arruinado edificio no lejos de donde hoy estamos, y nada ha cambiado.

Su traje un poco mas viejo y mugriento; su rostro intalterable, tranquilo y melancólico. Pero en este momento cabalga sobre lucida mula que entonces no tenía. En la prime-

ra entrevista que con él tuvimos, el año se hallaba en su ocaso; ahora se encuentra en su pubertad; era en otoño; ahora en primavera; pero él inalterable y tranquilo parece tan pobre pero tan feliz como entonces.

Las calles de Silves están desiertas aun; alguna que otra puerta abierta dejan ver el interior de las moradas; algún árabe rebozado en su alquicel se dirige á la mezquita; el muecin en el alto alminar exhorta á la oracion, y los agimeces de las casas cerrados permanecen.

Ibn-Ammar camina silencioso por unas y otras calles: pasa junto á los jardines de Serabsjib y se pára á contemplarlos con tristeza; suspira y vuelve á su tranquila marcha. Por fin, llega á una casa rica por su apariencia; las puertas están abiertas de par en par y en su interior se miran hacinadas ricas telas y vasos de oro y de ágatas, muebles lujosos y magní-

ficas joyas, y en un rincón sobre rica alfombra, las piernas cruzadas y sentado sobre almohadones de seda, un viejo y raquítico musulme se entretiene en pasar una á una las cuentas de su rosario.

Ibn-Ammar se apeó de su cabalgadura y penetró en la tienda haciendo ante el viejo comerciante reverente saludo: despues le dijo:

—¡Oh! tú, mi buen amigo; opulento magnate; magnífico señor, aquí tienes de nuevo á tu sumiso esclavo Ibn-Ammar que ansía respetuoso besarte las plantas.

—Nada de eso, mi querido poeta, dijo el viejo mercader; déjame estrecharte entre mis brazos y refiéreme tu vida durante tanto tiempo como hace, que no has venido á cantarme tus kasidas.

Ibn-Ammar escuchó atento estas palabras y despues que tomó asiento en sus almohadones el viejo usure

ro, empezó el poeta á referir sus proezas de la siguiente manera, siempre á respetable distancia y de pié y humildemente sumiso.

—Jamás he dejado de acordarme de tu liberalidad, príncipe excelso, que con tus larguezas mas de una vez has mitigado mi hambre; mira, he recorrido todos los reinos de España y en ninguno he encontrado tan egrègio señor, tan esclarecido príncipe como eres, tú que para mí siempre has sido la bendicion del cielo. Mis canciones han resonado bajo los bosques de palmeras de Valencia, en donde un sin número de muslimes, como habitantes de repleto hormiguero, como monton de grano hacinado en el campo, me escuchaban embobados y prorumpian en alaridos de júbilo depositando siempre en mi mano monedas y mendrugos: mi voz se ha dejado oir bajo las bóvedas filigranadas, orna-las de alfarges y

atangias de los alcázares de Murcia: mis canciones se han formado al calor de las estufas de Zaragoza y sobre las ricas alcatifas de los palacios de Almería, y todos aquellos monarcas me han convidado con ricos manjares y recompensado con largueza. El de Granada me ha regalado esa mula para voiver á mi tierra, y créete que por Allah te lo digo, que ninguna dádiva ha sido para mí tan grata como aquel rico pan que yo recibía de tus manos generosas y que comía regocijándome de que nada me faltára á tu lado. ¡Cuántos beneficios te debo! Brillas para mí con tu generosidad mas que Al-Montamid con su riqueza: eres el ser mas grande y mas noble de la tierra como eres el mas querido de mi corazon. Mucho te quiero; mucho te bendigo; pero aun espero de tí muchos beneficios: mira; la fortuna me protege y me acompaña; siempre he hallado alimento, limpia

mesa y cama grata y mullida; pero en estos momentos ni techo tengo, ni alimento, ni cebada que dar à mi mula querida.

El raquíptico viejo se sonrió y dijo:

—Cuánto me place que tan feliz hayas sido en tu peregrinacion! Lo que hoy te falta yo te lo proporcionaré con largueza, pero antes has de ejercitar tu imaginacion en mi elogio: canta á mi beneficencia.

Ibn-Ammar recitó entonces una larga kasida llena de fátuos conceptos, ampulosos y rebuscados, y en la que hizo una apología tan exagerada del viejo, que este no pudo menos de sonreir orgulloso: despues le entregó un saco lleno de cebada para su caballería é invitó al poeta por primera vez en su vida á sentarse á su mesa.

—¡Ah! señor, tan gran merced es digna de un príncipe, no de un miserable poeta errante; déjame que be-

se humildemente la tierra que pisas
y que bendices á tu paso—y con otro
sin número de adulaciones rastreras,
siguió al comedor al viejo comercian-
te que esplotaba.

III.

Fuentes de blanco mármol tran-
quilas como una puesta del sol de
otoño: fuentes claras y serenas don-
de el surtidor que de enmedio brota,
se eleva derecho y erguido como la
oriental palmera y cual ella se abre
en mil brazos al llegar á su mayor al-
tura, descomponiéndose en gotas que
al caer sobre el manso y pequeño la-
go salpican diamantes, en los que la
luz se descompone formando una llu-
via de preciosas piedras, adornan
las estancias del palacio hadado de
Seradsjib. Pavimentos de blanco

mármol, cubiertos con orientales alfombras de brillantes y bien dispuestos colores; calados muros al través de los cuales penetran los rayos del sol como se comunican entre las hojas menudas y caprichosas de juguetona enredadera ó entre las mal tupidas ramas de la encina robusta ó del olmo altivo: calados techos semejantes á las bóvedas de ramage que en las umbrosas alamedas del Bétis se miran, decoran aquellas encantadas mansiones, aquellas salas mágicas y deliciosas donde los soñadores musulimes se entregan á los placeres divinos del amor. Cuanto el génio del arte puede soñar se encuentra allí realizado, como primorosa obra de filigrana que en ricos metales los árabes artífices labraran.

Sobre sus puertas de menudas incrustaciones de madera y oro labradas, y por ancho y primoroso arabá ceñidas, la estatua de una mu-

ger encantadora se mira (1). Las puertas cerradas imponen respeto al que de fuera las contempla; y durante la noche nadie se atrevería á turbar el sueño de sus moradores por temor á los fieros leones de oro que defienden airados con sus fuertes mandíbulas los llamadores ó aldabones que las decoran (2).

En su interior ricas salas se miran, rodeadas con las estatuas maravillosas de las mugeres de Al-Montamid. (3) Ricas salas cuyas paredes cubren mármoles delicados; mármoles rojos de Málaga y de Cabra, y serpentinias de Granada y planchas de

(1) Sobre la puerta del palacio de Medina Az-Zahira en Córdoba se veía la estatua de la favorita de Ab-durráman III.

(2) En el palacio de Medina Az-Zahira en Córdoba los llamadores eran cabezas de leones esmeradamente esculpidas.

(3) No era en el palacio de Silves, sino en uno de los de Sevilla, donde Al-Montamid tenía las estatuas de sus queridas.

blanco alabastro y trozos de lapiz-lazulí y jaspes pulimentados. Ricas salas donde los muros están primorosamente tallados y nervios y hojas y frutos y troncos se cruzan, se entrelazan y colocan caprichosamente, no mas que como en natural vergel cubre como densa cortina la zarzamosa ó la hiedra, un espacio cualquiera, tendiendo sus brazos de una en otra rama, de un árbol á otro árbol. Salas suntuosas donde en divanes blandos y mullidos, donde en almohadones de seda, sobre lujosas alfombras, y bajo bóvedas de alfarjes cubiertas con dibujos de espléndidas atanjías, los amigos de Al-Montamid se embriagan bebiendo vino rojo y puro escanciado por belias muchachas; divinias huríes cuyos rostros parecen vagas manifestaciones de las promesas de Mahoma, al verlas iluminadas únicamente por los rayos solares que penetrando á través de los mu-

ros alumbran la estancia con una luz misteriosa de delicioso crepúsculo. Salas que son verdaderos edenes, donde mil sustancias odoríferas impregnan el ambiente, y donde fuentes cristalinas producen vago rumor que á veces parece el eco de una perdida voz que el viento arrebató; en tanto es no mas que el acompañamiento misterioso á la voz de la cantarina ó al vibrar de las cuerdas de enamorado laud.

En sus patios, las arqueras entrelazan sus brazos y rodean como con encantado brazaletes el centro de la Al-fachía: vistosos colores adornan sus muros, el oro y las preciosas piedras se mezclan con el rojo y azul, y la luz diáfana y brillante del sol, se quiebra en aquellos almocárabes elegantes, brillando en las calurosas siestas del estío, como nunca ha brillado sobre una mies ya agostada: y los muros se reflejan en los

estanques y en las tasas pulimentadas de las fuentes; hiere los ojos de los leones y ciervos que arrojan por las bocas abundantes caños de agua y se aumentan y confunden los rayos del sol, con los rayos que despiden las fuentes y los muros y los topacios de los leones y los caballos, chocando en el espacio unos destellos con otros, produciendo luminosos puntos, instantáneas llamaradas que ciegan y confunden, impidiendo que en aquellos lugares se repose largo rato.

En sus jardines durante las noches de primavera, y durante las tranquilas veladas del verano, sobre artificiales lagunas, se dibujan magestuosas las copas denegridas de la arboleda y las estrellas rutilantes se retratan; y á veces al moverse las aguas agitadas dulcemente por las brisas (al rielar de la luna) parece que el hermoso astro de la noche ha

arrojado sobre ellas los brillantes magníficos de su diadema que se desparraman en abundante lluvia sobre las agitadas ondas.

En las noches calladas de verano, un coro de ruiseñores apasionados, con sus inspiradas y nunca escritas melodías ejecutan himnos misteriosos á Allah, himnos brillantes que empiezan con una aguda nota repetida mil veces en la bóveda infinita y que se abren en cataratas de armonía, de delicados tonos, de ayes, de lamentos, de quejidos ahogados de aquellos pequeños corazones tan henchidos de amor, de expresivas aclamaciones de júbilo y sin igual conjunto de dulces y tiernas notas que en el ininteligible lenguaje de las canoras aves expresan un mundo de delicados sentimientos apasionados.

Y á este coro, divina emanacion de las regiones encantadas donde los buenos creyentes gozan de delicias

inconcebibles, se mezclan las cadencias del acompañamiento que los árboles forman con su murmurar continuo, y las aguas con su constante salpicar y caer: y en el interior del palacio para aumentar este sin igual concierto, resuenan los báquicos y amorosos cantares y el chocar de las copas como ecos perdidos que de lejanas regiones el viento nos tragera.

Nada hay por soñado y fantástico que parezca que pueda compararse á las maravillosas mansiones de Seradsjib; nada puede la imaginacion forjar de hadado y espléndido que se aproxime á aquellos lugares; no es posible pintarlos: no pueden ser descritos; es inútil que yo me canse en expresar lo que no cabe ni aun en las locuras de un sueño caprichoso.

Tal era el lugar donde el príncipe Al-Montamid el heredero del trono de Sevilla, se entregaba á todo género de placeres, y algun tiempo

después de los acontecimientos que he narrado, en una tarde deliciosa del mes de Abril estaban reunidos en una de sus tarbeas varios jóvenes alegres que formaban al par que la dorada juventud musulme, la corona de flores que á aquel príncipe excelso rodeaba.

Diez ó doce serían los alegres musulimes que en aquella sala se regocijaban en los brazos de sus queridas y muchos más coperos y pages y muchas más escanciadoras y bailarinas, se reunían, se agrupaban y en constante movimiento y alborozo, bailaban, bullían, se paseaban y hablaban, reían, cantaban, y en confuso tropel se confundían los gritos, los cantos, los dulces tonos de los laudes, el chocar de las copas, la voz de los trovadores y el murmurar de las fuentes.

Al-Montamid brillaba entre todos: sus ojos animados por las liba-

ciones continuas lanzaban llamara-
das de fuego y se adormecían enro-
jecidos; sus labios palpitaban y besa-
ban sin cesar bien el pecho ó los lá-
bios de su querida, bien los labios de
la ancha copa de oro. Sus amigos, sin
respeto al príncipe, folgaban alegre-
mente con las odaliscas; y en la at-
mósfera, sobre las cabezas, en der-
redor, en medio y en ellos mismos se
levantaba un condensado vapor que
ahogaba, que embriagaba mas aun
que el vino y los placeres. Se masca-
ba el ambiente, enrarecido, henchido
de vapores, lleno de perfumes y del
humo de los pebeteros, lleno de agua
del evaporar de las fuentes, lleno de
carbono de la respiracion de los be-
bedores, lleno de sombras y de vi-
siones, de luces y de tinieblas, de
chispas luminosas y rojas del sol que
á través de los alicatados penetra-
ban, de ensueños amorosos, de en-
cantadas visiones, de aformas imá-

genes de intangibles fantasmas, que no en los espacios etéreos, sino en la imaginacion exaltada de aquellos seres, se formaban monstruosos y gigantescos ó deliciosos y enamorados.

Ya las voces roncas, anudadas, ahogadas en las fáuces secas, producian rugidos, lamentos, sollozos, suspiros, no delicadas notas y melodías; ya los instrumentos, ébrios como sus tañadores, sofocados por aquel inficionado ambiente, no modulaban notas; lanzaban solo violentos y estridentes sonidos, languidecido murmurar, chirridos, alaridos mezclados, confundidos y apagados; ya los hombres no hablaban; gritaban, se embravecian como mar contenido por poderoso dique, y sus gritos, sus voces se mezclaban y no eran palabras, no eran pensamientos, solo eran truenos horriblos de tempestad inminente.

Y á todo esto uníase colores dis-

cordantes, abigarrados matices; rojo en las ropas, rojo en los labios, rojo en los ojos; fuego en las pupilas, fuego en los adornos del muro, fuego en los pechos; verde en las paredes, verde en los trajes; y azul y amarillo y negro y oro y pedrería y chispazos y brillantes destellos, mezclado con nieblas y vapores y confusión y desorden.

La orgía había llegado á su mayor esplendor: saturnales, bacanales, fiestas antiguas y modernas, escandalosas reuniones de grandes ó de pequeños, nada igual, nada parecido, nada ni remotamente comparable á aquel sin igual ardor, á aquel delirio, á aquel vértigo ó frenesí al que ya faltaba vida y languidecía, se apagaba y moría, como el sol que se ocultaba en el monte.

Dejaban de sonar las voces, por que las voces se apagaban y morían en las gargantas; dejaban de gemir

los instrumentos, porque los brazos desfallecidos se abandonaban al descanso; moria y se apagaba el sonido de las copas, porque estas no contenian ya vino y manchaban la alfalfa; y jarros y vasos, y adufes y laudes, y almohadones y alquiceles, rodaban por el suelo, descansaban, dormian, porque un momento despues, sus tañedores, sus libadores, sus dueños, tambien rodaban, tambien dormian, tambien estaban ébrios, cansados y dormidos.

Vinieron despues esclavos que se fueron llevando á los convidados: muy pocos marcharon por su pié: retiraron á las esclavas mas languidecidas aun que sus venturosos amantes; retiraron las viandas del festin, los vasos y los jarros; limpiaron las alfombras, se llevaron los instrumentos y dejaron solo á Al-Montamid.

Un hombre quedaba aun en la estancia; apoyado contra el muro, de

espaldas recostado contra sus alíceres, procuraba en vano conservar humildosa postura. La tarbea en su imaginacion turbada, parecía oscilar y á su alrededor danzaban aun innumerables gentes y nada había, sin embargo, mas que un príncipe que se encontraba en el mismo lamentable estado que aquel infeliz cortesano. El hombre aquel estuvo á punto de caer al pretender hacer un saludo de despedida y dificilmente hubiera llegado á la puerta sin medir el suelo, si Al-Montamid con voz torpe como si su lengua fuese gruesa y pesada, no le hubiera dicho:

—Mi buen Ibn-Ammar, no te vayas; quiero que duermas esta noche bajo el mismo techo que tu amigo, que tu hermano: descansemos.

Ibn-Ammar no respondió siquiera, sino que dejándose caer se quedó profunda é instantáneamente dormido. Al-Montamid imitó su ejemplo

y poco despues nada se oía en el salon, ni se veía mas que oscuridad y pavora; que ya era entrada la noche y ninguna lámpara iluminaba la estancia.

La imaginacion del poeta, bien pronto despertó, y turbada por los vapores del licor, empezó á crearse mil visiones distintas y estrañas. Creyó encontrarse á veces en lugares radiantes de luz, magníficos y brillantes, rodeado de blancas nubes que heridas por el sol le deslumbraban; lugares sin límites que se abrian, se agrandaban, y sin términos ni horizontes llenaban tambien su aima, que no se contenía ya casi en su pecho y fatigado, respiraba fuertemente. Creyó encontrarse á veces en lugares sin límites, inmensos, colosales, pero oscuros y denegridos como prision subterránea en tormentosa noche y sintió que oprimía su pecho y que aquel espacio sin término ni horizontes, le

consumía y fatigaba y comprimía con horrible tortura su alma, enterrada dentro de la tenebrosa cárcel de su pecho. Su imaginacion le fingía á veces blancas vírgenes envueltas en vaporosos cendales, alados génios de hermosos rostros, blancos y rosados, de negras y vivaces pupilas, y bucles negros y rizados, que bajaban hasta él y le ceñían coronas de laurel; y á veces le fingía las barbas grises del profeta que cercado de los profetas mayores y menores y de un coro de bienaventurados, bajaban á colocar en sus manos las riendas del poder y posar su cuerpo sobre el asiento de un trono.

Pero lo que mas atormentó á Ibn-Ammar fué que á todos estos sueños, siguióse oscuridad pavorosa; á tanta agitacion, siguióse tranquilidad, y en medio del silencio sintió rastrear como una serpiente gigante que no vieron sus ojos; y el cuerpo aquel que se

arrastraba se aproximaba á él; á cada paso mas distinto era el sonido que formaba su cuerpo sobre el suelo y llegó junto al poeta, que quiso huir (y no pudo, y se sintió [aprisionado con fuertes ligaduras y como encerrado entre las cuatro paredes de un ataúd, y el cuerpo que se arrastraba llegó hasta su cabeza y la rodeó sin tocarla, y despues junto á su oído con ronca y tenebrosa voz, gritò:

—Despierta, miserable; está atento que te matará muy en breve.

Y desapareció el fantasma.

Ibn-Ammar despertó violentamente y se incorporó y sintió el frío del pavimento de mármol. Entonces dudó de lo que había oído y lo tuvo por quimera de sus sentidos y buscó su lecho y se recostó sobre él, tranquilamente.

Volvió el poeta á quedar completamente dormido y tranquilamente

respiraba, cuando sintió que poco á poco y sin que nada vieran sus ojos, se empezaron á levantar del suelo mismo, surgiendo como por encanto, unas cuantas figuras que le rodeaban y clavaban en él sus ojos brillantísimos y aquellas visiones envueltas en pesados ropones se doblaron sobre él y sintió el encendido aliento de sus bocas, y sintió en su rostro el rozar de sus barbas, y le despertaron violentamente gritando cuarta vez estas frases:

—Despierta, miserable; está atento que te matará muy en breve.

Y desapareció la vision.

Ibn-Ammar se despertó violentamente y sintió las frescas brisas de la noche que acariciaban su rostro, penetrando entre los almocárabes, y tuvo tentacion de huir y se sintió inmóvil como una estatua de piedra.

Nuevamente se acostó Ibn-Ammar y nuevamente volvió á quedar

dormido, y estaba tendido tranquilamente, respirando con facilidad y suspirando á intervalos. Poco despues sintió que las bóvedas crugian y se separaban y que por entre sus rotas maderas, atravesaba humo negro y espeso; descendió sobre él enrarecido el aire y se sintió ahogar por aquella fétida nube y no podía ya respirar y aun vivía y quería huir y era imposible, y de en medio de aquella nube, como si se rompiera y por toda ella se repitiera el sonido, como el trueno se repite en los espacios, sonó una voz con estruendo pavoroso y dijo estas palabras:

—Despierta, miserable; está atento que te matará muy en breve.

Y la voz se perdió en el infinito.

Ibn-Amarr se despertó sobresaltado, y envolviéndose en una manta salió de aquella estancia fugitivo. Salió á los jardines desatentado y loco: y corría de uno en otro lugar y

mientras calenturiento y miedoso buscaba un sitio donde guarecerse, las estrellas brillando bajo el cielo, y las luciérnagas brillando sobre la tierra, parecían burlarse de su cobardía, mientras jugueton y travieso hubo en la copa de un árbol lo detenía alguna vez con su voz miedosa, como si quisiera divertirse á costa del desventurado poeta. Al fin se escondió bajo las copas de unos árboles donde la maleza estaba tan compacta, que no era posible casi penetrar un hombre y allí aguardaba que el alba brillase sobre el cielo para huir para siempre de aquella hadada mansion.

Mientras tanto, Al-Montamid se habia despertado y llamaba á su buen amigo con frases cariñosas, estrañando la ausencia del que otro tiempo fué menesteroso narrador, y llamó gente que lo buscasen y él mismo fué por los jardines al encuentro de su privado y llegó junto á Ibn -Ammar y le

vió escondido, acurrucado, muerto de frío y de miedo bajo las copas de los árboles y le mandó salir con dulces palabras.

Creyó Ibn-Ammar que iba á matarle y estuvo á punto de arrojarse á sus plantas suplicante; pero viendo el tranquilo semblante del príncipe, le contó su sueño con todos sus pormenores mas pequeños. Al-Montamid le dijo:—Loco eres en creer tales cosas; —*cómo te habia de matar si eres mi propia vida? Eso sería un suicidio* (1); y cogiéndole del brazo le hizo volver á los palacios de Serabsjib.

IV.

Cómo se encontraba Ibn-Ammar

(1) Estas son las mismas palabras con que Schak cuenta este suceso, que es perfectamente histórico en su fondo y en el que nos hemos ceñido, quizá mas de lo justo, al autor que citamos.

en los palacios de Serabsjib? preguntará el lector, y yo no quiero dejar de complacerlo, pues sería imperdonable que este cambio de vida del protagonista de nuestra leyenda quedase envuelto en la impenetrable densidad del misterio. Ibn-Ammar pobre, desvalido y sin recursos, vagaba libremente de córte en córte y de ciudad en ciudad: en tanto tenía que mendigar de puerta en puerta; en tanto veía abierta la entrada de los palacios y con sus narraciones y kasidas compraba la vista de sus estancias y el regalo de sus moradas; y despues de mucho andar y correr sin haber ganado mas que una mula á la que vimos daba alimento merced á miserable comerciante vilmente adulado, se estableció en Silves, donde ya otra vez lo hemos visto. Kasidas elegantes brotaban de sus lábios y se reproducían por su pluma y en aquella degenerada córte de los reyes ad-

baditas que tanto gustaba de la ligereza de ingenio y se pagaba tanto de nimias producciones poéticas, llegaron á oirse, llevados por el aura popular, las estrofas del árabe poeta. Al-Montadid escuchó con placer una kasida de Ibn-Ammar y quiso conocer al elegante cantor é Ibn-Ammar fué presentado al rey.

Es digna de estudio la fisonomía especial que presentaba la córte del sevillano monarca y el estraño contraste que resulta entre los instintos sanguinarios del soberano y su culto casi idólatra al divino arte de la forma rítmica: y en tal manera se encontraba esta amalgama estraña, que en los mismos salones en que como adornos se ostentaban cortadas cabezas aun frescas, con los ojos abiertos y vidriosos, y los cabellos crispados y rígidos y destilando sangre, se escuchaban elegantes poesías hechidas de amor y de dulzura, que eran

vitoreadas con entusiasmo y se oía el canto melodioso de las esclavas y el dulce son de los laudes llenando de delicias el pecho del que los escuchaba.

En la córte de Al-Montadid había algo de futil y veleidoso, algo que no estaba en consonancia de ninguna manera con el carácter iracundo, vengativo y altamente inhumano con que se hallaba revestido el príncipe adbadita.

Al-Montadid, rey de Sevilla en el tiempo que narramos, era un déspota sin corazón, cruel hasta el extremo de haber ahogado con sus propias manos á su hijo Ismail, cruel hasta el extremo de no perdonar jamás sus enemigos y esterminarlos, cruel hasta el extremo de que en las escandalosas orgías de sus alcázares de Az-Zahí y Al-Mubarac se brindaba por que pudiera matar á muchos (1). Y

(1) Schak nos dá esta noticia del príncipe Al-Montamid.

no obstante de presentarse así el soberano, las cadenciosas notas de un laud ó los rimados versos de una kasida, penetraban en su alma fuertemente, lo impresionaban; y si algun condenado a muerte quería salvar la vida por grande que fuera su delito, solo necesitaba hacer muy buenos versos: si alguno quería alcanzar su gracia, por desventurado y desvalido que fuese y por muy su enemigo, solo tenía que hacer fáciles versos; y si alguno quería acumular riquezas y tesoros y recibir espléndidos dones del soberano, solo tenía que hacer muy buenos versos y cantando en su loor y adulando con tal que fuese en verso, siempre se llegaba á alcanzar la gracia de Al-Montadid y aun los mas distinguidos cargos del gobierno.

Tal hizo Ibn-Ammar, y el mejor poeta del siglo XI (despues de Ibn-Zeidun) alcanzó inmediatamente la proteccion del que se apoya en Allah.

Al Montadid lo recibió enseguida á su servicio y nada ya le faltaba en el alcázar. Su ambicion debía estar satisfecha; pero no fué esto bastante, sino que la fortuna, que siempre le ayudaba, le hizo aun un nuevo y espléndido presente. El príncipe heredero Al-Montamid, que habitaba en las encantadoras mansiones de Serabsjib, quiso conocer al poeta, y poco despues era su íntimo amigo y privado como hemos podido ver en la escena que antecede.

Ibn-Ammar no se encontraba satisfecho, sin embargo, al lado de su señor: sus ambiciosos deseos apagados por el hambre que tanto tiempo le martirizára, se despertaron violentos tan pronto vió abiertas las puertas del auge y del poderío, y ya solo deseaba crecer y agigantarse y aun hasta al mismo trono real elevaba su mirada, no mas que como el águila caudal al remontarse en el espacio

desafia con su vista los penetrantes y deslumbradores rayos del sol del mediodia.

Ibn-Ammar ambiciona ya hasta la suprema soberanía, y no reparaba en los medios, como no cabía ya en su pecho mas que el deseo de elevarse en el sόlio.

Un acontecimiento inesperado vino á echar en la hoguera de su ambicion mucha y muy seca leña, que aumentó el violento incendio en que se ardia. Al-Montadid murió y el príncipe heredero vino á ocupar el trono. Ibn-Ammar fuè nombrado gobernador de Silves y poco despues declarado wisir del soberano y generalísimo de los ejércitos. Poder, honores, riquezas, todo venía á colmar los deseos que abrigaba aquel miserable poeta mendicante que al comienzo de nuestra historia miramos.

No obstante, no se mostró el poeta ingrato con sus anteriores favore-

cedores y tan pronto como se vió gobernador de Silves y llenas sus arcas de sequíes, acudieron á su imaginacion los nombres de cuantos le habian hecho algun beneficio y se propuso galardonarlos con largueza. Recordó entre otros el mercader que un día le diera un saco de cebada para su mula y le envió monedas de plata dentro del mismo saco, que aun conservaba: recompensó otros servicios semejantes y se sentó tranquilo y satisfecho en su asiento señorial de Silves.

No olvidó tampoco Ibn-Ammar el amor desinteresado y ciego que otro tiempo, acaso mas feliz, le tributára una muchacha de su aldea, y bien pronto la hubo de llamar á su palacio y la tomó por su muger, considerándola mas que á ninguna. Ambos recordaron con gozo en las encantadas salas del palacio de Serabsjib tantas noches como en despoblado, sin mas

luz que la de las estrellas rutilantes, ni mas lecho que mullida hierba, habian pasado el uno en los brazos del otro y ambos con sus caricias se recompensaron dignamente de tantos sufrimientos.

Pero Ibn-Ammar era ya incapaz de amar ni de odiar á nadie; puesto que su pecho estaba totalmente lleno por la ambicion que le cegaba y no dejaba lugar á ningun género de afeciones que no fuesen el ánsia de honores y poder.

Poco tiempo ocupó el gobierno de Silves: Al-Montamid, que no se hallaba sin su poeta y favorito, lo llamó á Sevilla y lo nombró su wisir y general de sus ejércitos, lo cual enorgulleció su alma, puesto que lo constituía en la segunda persona del Estado.

Bien prento Ibn-Ammar dió á conocer no solo su talento, sino tambien el buen temple de su alma, y en breve el reino de Sevilla se vió engran-

decido con numerosas conquistas: castillos avanzados, inespugnables fortalezas se rindieron á las huestes del venturoso wisir, y con sus victorias, su fama, y con esta su apogeo, crecieron, creando en derredor suyo una córte de bajos aduladores, (muchos de los cuales habian sido por él adulados) y provocando contra sí enemistades y ódios que rencorosos cuanto traidores, solo entre nebulosidades y tinieblas se manifestaban y nunca de una manera franca con que pudieran ser conocidos y combatidos en buena lid.

Ibn-Ammar no se cuidaba de estas asechanzas y rivalidades, fijado en el cariño que el príncipe le profesaba, y se adormecía tranquilo sobre sus laureles, sin pensar que aun en medio de ellos podía encontrarse el áspid venenoso que concluyera con su privanza y tal vez con su vida. Así es que de vuelta de una brillante em-

bajada que se le encomendó en la córte de Zaragoza, se detuvo en Murcia y se hospedó como amigo en el alcázar de aquel soberano. Examinó las fortificaciones de la plaza; estudió el ejército y los pertrechos de guerra de que el murciano podría disponer; el terreno y los puntos menos fortificados y mas accesibles por donde se le pudiera atacar, y despidiéndose del rey despues de comprar á varios traidores de la servidumbre real, se volvió á Sevilla con ánimo de tornar sobre Murcia á la cabeza de ejército aguerrido y valeroso.

Llegó á Sevilla el wisir poeta y entró en su recinto entre inmensas aclamaciones de júbilo; arcos de triunfo formados de laurel y de rosas se alzaban bellamente engalados para darle paso; vistosos tapices colgaban de agimeces y de balcones; paladines lujosamente vestidos salieron á recibirle cambiándose de trecho en

trecho en el ejercicio de llevar las riendas de su palafren; dos hileras de vistosa caballería cubrían la carrera que habia de seguir y el mismo Al-Montamid, que sentado en un trono en la calle le aguardaba, descendió de él á su encuentro por el placer de estrecharlo entre sus brazos.

Jamás la ciudad de Córdoba hizo tan brillante recibimiento á sus califas: jamás vitoreó con mas entusiasmo al caudillo Almanzor, que lo fué en aquellos momentos por la ciudad de Sevilla el poeta Ibn-Ammar, que orgulloso cabalgando sobre magnífico troton se desdeñaba de dirigir una amigable mirada á los mas poderosos magnates que acudían humildes á besarle las manos.

Tan pronto como hubo echado pié á tierra, el wisir no se cuidó de mas que de poner en conocimiento de Al-Montamid el proyecto de conquista del reino de Murcia y de pedir á

su señor lucido ejército con que llevar á cabo tan gloriosa empresa; y el soberano, fácil siempre á conceder lo que Ibn-Ammar solicitaba, le concedió cuanto quiso y le encargó del mando de las huestes, nombrándole de antemano gobernador de aquella conquista que ya creían segura y que había de ser la perdición del poeta.

Así es, que ni descansó siquiera: reunió gentes, alistó soldados, formó bajo sus banderas hasta la guardia particular de la persona de Al-Montamid, y á la mañana siguiente, tremolando al viento los liwaes, y al ronco son de los lories salió á campaña el caudillo contra las fuerzas del señor de Murcia, que tranquilo en sus Estados, nunca hubiera esperado tamaña felonía.

En un dia solo se puso con todo su ejército sobre la ciudad real: apercebidos los traidores que en el alcázar

moraban, le abrieron sus puertas y bien pronto cayó en poder de Ibn-Ammar la fortaleza y la plaza y el alcázar mismo del soberano.

Ibn-Ammar se abrogó todas las facultades de aquel, dominando en nombre de Al-Montamid, pero mas como rey que como gobernador, y envió al rey destronado ricas ropas y presentes. El rey le contestó con dureza, recordándole su traicion y sus antiguos favores, y con este motivo solo mientras el poeta se entregaba á todo género de excesos y en sus báquicas diversiones se burlaba y zahería al mismo Al-Montamid,—el rey de Murcia fué encerrado y aherrojado duramente en calabozo inmundo y repugnante.

V.

Numeroso ejército acampa frente á los muros de Murcia, algun tiempo

despues de los anteriores sucesos. La luna plateada luce en el espacio y los azulados rayos del astro producen brillantes reflejos sobre los cascos y férreas armas de innumerable y poderosa grey, que como anillo de plata ciñe la ciudad por todos lados. Son las horas del silencio y la calma, y grande es la que reina en torno de la ciudad: calma de muerte, silencio del sepulcro que amedrenta y aterra. Las tiendas blancas de aquellas huestes se dibujan con la luz de la luna, pareciendo mas blancas todavía, y destacan sobre el suelo cubierto de verdura, sobre arboledas indeterminadas y sobre los muros, pero siempre sobre el negro tono que toman durante la noche los altos bastiones y los verdes y esmaltados vegetales. Recogidos bajo las lonas duermen los guerreros; de trecho en trecho la rojiza luz de una hoguera despide en derredor destellos brillantísimos que

se debilitan poco á poco, se pierden y vagos y apagados mueren al fin en la oscuridad y en las sombras. El silencio y la calma solo lo turba el alerta de los centinelas, que suena claro y distinto entre las tiendas del campamento, y la misma voz de alerta que como si el eco y el viento la repitiesen muy lejos, se oye resonar allí dentro en el recinto murado de la fortaleza.

No acontece lo mismo en la ciudad: durante las horas destinadas al descanso, los murcianos con actividad y priesa y con extraordinario apresuramiento, se ocupan en reparar los muros y allegar nuevos medios de defensa con que oponerse poderosos á las huestes del rey de Sevilla. La lucha el dia anterior ha sido terrible; las constantes acometidas de los de afuera han producido grandes destrozos en las murallas, y muchas pérdidas de gente y mucha sangre

derramada. Aportillado el muro por muchos lados, aquellas gentes se ocupan presurosas en componerlo, no con menor premura, que el hormiguero inundado por la lluvia, se mueve y trabaja por trasladar sus granos y sus huevecillos al nuevo agujero que les ha de guardar, ni como en colmena de abejas se afana el laborioso insecto por melificar las plantas y recoger el jugo que forma la riqueza de sus panales. Así es, que aquellos hombres no cesan un instante y unos en el muro, otros de acarreadores, todos se mueven, se agitan y se ocupan bien en traer agua y piedras, en tomar y allegar materiales, en levantar la destruida muralla, bien en limpiar los fosos, recoger los heridos y quitar de junto á las torres los cadáveres que amontonados por sí propios al caer de las escalas, forman escalera fácil que conduce al interior de la plaza á los esforzados soldados de Al-Montamid.

El cuadro que la ciudad presenta es aterrador, espantoso: desolacion y luto por doquier: mugeres doloridas, destocadas, rasgadas sus vestiduras, corren de uno en otro lugar lanzando ayes y lamentos, buscando en vano entre los vivos á padres, hijos ó hermanos: buscando entre los muertos las prendas queridas de su corazon que acaso en el fondo del foso se pudren, infestando las aguas con la hediondez de su podredumbre, llenando de fétidas miasmas el ambiente; acaso yacen mutilados, destrozados sus rostros, hendidos sus cráneos, atravesados sus pechos, sepultados, no bajo tierra ó cal, sino bajo pila gigante de hacinados cuerpos al pié de medio derruida albarrana; acaso tambien han hallado sepulcro despues de salir ilesos de la lucha, al retirarse á sus casas, bajo lienzo de muralla que combatido durante todo un día se ha venido á tierra, siendo un nue-

vo enemigo de los infelices sitiados, que mas que con la esperanza del triunfo luchan con la desesperacion del que no tiene mas salvacion que la muerte.

Ya aquellas acongojadas mugeres van á preguntar á los soldados por los que en vano buscan y en vez de frases de consuelo reciben duras respuestas de los que presurosos trabajan. El niño alegre y sonriente pregunta por su padre y por toda contestacion recibe un golpe que trueca en ilanto su natural alegría, y por todas partes todo es confusion y desórden, mezclándose la voz del trabajador que pide piedras ó cal para su obra, con la voz del centinela que grita el misterioso alerta, una blasfemia ó un asqueroso apóstrofe, con lastimero quejido de moribundo soldado, las voces de mando, con los sollozos de las mugeres, y mil ruidos discordantes y estraños que forman con-

junto maravilloso, verdadero himno en que el hombre prorrumpe por el Dios de las batallas, con todo su imponente acompañamiento de voces y de instrumentos, de cantos y de armonías, de ayes y quejidos y aspiraciones de histérico moribundo y maldiciones horribles.

Ibn-Amr no ya gobernador, sino soberano independiente, corre y se multiplica y parece estar en todas partes á la vez. Con la mayor actividad marcha del alcázar á las murallas y en tanto se halla en un baluarte adosado al muro, como inspecciona la guarnición de avanzada torre, sin olvidar nada desde la calahorra hasta el trono. Recorre las puertas de la ciudad y las inspecciona, viendo la fortaleza de sus rastrillos y lo inespugnable de sus puentes; recorre las murallas, y en los sitios menos fuertes y en los que mas han sufrido, hace doblar las tropas y á todos

arenga y alienta á la lid, prometiéndoles premios y distinciones: socorre á la vista de sus soldados, para que les sirva de estímulo, á las viudas y huérfanos con liberalidad y largueza, y sus arcas y sus tesoros los reparte á manos llenas entre los que han hecho prodigios de valor. Nadie como él interesado en la defensa; nadie como él tampoco activo en el trabajo: durante el día se ha batido como encarnizada fiera á quien arrebatan sus cachorros: aun se muestra en su mano el acero destilando humeante sangre; por la noche, lejos de dormir, ha llegado hasta poner piedras con sus propias manos en los portillos del muro.

Mientras esto sucede, comienza á amanecer: los primeros albores de la mañana van iluminando el cielo y dibujando sobre su diáfano fondo tanto las torres de la ciudad como las tiendas del campamento. En una y

otra resuenan las trompas y los atambores; el marcial sonido de los lilies despierta á los guerreros y confunde sus brillantes sonidos con los tiernos cantos de las pintadas aves. A la sombra de los livaes y de los estandartes se agrupan las numerosas huestes: los de adentro se eclocan cada cual en sus puestos y afilados los hierros esperan el asalto sobre las cortinas y sobre las torres ó con la mano en la cuerda y el arco tirante aguardan la señal de acometida para lanzar al viento la voladora saeta: los de afuera se agrupan y preparan y en vistosas y formidables compañías se mueven en distintas direcciones y reciben las órdenes para arrojar las flexibles escalas, combatir las murellas, nublar el sol con sus flechas y trepar al muro fulgurando los mortíferos y exterminadores aceros.

Al rededor de la plaza galopan en sus caballos los capitanes y Al-Mon--

tamid, revista sus huestes aguerridas, piensa las menos fuertes cortinas, indica los lugares por donde se ha de simular el asalto y cuáles son los verdaderos sitios por donde una vez empeñada la lucha se ha de poner cuidado en penetrar en la plaza, y ya hechos todos los preparativos, las guerreras trompas dan mutuamente la señal de acometida.

De uno y otro lado miriadas de flechas se cruzan en el espacio y continuamente se mandan y devuelven los emponzoñados dardos que ya causan bajas en una y otra parte; y mientras así se traba la lid, á pié firme y de lo alto y de abajo con sus agudas cañas nublan los rayos del sol, tres escuadrones se dirigen por distintos puntos á los muros sin cuidarse de los bastiones, y protegidos por los arqueros, intentan colocar las escalas en los sitios derruidos la vispera. Pero el muro destruido ha sido

restaurado: inútil ha sido la obra del día que antecede y hay de nuevo que combatirlo: se bate el muro y se abre brecha, y al muro de piedra sustituye una nueva é impenetrable muralla de pechos cubiertos con damasquinas armaduras. Los soldados flanquean y retroceden: los capitanes los animan y vuelven ardorosos á la encarnizada pelea: uno de los pelotones ha conseguido abrirse ancha brecha y sobre ella se precipitan rugientes y como hambientos leones, centenares de combatientes: de adentro tambien acuden innumerables gentes de socorro. ¡Bien se bate el cobre! Los capitanes valerosos se lanzan en medio de la lucha y se forman en torno enorme pira de heridos y cadáveres: los de adentro pelean sin cesar y los de afuera se empeñan en vano en penetrar en la plaza.

Ibn-Ammar se precipita en tanto rabioso de coraje en medio de la pe-

lea trabada en la abierta brecha y como tigre herido, destroza, mata y desgarrá sin piedad cortando, cerceñando, hiriendo y en un río de sangre convirtiendo el portillo que va á aumentar las aguas de los fosos tornándolas rojas. Ante su tajante acero retroceden deshechos y derrotados los sevillanos; las huestes murcianas cobran arrojo y valor y con nuevas fuerzas arremeten, acosan y persiguen á los sitiadores que puestos en vergonzosa fuga abandonan la aporillada cortina y van en su precipitada carrera á caer en los fosos que quieren salvar sin buscar los puentes, y nueva y mas horrorosa muerte hallan ahogados en su agua y en sangre de sus hermanos.

Los murcianos se replegan adentro y en breve, maderos, piedras, telas y muebles, todo cuanto encuentran á mano sirve prontamente á cubrir de cualquier manera la practica-

ble abertura. En tanto, otro peloton ha conseguido colocar las escalas y ya por ellas suben intrépidos y audaces los moros sevillanos: algunos han logrado pisar la muralla y á favor de sus aceros, que matan sin piedad, van subiendo otros muchos: pero en aquellos momentos los victoriosos campeones de la brecha llegan con su soberano á la cabeza y cierran á una contra los sitiadores valerosos: los acometen, los estrechan, los hieren, rompen sus lorigas, rompen sus cascos, hieren sus miembros, ensangrientan en sus cuerpos los aceros, y acosados, batidos, y encerrados entre el abismo y las espadas, ó se rinden ó se precipitan desde la alta muralla al campo, cayendo juntos, hacinados y destrozándose asimismo en su caída. Entonces cortan las escalas que en cada peldaño sustentan un soldado y entre confusos gritos de júbilo de los de adentro y dolorosos gemidos de los

heridos de unos y de otros vienen al suelo aplastándose, magullándose y muriendo, no por el hierro, sino por la violencia del golpe.

Victoria cantan las huestes murcianas sobre los muros y en los portillos, é Ibn-Ammar, el esforzado caudillo, arenga los soldados y nuevamente los anima á la lid, infundiendo en sus pechos arrebatado ardor.

— Vencido estás, Al-Montamid, se dice á sí mismo; como en tu honra abrió ancha herida mi punzante sátira que te obligó á moverte en contra mia, tambien en el corazon de tu ejército ha abierto ancha herida el hierro de mis soldados. Mi gloria está satisfecha; mi ambicion cumplida y el rey de Murcia, se rie hoy del menesteroso poeta de Silves que cantó otro tiempo sus kasidas en tu palacio.

Pero mientras así dice, inesperado suceso trueca en tristeza la alegría que le inunda. Los mismos traidores

que le abrieron á Ibn-Ammar las puertas de la ciudad, vendidos al oro de Al-Montamid, han abierto á sus huestes las puertas y porterías y aun los pequeños postigos. Cual gigante serpiente de acerados anillos que á la mejor templada espada de la India no fuera dable romper, se precipita el ejército de Al-Montamid dentro de las calles de Murcia y á la palabra *traicion* que de boca en boca corre, se sigue la mas vergonzosa fuga y el mas inesplicable desaliento. Inútil es que el murciano señor se arroje espada en mano en medio de la pelea y logre detener un momento la veloz acometida de los de afuera: ante su acero caen bañados en su sangre los mas intrépidos guerreros, hendidos sus cascos y sus cráneos hasta los dientes, cortadas á cercen sus gargantas. A su alrededor saltan los trozos de ferradas armaduras y caen los hombres machacados bajo su mon-

tante, que como martillo de herrero no cesa un punto de herir y de matar á uno y otro lado. Inútil es que algunos esforzados murcianos imiten la vigorosa acción de su señor: las huestes que por distintos lados penetraron en la ciudad, destrozan los palacios, saquean, roban, y al par que matan á los ancianos y á los niños inofensivos, violan á las mugeres, y columnas gigantes de negro y espeso humo se levantan por todas partes envolviendo en llamas los edificios. No es posible ya resistir: inútil es el vano empeño tomado en detenerlos: los techos crugén incendiados, los muros se desploman y envuelven en su caída vencidos y vencedores, y arroyos de sangre humana y arroyos de fuego hirviente corren por todos lados.

—¡Maldición! grita Ibn-Ammar en medio de la empeñada lid: la resistencia es inútil;—y retrocediendo á paso lento y haciendo pagar caro su

arrojo á los sevillanos, se va replegando hasta las puertas mismas de su palacio que aun no ha invadido la ébria soldadesca.

Gana las puertas del Alcázar y se encierra con algunos de los suyos en su recinto; cambia su traje por tosco gorro y larga zamarra: hincha de oro sus bolsillos y por secreta galería huye presuroso de la muerte que por doquier le persigue. En tanto, las puertas, al contacto de las teas crugen y se inflaman y ceden; al fin caen con espantoso sonido y se precipitan los soldados en el interior del palacio. Oro, plata, preciosos vasos, ricas telas, hermosas mugeres, forman el rico botin de los vencedores que por todas partes se desparraman entregándose al robo y al pillage. Al-Montamid mismo penetra dentro del palacio y toma los mas ricos presentes; por todas partes se busca á Ibn-Am-mar muerto ó vivo; pero mientras sus

tesoros son saqueados, sus mugeres ultrajadas, y su hogar se desploma por la violencia del fuego, el árabe poeta se encuentra salvo y á todo correr se aleja de aquel imponente cuadro de desolacion y luto.

VI.

—Nécio de mí, que elevado en el sόlio de Murcia, pensé un momento declararme independiente de mi favorecedor y malhaya ese Ibn-Jahir, mi antecesor, que, si yo hubiese cortado su cabeza, no me vería en estos momentos errante por el campo y teniendo que ir á ofrecer mis servicios en una córte extranjera, cuando tan bien me hallaba con mi cargo de wisir del soberano de Sevilla. Malditas mis coplas, que si bien me han elevado hasta donde ayer me encontraba, me han vuelto á derrumbar á donde hoy me miro.

Así pensaba Ibn-Ammar, en tanto que á buen andar se encaminaba hácia la córte del rey de Toledo una mañana despues de la toma de Murcia por el rey Al-Montamid de Sevilla. En su imaginacion iba poniendo en órden y reflexionando detenidamente los acontecimientos que en tan pocos meses se habian sucedido y poco á poco iba comprendiendo que aquellos rivales envidiosos y traicioneros émulos que despreciaba otras veces, no eran tan inofensivos como creyó y que á ellos debía su desastrosa ruina. Se culpaba á sí mismo, y con razon, de no haber castigado ó asegurado al menos á los traidores que le abrieron las puertas de la ciudad y que habian sido con él tan infames como con su anterior señor, y mas que á nadie acusaba á Ibn-Jahir de las desgracias que le abrumaban.

—Porque si yo hubiese dado muerte, se decía, á ese rey, no hubiera po-

dido escapar de su prision ni refugiarse en Valencia. Mis versos no hubieran escitado á la rebelion á aquellos súbditos y no hubiesen encontrado suficientes razones mis enemigos y envidiosos para acusarme de rebelde, con lo cual no hubiera Al-Montamid venido con las armas á tomar posesion de lo que nunca le hubiera dejado de pertenecer. Mas ¡ay! de quien mas debo quejarme es de mis parientes y amigos. Qué feliz era yo otro tiempo, cuando poeta menestoroso y harapiento, sin un sequí y á veces sin un pedazo de pan, no encontraba en el mundo quien quisiera ser mí amigo ni pariente. Entonces yo podía cantar sátiras punzantes; nadie había de ir á recitarlas al rey: hoy escribo una *inocente* kasida, y un mundo de ágrias ofensas para la persona de Al-Montamid miran en ella mis miserables enemigos.

Quedó un momento pensativo e'

poeta y despues encogiéndose de hombros y haciendo con los lábios y ojos un gesto de indiferencia, continuó caminando y empezó á entonar entre dientes un alegre cantar.

El camino serpenteaba á uno y otro lado y se deslizaba entre naranjales y limoneros, cuyas verdes hojas convidaban con húmedas y frescas sombras; sus florecillas blancas llenaban el ambiente de perfume deleitoso y tapizaban de blanco el ardoroso suelo, mientras entre flores y hojas algunas rojas naranjas y amarillos limones atrasados (que escondidos escaparon á la vista del esquilmero) se veian lucir como pintados botones de aquellas vegetales paredes. El sol brillaba en el zénit y con sus hermosos rayos iluminaba el suelo y los árboles; llameaba en los aires, chispeaba y parecía que flotaba y latía sobre los verdes y altos sembrados, que movidos levemente por las áuras

refrescaban el suelo con las gotas de agua que despedían de sus hojas bañadas por el rocío; en sus espigas cantaban las risueñas cigarras.

Bajo las copas de los árboles y allí donde el camino, dando una rápida vuelta, se estrechaba, y los naranjos de un lado entrelazaban sus ramas con los del otro y el sendero se ocultaba de los rayos solares, convidando á tomar descanso á la orilla de manso arroyuelo, en cuyo fondo se agrupaban las limpias guijas y en cuyo cristal se retrataban los lirios, á veces un ruiseñor pardillo abría su diminuto pico y en un mundo de delicadas notas prorrumpía cantando, gorgeardo, trinando notas melodiosas, al par que bajo las oscuras ramas algunos corderillos balando despuntaban con sus dientes la grama de color de esmeralda que brillaba en muchos puntos pequeños y distintos, herida por fébeos fulgores.

Otras veces por el camino que naturalmente se ensanchaba y se perdía á lo largo, se veía venir una mansa mula con grandes cofines, en cuyos senos las naranjas y los limones, las lechugas y demás hortalizas y mil frutas, mostraban sus colores y sus frescas matas y sobre la carga, cruzadas las piernas y de cuando en cuando aguijoneando con una vara á su cabalgadura, se veía al árabe hortelano cantando alegremente y flotando al viento las telas de su gorro para librarse del abrasado sol.

Tambien entre las arboledas, allí donde los perales y los guindos se levantaban con sus altas ramas y los membrillos con sus retorcidos troncos y los olivos en trama y los almendros blanqueando con sus flores, se levantaba modesta casita blanca cual tímida paloma y á la sombra de gigante nogal chirreaba la noria y crugía y formaba dulce sonido con la

caída de sus atanores y el chorrear del agua en la alberca; y un poco más allá las tímidas gallinas á la sombra, picaban el suelo buscando las culebrillas de tierra y los restos de la frugal comida de los campesinos; y con todo este conjunto de sonidos y de perspectivas, corto se hacía el camino al fugitivo Ibn-Ammar.

A una de esas pequeñas alquerías se dirigió el poeta con ánimo de descansar: abandonó el camino y atravesando línea recta sobre las azuladas coles y los verdes fresales, cuyo fruto coloreaba bajo las hojas, y hundiéndose sus pies en la regada y removida tierra fuese acercando á la casa. Salieron los perros saltando y ladrando á su encuentro, enseñándole sus afilados dientes y colmillos, y detrás los hortelanos salieron llamándolos con fuertes voces, y aplacados á las voces de sus amos dejaron, aunque gruñendo, penetrar á

Ibn-Ammar, que dijo al llegar á los labradores las frases acostumbradas:

—Allah-acbar. La bendicion de Dios caiga sobre vosotros, alegres labradores del campo; un caminante que se dirige á la córte de Castilla os pide un lugar de reposo, un alimento reparador y os quiere comprar si poseis un buen caballo que me conduzca mas á gusto y mas á tiempo.

—Que Dios que os ha traído os conserve, noble señor, dijo el hortelano: sentaos aquí bajo los añosos robles y bajo las punzantes encinas podeis descansar; agua fresca os brinda nuestra fuente; pronto una comida reparadora se os preparará y una de las caballerías de mi labor os brindo desde ahora,

Dió las gracias el poeta, y el rústico labrador se separó de él para preparar la comida. El gallinero saltó alborotado y las gallinas y los pollos corrieron espantados en todas direc-

ciones y cacareaban á una oyendo los agudos gemidos que lanzaba un gallo aprisionado por el huésped del poeta. La hoja de su cuchillo cortó de un tajo la cabeza del animal; cayó la sangre en gotas sobre la fresca hierba, bordándola de rojo, y en breve sobre fuego atizado y llameante se levantaba enorme caldero en el que el ave se guisaba. La vaca unida á la noria, indiferente á esta escena, seguía mugiendo y andando: los arcaduces subían llenos y vaciaban y volvían á bajar, la noria rechinaba, y los perros meneando la cola se relamían al olor del sabroso guisado.

Comió Ibn-Ammar sobre limpios manteles: compró un caballo; pagó con largueza la hospitalidad al buen campesino, y á poco caballero en su alazan entraba por las llanuras estériles de la Mancha.

Llanura cubierta de verdes sem-

brados, inmensa como el desierto, se estiende á su vista; el sol declina, y las prolongadas sombras del caballo y del caballero son las únicas que interrumpen la monotonía de aquel inmenso abrojal: lejos, muy lejos y á uno y otro lado y en frente, se ven algunos pueblos, conjunto de casas blancas que se levantan en medio de la llanura, empequeñecidas por la distancia y que vistas de lejos simulan bandada de errantes gaviotas posadas sobre terrible escollo marino que el descenso de la marea levemente descubriera.

Descansando en una alquería ó almunia, en un cortijo ó en un palacio, varios dias camina Ibn-Ammar hasta que su caballo pisó las márgenes del Tajo caudaloso, cuyas orillas cubrian anchas alamedas y entre las cuales gigantes fresnos y aromosos alisos hasta el cielo elevaban sus ramas infinitas. Toca al fin los muros de To-

ledo y penetra en su recinto y se prostra ante el monarca en el alcázar que fué de los reyes árabes otro tiempo.

Desde que lo vieron entrar, algunos nobles que habían acompañado á Alfonso VI en sus expediciones á Andalucía le conocieron y fueron á avisar al rey de su llegada; y el católico monarca se apresuró á recibir al que aun creía visir del rey Al-Montamid de Sevilla.

—Que Allah te guarde y te conserve, dijo Ibn-Anmar cuando estuvo en presencia del monarca castellano: un hombre á quien la fortuna elevò á la mayor altura y que hoy la desgracia abate, te pide suplicante que lo recibas á tu servicio y te pide fuerzas para marchar á la conquista del reino de Sevilla. Dios te premie estos favores que espero me concedas y el profeta te colme de bienes cuando la segur del ángel corte el nudo de tu preciosa vida.

--Amigo Ibn-Ammar, dijo el rey; si yo quisiera ir sobre Sevilla, guerreros tengo en mi corte que saben conducir un ejército y yo mismo iría al frente de mis huéspedes: pero debilitado mi reino con las continuas guerras, no me hallo en estado de salir á campaña ni aparejados tengo mis soldados y armas. Si quieres quedarte en mi corte, con habitacion te brindo y si dejáras tu ley, honores y distinciones acumularia sobre tí.

Dijo el rey, é Ibn-Ammar sintió toda la fiereza de su corazon que se sublevaba ante la contestacion del monarca. Se disculpó lo mejor que pudo de no quedarse en la corte y partió de Toledo, pensando encontrar en otra parte lo que se le negaba de tal manera en el reino de Castilla.

Salió Ibn-Ammar del alcázar; se dirigió á su posada, y tomando el caballo salió apresuradamente de Toledo sin volver atrás la cara.

—A dónde dirigir mis pasos? se preguntaba; por qué yo he manifestado mis intenciones tan francamente al rey y no he procurado su apoyo de una manera artera y silenciosa? Tal vez así hubiera logrado mover su ánimo á tan gran empresa que colmara por siempre mi venganza.

Súbitamente hirió su imaginacion el recuerdo de una embajada que había llevado á feliz término en el reino de Zaragoza y recordó la buena acogida que Al-Montadir le dispensára cuando oyó de sus lábios la elegante kasida con que saludó al soberano: enseguida torció su caballo y se dirigió á la córte de Zaragoza.

Cruzó con su caballo por caminos de cabras los altos montes de Toledo: á su alrededor las jaras y los lentiscos se alzaban, y acebuches y encinas de trecho en trecho daban sombra.

Entre las lastras y pedregales que formaban el suelo haciendo al caba-

lo resbalar y caer, apretaban y estendían sus raíces altos gayombos, que con sus amarillos ramos daban aroma y mezclaban sus olores á la agradable flor del romero y espliego. Varias veces perdió el camino comenzado y no hubiera vuelto á él, y por el monte se hubiera extraviado, si los pastores errantes no le hubieran devuelto á la vereda.

Por fin se vió libre de las montuosas sierras, no sin que hubiese alguna vez su cabalgadura arrodillado y caído, y entró en las llanuras de Castilla. De nuevo volvieron á presentarse ante sus ojos llanos llenos de sembrados; el trigo y la cebada y la avena levantaban sus apretadas cañas coronadas de espigas: vieron sus ojos huertas feraces sembradas de azules coles y verdes cogollos y donde los granados lucian sus rojizos primeros tallos, aun no convertidos en hojas delicadas; las higueras empezaban

tambien á producir sus doradas matas y las vides sus abollones de sábia y de riqueza. Traspasó galopando castañares inmensos con sus foliadas hojas y sus punzantes erizos y despues se dirigió por entre pinares copudos y gigantescos, de cuyos troncos por las abiertas grietas se destilaba la estimada resina.

Nuevamente montañas abruptas casi inaccesibles, se levantaban delante de él cerrándole el paso, coronadas de nieve y por las quiebras de sus rocas enhiestas resbalaba, caía y se despeñaba otras veces agua abundante, y despues de mil trabajos y despues de muchos dias de caminar y sufrir llegó ante las puertas de Zaragoza y de sus altos bastiones.

Cerraba la noche, y el poeta errante no pudo por esta causa presentarse al monarca zaragozano: se hospedó en la mejor posada y á la mañana siguiente se presentó á Al-Montadir en su palacio.

Tan pronto como el rey le vió llegar, sin dejarlo siquiera que le besá-ra las plantas, lo estrechó en sus brazos y le dijo:

—Ibn-Ammar, ya he sabido tu vano empeño y el desastroso resultado de tu empresa. Te compadezco por tu ambicion y al par me alegro, puesta desgracia me proporciona el placer de tener inteligente wisir en quien descansar de las fatigas del gobierno. Quédate conmigo, Ibn-Ammar, y serás mi mejor amigo y mi general y poeta.

Ibn-Ammar suspiró de gozo al oír las palabras del rey, y humildemente le dió las gracias por su generosidad y largueza: se quedó en el palacio y desde luego se hizo cargo del importante empleo que el rey le confiriera.

VII.

No bien hubo Ibn-Ammar tomado

posesion de su nuevo cargo de wisir, cuando nuevamente empezó á dar muestras de su carácter belicoso é inquieto: una pequeña rebelion le dió motivo para ir contra el castillo de Segura con poderosa suerte y de este modo irse formando hacienda rica y magnífica. Pero la estrella del poeta se había por completo nublado y desde su caída del sόlio de Murcia puede decirse que ni un momento de bienestar disfruta: si se eleva alguna vez, es para caer mas hondo; si alguna vez goza placeres, es tan solo para hacer mayores los dolores que se le han de seguir.

La empresa de Ibn-Ammar contra el castillo de Segura prometía un magnífico resultado: cercada por todas partes la fortaleza, estrechados sus moradores dentro de los muros, sin recursos, cortadas las comunicaciones y escasos de víveres, estaban tan estrechamente cercados que no

les quedaba mas recurso que rendirse, cuando una noche mientras dormian todos en el campamento y no se oía ni aun los ¡alertas! de los centinelas, el gobernador de Segura reunió sus gentes, los animó á la pelea y con el valor de la desesperacion se arrojaron sobre el descuidado campamento, sembrando en él el pavor, el miedo y la matanza.

En vano fué que Ibn-Ammar hiciese prodigios de valor; en vano fué que como leon herido se arrojase entre los defensores del castillo; cercado por todas partes, acosado, perseguido, no le fué posible ni huir siquiera y cayó en poder de sus enemigos que se replegaron con su presa á Segura, despues de hacer huir á la desbandada el zaragozano ejército.

La estrella de Ibn-Ammar se habia eclipsado, he dicho, y aquí está la terminante prueba de este aserto: ya tenemos al poeta mas desgracia-

do que nunca: no en la caída de su apogeo, sino en su mas horrorosa desgracia. Ibn-Ammar en su prision no es ya el árabe caudillo que conducía los ejércitos á la victoria; Ibn-Ammar no es el magnate que se regocijaba bebiendo vino rojo y gozando amorosos placeres en los suntuosos palacios: no es ni mas ni aun el menesterozo poeta mendicante sin techo y sin hogar: hoy es mas miserable, mucho mas que entonces. Entonces era pobre, hoy tambien; entonces no gozaba dichas ni alegrías, ni hoy tampoco; pero entonces gozaba la mas inefable de las venturas, la libertad, y hoy, miserable y triste, se encuentra en una hedionda prision aherrado y cautivo.

El gobernador de Segura pensó en dar muerte al poeta, pero meditando un poco, halló medio de hacerlo mas productivo sin dejar de satisfacer la sed de su venganza. Así de-

terminó venderlo y venderlo en pública subasta como miserable esclavo; á él, que había ceñido una dorada diadema á su cabeza.

Enseguida mandó á todas las cortes andaluzas sus mensajeros, anunciando el precio y las cualidades del desgraciado wisir: los mensajeros llevaron la noticia á Al-Montadir y á Al-Montamid: el uno deseó comprarlo por devolverle la libertad perdida; el otro ambicionó su posesion por castigar su rebeldía y su ingratitude. El mismo Ibn-Ammar considerando su desgracia, se mofó de ella como siempre se había reido de su vida y en su prision misma cantaba:

En almoneda se vende
mi cabeza; pagad caro,
que bien vale mi cabeza
pagarse á precio muy alto. (1)

El soberano de Zaragoza tanto como el de Sevilla mandaron sus

(1) Traducción de D. Juan Valera.

mensageros para la redencion del cautivo; pero habiendo subido el precio mucho y no teniendo grandes recursos ó gran interés Al-Montadir, hubo de ceder ante los tesoros del sevillano, que á buen precio compró al poeta y le condujo á Córdoba y Sevilla.

Ibn-Ammar cargado de cadenas atravesó los altos montes de Aragon y las plácidas llanuras de Castilla; atravesó el Tajo, aquel undoso rio en cuyas aguas había retratado su rostro y en cuyas orillas había descansado tranquilo oyendo los gorgoros de los ruiseñores; atravesó la Sierra-Morena sembrada de rosas, y los feraces campos andaluces, y llegó junto á las puertas de Córdoba conducido por uno de los innumerables hijos de Al-Montamid.

En otro tiempo, cuando Ibn-Ammar penetraba victorioso en la ciudad, las puertas y las ventanas esta-

ban llenas de gente, los agimeces colgados con ricos tapices, las calles cubiertas con filas de vistosa caballería, los nobles salían á besarle la mano y el poeta montaba magnífico brido cubierto de gualdrapas: ahora las calles estaban llenas de gente, vistosas filas de caballería cubrían la carrera, los nobles salían á verle, pero Ibn-Ammar cabalgaba en cansada mula entre dos haldas de paja y los muchachos lo zaherian y arrojaban tierra y lodo á su cara.

El desgraciado poeta fué embarcado en una galera y zurcando el Guadalquivir, aquel mismo río que en otro tiempo había recorrido en su barca pintada y ligera entre los dulces brazos de sus queridas, fué conducido á Sevilla y en la torre del Oro encerrado tal vez para no salir de ella nunca mas.

VIII.

Cargado de cadenas, agobiado por el peso de los duros grillos y mucho mas por el peso de sus dolores, Ibn-Ammar pasaba largas horas en la ventana de su prision contemplando el manso Guadalquivir que lame los muros de la árabe torre del Oro: desde allí se lamentaba el cuitado de su desgracia, veía deslizarse en libertad las limpias aguas que iban presurosas á pagar al Océano el debido tributo, miraba en libertad los ligeros barcos que anclaban en el puerto y á veces, hinchadas las telas por el viento, las veía partir ufanas á lejanas regiones sin mas fuerzas que los ligaren que el inútil noto ó el iracundo Aquilon, miraba las poéticas lanchas cruzar durante la noche el rio llenas de enamorados galanes, y de su interior sa-

lian canciones inspiradas al calor de los besos y al calor de los vinos; veía cruzar las golondrinas el éter azulado, chirreando junto á su ventana y fabricando en libertad sus nidos, en las mismas bóvedas de la ferrada cárcel, y el corazon del cautivo se partía de dolor al contemplar la inefable ventura de aquellos séres que gozaban alborozados de la ansiada libertad por él perdida. Un día Ibn-Ammar fué sacado de su prision y conducido á la presencia de Al-Montamid; la entrevista al principio dura, se convirtió en dulce bálsamo para los dolores del prisionero, que juntamente con el rey recordó las dulces horas que en su juventud habian gozado en los encantadores palacios de Serabsjib. Despues con la esperanza en el pecho fué devuelto á su prision.

Ibn-Ammar volvió á recostarse en su ventana, volvió á mirar al rio, á sus ligeras naves, á las aves que

en fantásticos giros cruzaban el espacio, vió el campo lejos cubierto de verdura y los corderillos en él, libres de su redil, cortando con sus afilados dientes la menuda hierba, y el gozo y la satisfaccion de su alma, al considerar la libertad que esperaba, no fué bastante á contenerse en su pecho, obligándole á participar su ventura al príncipe Rachid, hijo del soberano Abbadida. Cogió un pliego de papel y escribió una estensa y poética carta, en que participaba al príncipe su próxima ventura; los enemigos de Ibn-Ammar la leyeron y dieron conocimiento al Rey, no de su contenido, sino de un sin número de calumniosas razones. Colérico Al-Montamid cogió un hacha de armas y fué al encuentro del desgraciado wisir. La puerta de la prision se abrió, y el rey, centellante la mirada, el lábio convulso, penetró en su interior: la cólera estaba retratada en su

semblante. Ibn-Ammar al verle se arrojó á sus pies suplicante; pero Al-Montamid inexorable, no le quiso escuchar y alzando en alto la maza, hendió de un tajo la cabeza del infeliz, dejándole muerto y ensangrentado tendido en el duro suelo.

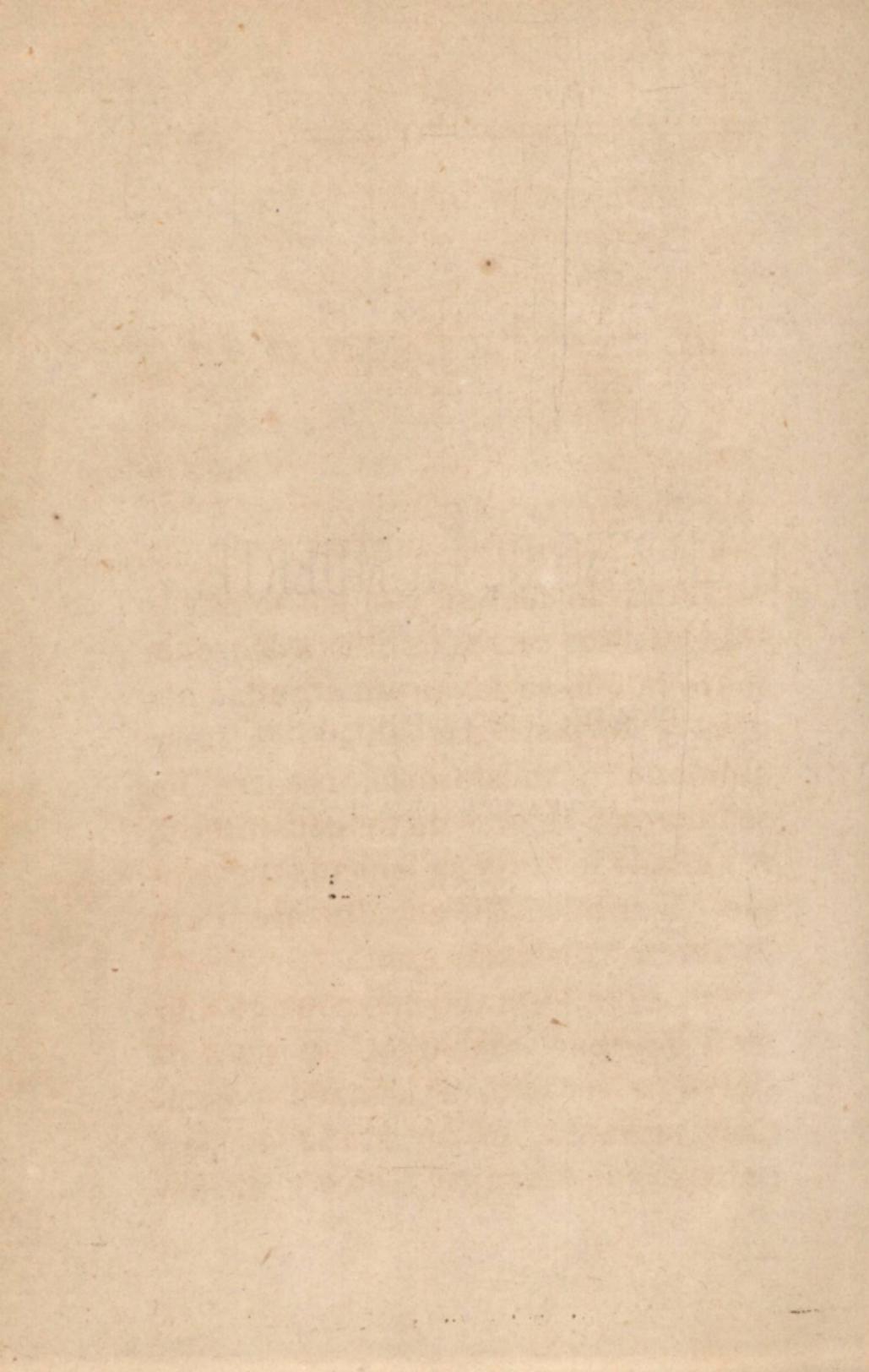
Así concluyó el poeta errante, que desde la mas honda miseria se había elevado al sólio soberano de un reino: así concluyó: á manos de un verdugo; pero á manos de un verdugo real.

Sevilla Noviembre de 1876.

EL BESO DE LA MUERTE.

TRADICION CORDOBESA.

(FANTÁSTICA.)



EL BESO DE LA MUERTE.

I.

La tarde declina y el sol se hunde tras los altos cerros de Sierra-Morena, sobre la que se levantan algunas negras y tormentosas nubes. D. Juan, enlutado y misterioso, recorre los sepulcros y huesas de un cementerio. A un lado levanta su fachada un templo bizantino. Un sepulturero cava la tierra y distraído canta.

D. Juan.—(Hablando consigo mismo.) Ya todo concluyó: un poco de tierra miserable, apisonada y compacta, guarda, en un ataúd de siete palmos, sus despojos yertos y ensan-

grentados. Hoy, luto y tristeza; los amigos le lleran, le acompañan á la fosa y se habla de su misteriosa muerte: mañana, solo ahí habrá cenizas empobrecidas. Su recuerdo se borrará de la memoria y solo algun hueso roto ó su cráneo hendido, podrán recordar, al remover la tierra, que ésta ha guardado un hombre en sus entrañas.

Miseria humana: en este mundo aborrecido, nos cubrimos de harapos y oropeles; pensamos gozar ó sufrir; soñamos fantásticas quimeras, y despues de la muerte, todo viene á sepultarse en el lodo y reducirse tan solo á un poco de cenizas.

Aquel sepulturero cava la tierra, prepara una fosa que ha de guardar un cadáver, y, sin embargo, canta alegremente. Siempre el placer y el dolor, siempre el luto y la tristeza unidos en discordante y estraña amalgama al goce y al deleite.

Aun no nacemos; aun no vemos por primera vez la etérea bóveda cubierta de azul esplendente y tachonada de estrellas y el frío exterior nos obliga á verter las lágrimas primeras. Creemos y ambicionamos: primero, el juguete, el pequeño objeto que nos ha de servir de distraccion y que inmолamos al fin: despues, la gloria mundana, riquezas y placeres, ódios y afectos, amores y rivalidades.

Vivimos y con la conciencia de la muerte; pensando en esa barrera que á nadie ha dejado de cerrar el paso, sufrimos y consumimos la vida en inútiles y lastimeros afanes; y cuando el ideal ansiado se presenta á los ojos, cuando todo nos viene á sonreir, la muerte inflexible se apodera del cuerpo y lo hunde en el cieno, y eso que se llama el alma va á confundirse con la fluídica fuerza vital que todo lo conmueve, perdiendo por completo hasta el recuerdo de lo que ha sido.

Aun resuenan en mi oído los últimos cantos del ceremonial que me ha traído á este sitio: aun creo escuchar esas hermosas armonías que parece que abren las puertas de otras mansiones y de nuevos mundos y también entre ellos creo adivinar el chocar de las espadas y el agudo y desgarrador lamento lanzado por ese hombre en la pasada noche.

¡Qué de recuerdos y de ideas tan distintos y confundidos se agolpan á mi mente! Las cariñosas frases de la encantadora niña, aquel suave murmurar sin palabras de sus suspiros y caricias; después la celosa ira del que fué mi amigo.

El insultante discurso de mi adversario y el canto del ruiseñor en la alameda vecina, el chocar de las armas y el rumor del agua en los azudes; su grito desgarrador de muerte y el grito de la lechuza que hendía los aires en aquellos momentos.

A esto ha seguido una noche horrorosa de dudas y remordimientos, y hoy, al fin, estoy seguro de que nadie lo sabe é hipócrita y miserablemente acompaño al lugar del descanso sus yertos y ensangrentados despojos, como el mas cariñoso de sus amigos de otro tiempo....

Mas, qué es aquello que el enterador aparta dándole despreciativo con el pié?

Sepulturero.—¡Oh! Cómo rueda esa calavera; la hermosa cabeza de aquel enredador letrado que enteramos con tanto esplendor y ceremonia. Vive Dios que de nada le ha servido tanto lujo y tanta ostentacion y que hoy cede su pelado cráneo á impulso de mi pié como el del mas miserable de sus esclavos.

D Juan.—(En tono irónico.) Decid, buen hombre, por qué con tan poco respeto tratáis los restos venerables de los que dejaron el mundo?

No sabeis acaso que un dia han de reaparecer sobre la tierra y que en vano les ocultareis entonces vuestros insultos de ahora?

Sepulturero.—(Riéndose.) Disimulad, señor, que no contenga mi tentacion de reir, al oír en boca de tan apuesto galan una tan donosa ocurrencia. Nosotros aquí, habitamos entre los muertos y con ellos vivimos, nos pagan sus parientes los entierros, y no contentos con nuestros honorarios, los despojamos por las noches de trages y de joyas que á buen precio vendemos. Sembramos lechugas y coles sobre sus sepulturas y el jugo de sus cuerpos les dá vida y les cria hermosas y lozanas, y por último, les robamos sus anteriores sepulcros, arrojamos al osario ó... al muladar sus huesos y vendemos sus fosas á los nuevos habitantes de esta ciudad de la muerte. Comprendeis, señor, que tratemos con confianza y franqueza

¿ a nuestros inconscientes favorecedores?

D. Juan.—Tiene razon, y despues de la muerte, qué importa al hombre que sus restos sean arrojados ignominiosamente al muladar ó que se les entierre bajo elegante mausoleo ostentoso. Todo concluye aqui: aqui todos nos igualamos; el siervo y el señor; el mendigo y el poderoso; á todos cubre un poco de cal, y sus cuerpos convertidos en fétidas miasmas vagan en el espacio hasta convertirse en nuevos seres tan llenos de vida como ellos, antes de dejar de existir.

El opulento banquero que con sus tesoros labra suntuosos palacios en los que la orgia y el placer tienen su deliciosa morada; la noble y elegante dama que cuenta numerosos adoradores que como las hojas del olmo altivo todos los años los renuevan; el dichoso amante aventurero que por centenares puede enumerar sus con-

quistas y sus amores; el bravo militar ante quien los reyes se doblegan y huyen á la desbandada los ejércitos, lo mismo que el miserable pária y el esclavo atado al terruño con él vendido y con él menospreciado y el pobre harapiento que de puerta en puerta se arrastra implorando un pedazo de pan que allegar á los labios, todos y cada cual rinden á la muerte un tributo que deben desde el primer dia de la vida y que aquella recompensa siempre y á todos con siete piés de terreno iguales para el grande y el chico, el opulento y el menesteroso.

Oye, buen hombre; yo he conocido reyes magnánimos y opulentos en cuyos Estados nunca llegaba á ponerse el astro hermoso que ahora traspone tras los altos cerros: reyes temidos cuyos nombres solos, hacian temblar los solios de otros monarcas y los mas aguerridos pueblos y ante cuyo re-

cuerto pensaban en la hoguera lo mismo los mas sábios é instruidos maestros que los envilecidos aunque poderosos cortesanos. Sus nombres cubiertos de gloria, han resonado unidos á las victoriosas jornadas de Cerignola y Pavia, de Villalar y San Quintin, y estos grandes poderes se han hundido y sepultado en mezquinos y empobrecidos panteones, ornados, sí, de ricos mármoles, pero tambien habitados por asquerosos gusanos.

Yo he conocido valientes capitanes, cuyos tajantes aceros se han teñido en sangre en los campos de batalla y cuyos nombres se han cubierto de gloria luchando por las vanas promesas de una religion á la que faltaban constantemente, y despues de asaltar los muros de torres y fortalezas y rendir árabes reinos ante las plantas de sus soberanos, han muerto de una enfermedad repugnante como cualquier leproso de los

que atados á un árbol miramos en los campos ó los pobres que por doquiera llenan nuestros hospitales.

Yo he visto damas de sin igual belleza, á cuyos piés se han postrado mansos, como corderos, desde el alto soberano hasta el más oscuro caballero; que han provocado lances y desafíos y ante cuyas rejas, lo mismo han resonado las melodías del laud y la voz del trovador, robando á la noche su calma, que el chocar de las espadas robando á un hombre la vida. Yo las he visto arrogantes, llenas de belleza, elegantes, ricamente ataviadas y aquellas mugeres por cuyas caricias hubieran dado los hombres un mundo que tuviesen, han muerto de histérico ó de asma cuando ya sus mejillas habian perdido su hermoso color de rosa, su rojo carmin los lábios y en sus frentes se habian marcado las huellas del tiempo destructor.

Yo he visto ascetas y religiosos

de vida austera consumirse en la oscuridad del cláustro entre santas oraciones y privaciones y ayunos por alcanzar una muerte gloriosa, y han muerto revolcándose como un perro atacado por la rábida. Y he visto sábios y necios, ricos y pobres, tiranos y tiranizados, y todos en un día se han encontrado iguales, sin premio ni castigo, sin galardón ni recompensa si obraron bien, sin pena ni cadenas si obraron con maldad.

Aquí mismo lo ves. Levanta si te es dado el marmóreo sepulcro que cubre el cuerpo de aquel célebre conde, honor y gloria de renombrado linaje: aun no hace un mes que se enterró: mírale: su sepulcro es de jaspe y pórfido, sus letras de oro: levántalo; qué encontrarás debajo? Gusanos y hediondez; y ante su imágen, si antes apartabas los ojos con miedo, ahora tendrás por fuerza que separarlos con asco.

Mira, en cambio, aquella ancha fosa en la que mil cadáveres se guardan: ni una pequeña cruz de madera las adorna siquiera: los amarillos jaramagos y las verdes ortigas se han elevado para adornarla; remueve la tierra: crees que encontrarás carnes frescas y puras? No es cierto; gusanos como en la otra encontrarás tan solo.

Y en tanto, aun habrá necio que crea que el alma, ese soplo vivificador, ese universal aliento que en todo se halla y que ridículamente adornan de virtudes y superiores cualidades, goza en ciertos momentos de delicados placeres en ignorados lugares que nunca ni en ningun sitio han existido.

Canta, buen hombre, y rie; pero dime antes, (con ironia) dónde debe dormirse mejor, en mullido lecho de plumas y blancas holandas ó en este de dura y denegrida arcilla?

Sepulturero.—(Sin entenderlo.)
Prefiero en las calurosas siestas del estio mi tranquilo sueño en el interior de uno de estos enterramientos, sin mas almohada que mi chaqueta y mi brazo, ni mas colchon que el duro suelo, resguardado del sol por los muros de la sepultura y refrescado por la humedad de la tierra y sin cuidados algunos, á la mullida cama donde los grandes criminales de la córte se revuelven con un sueño turbado por mil y mil remordimientos.

Mas decidme, señor, aun no sois viejo; vuestra frente no marcan las arrugas, ni vuestros ojos han perdido el brillo de la juventud, y no obstante pensais como un desengañado anciano á quien las privaciones y los dolores hubieran hecho dudar de la clemencia del cielo. ¿Habeis sufrido?

D. Juan.—(Pobre hombre: no sabe que no solo la vejez es la que puede

contar desengaños.) Dices bien. No tengo aun treinta años; en el primer tercio de la vida me encuentro y sin embargo, te asombra mi lenguaje.

Es que hay un libro donde las edades registran sus hechos; hay un libro que pone ante los ojos del hombre cuanto á la humanidad ha acontecido, y ese libro se llama historia. En él he visto la vida de la humanidad y la vida de los hombres: el que es el panteon magnífico de todos los pueblos y de todas las razas, me ha enseñado á despreciar la vida y en él he visto que todo cae y se derrumba y como el hombre vulgar se olvida, tambien los pueblos llegan á desaparecer de la memoria.

Mira: contempla aquel cerro que parece que toca al cielo con los picos de sus rocas escarpadas y las copas de sus pinares: en su falda ha existido una hadada ciudad (1), un en-

(1) Medina Azahrá.

cantado palacio que los génius fabricaron para recreo de sus magníficos poseedores: en sus jardines se guardaban los restos de los califas y como aquellos huesos, aquellos alcázares, y como estos el pueblo que los edificó, han huido para siempre de nuestra hermosa pátria; ni el recuerdo ha quedado de sus insignes hechos.

En este mismo lugar que ahora pisamos, otro pueblo tan grande como aquel y mas antiguo, ha rendido homenaje á unos dioses que no eran los que ahora se adoran: aquí estaba un templo de Jano; nada queda de él; nada de los romanos que lo bendecian, y así como unos y otros muslimes y latinos, desaparecieron los godos; y los vándalos; y los fenicios, han pasado sobre el suelo español como bandada errante de golondrinas sobre las gigantes ondas del anchuroso Occéano.

Y esto y mucho más he visto en

aquellos libros; y esto y mucho más me dice por doquiera, que solo en el mundo vivimos un breve plazo y que este debemos gozar y divertirnos sin cuidarnos nada de ese porvenir ficticio que á muchos aterra con sus soñados castigos.

Pero se hace tarde: la noche tiene ya su denso manto de tinieblas y las nubes poco á poco van entoldando la bóveda azulada, amenazando borrasca. Adios, buen hombre; la casualidad te conserve y te dé muchos muertos que despojar y muchas nuevas sepulturas que vender. Adios.

(D. Juan se aleja bruscamente; el sepulturero le sigue con la vista corto tiempo y vuelve á su trabajo cantando á media voz:)

Sepulturero.

Con penas y con dolores
siempre me acosa la suerte:
cuándo podré descansar
con el sueño de la muerte.

D. Juan.—(Deteniéndose de improviso ante un modesto sepulcro). Por qué mi vista se dirige casi convulsivamente hácia esa tumba? ¡¡Gran Dios!! qué veo? La tumba de Isabel. De nuevo despues de tanto tiempo me vuelvo á encontrar frente á ella. ¡Pobre Isabel! Por qué tu recuerdo se presenta á mis ojos durante largas horas de insomnio? por qué, di, me persigue doquiera tu fantasma, tu imágen que tantas veces ansié contemplar y de la que hoy me aparto, sin poder conseguirlo?

Parece que cual si respondieses á un recuerdo doloroso, tu imágen evocada sin cesar en sueños y despierto, deja su helado lecho entre las tumbas, y á través de las sombras se acerca constante y enamorada á mi lado; parece que sin cesar me viene á recordar mi perfidia, y aquel dulce—¡te amo!—que pronunciabas amante en otro tiempo, resuena siempre en mi

oído como un grito de dolor que atenaceaba mi conciencia. Por qué me abandonaste? Unicamente pensando en tí, aparece ante mis ojos un porvenir de gloria y horas de dicha que nunca ya tendré, y tu imágen al aparecer ante mí parece que balbucea palabras en las que va envuelto un poco de esperanza con un mundo de desgarradoras reconvenciones.

Yo te veo, sí. No es ilusion quimérica de mis sentidos; no es el recuerdo alhagador de los amores que gocé: no: eres tú; tú, amante como siempre, que cual en horas ya pasadas para nunca mas volver; en horas de dicha inefable, de felicidad sin límites, acaricias mis cabellos, entrelazas en ellos tus delicados dedos, rodeas mi cuerpo fuertemente con tus torneados brazos como la hiedra abraza al árbol que la mantiene, é imprimes en mi frente, no en mis labios, enamorado beso de dulce miel henchido, que disipa las negras tinieblas de mi alma.

¡Oh! sí: yo te veo doquier que mi vista poso: yo te veo en las negras noches de mi infortunio, cuando el sueño viene á cerrar mis párpados, no para traerme el consuelo del descanso, sino las desgarradoras imágenes de mis crímenes, brotar como mágica sombra, radiante de luz, disipando con tu sola presencia las fantásticas visiones que turban mi reposo. Yo te veo en esas mismas noches, cuando el calor de la orgía turba mi cerebro que pugnas y te empeñas por arrancarme del cieno: yo te veo separar la muerte de mi lado, apartando de mí las puntas de los aceros, y muchas veces, hasta desarmar mi brazo que iba á herir vengativo á malhadados rivales.

Yo sé que, hoy como antes, tu alma querida es el génio protector que nunca me abandona...

Sepulturero (cantando).

Amor que en el pecho crece
ni se amengua ni se apaga,

ni con el cuerpo perece
ni con la muerte se acaba.

D. Juan.—Esa voz... la voz del sepulturero; su canto, alegre y no sentido, penetra en mi corazón como la lluvia vivificante en el corazón de la tierra agostada por los solares rayos. Ese sencillo cantar me habla á el alma, y es que acaso el espíritu de mi Isabel inspira al lábio del rudo enterador ese pensamiento profundo que tan bien suena repetido por el eco en las tenebrosas cavernas de mi pecho.

Isabel, Isabel, yo te he amado con verdadero frenesí y locura como ningún hombre ha soñado amar ni ser amada una muger en la miserable tierra. Yo te he amado, y egoísta mi pasión, como lo es siempre el amor, he sentido el orgullo de ser querido de tu virginal corazón.

Yo me he adormecido embelesado en tu cariño, y ciego y confiado he buscado otros amores y he

he desgarrado tu alma; y lo que podía conservar mucho tiempo lo he visto en un momento perdido para siempre. Yo te he amado, Isabel, y te amo y eternamente te amaré, y cuando la muerte te ha arrebatado del mundo, me he sentido arrebatado á la tumba que habia de cubrir tus despojos inanimados. Y te seguia amando, y te lloraba perdida, y muchas noches que el sol me dejaba llorando y mis lágrimas eran saludadas por la luz de la mañana, en la mitad de la noche y en la calma y armonía del silencio parecia que flotabas ante mí y me llamabas y querias para siempre llevarme hasta tu lado.

Yo llegaba al pico de la montaña y sentia el vértigo que me llamaba al abismo! Yo miraba el mar desde enhiesta roca y estabas tú allí que me brindabas á sepultarme en sus ondas, y siempre el delirio y la locura, y siempre tu amor, al que no es fácil renunciar una vez adquirido.

Yo busqué entonces á mis dolores consuelo y no lo hallé en distraccion alguna; yo iba de carrera, y los perros ojeaban el monte, y la montaña resonaba ante el trotar de los caballos y el latir de los perros, y no obstante estabas frente á mí, pero lejos, muy lejos y muy sola. Llegaba la noche, y ante el fuego del hogar calentaba mis miembros ateridos, y mis compañeros cantaban y bebían y al crugir del cierzo entre las puertas pensaba que se helaban tus huesos encerrados entre las frias y húmedas paredes de un sepulcro y que la lluvia azotaba su cubierta y la soledad te envolvía: y no hallando remedio á mi dolor, ni consuelo ni distraccion, corrí á la orgía y al deleite y apagué mis afectos embriagado completamente en la miseria y el lodo.

Maté en mi pecho todo afecto, todo cariño, todo noble sentimiento: perdí la fé religiosa y no hallándote

en el mundo, blasfemé de la clemencia de Dios, á quien no hace un momento, envuelto en los vapores de materialismo grosero, en mi conversacion negaba, y ocultando mis penas hasta á mis mismos ojos. engañando á todos y á mí mismo, he vivido miserable, y mi mano airada ha llegado en mi nauseabunda borrachera á cometer el crimen que esta tarde ha quedado sepultado dentro la tumba de un hombre. ¡Ay de mí! pero tú Isabel, regeneras mi alma; tú abres mis ojos á la verdad; tú dices á mi espíritu que no debe desfallecer ni morir; tú me regeneras hoy, y para siempre, reniego de mis crímenes y de mi materialismo. Creo que el amor no acaba sobre la tierra; creo que me he de unir á tí en otros lugares y con otra dicha; que me amas y me oyes. Hoy para siempre creo que existe un Dios, que todo lo vé y á cuyo poder no hay nada que resista.

D. Juan inmóvil ante el sepulcro de Isabel, fija la vista estúpida en el espacio, como si penetrase un objeto que le dominara y absorbiese: al torbellino de ideas que antecede síguese una completa inmovilidad mental, y mientras los cielos anubarrados y oscurecidos dejan oír alguno que otro trueno y despiden refulgentes relámpagos, los fuegos fátuos corren sobre las sepulturas con sus fosforescentes luces y el sepulturero con su azadon al hombro se aleja lentamente é indiferente cantando.

II.

En una sala interior de una taberna beben alegremente algunos hombres y mugeres: adufes, bandurrias y guitarras en discordante colocacion se observan en los ríncones y sobre las sillas: los alegres pobladores de aquella estancia llenan y apuran los

vasos constantemente y el chocar de los picheles (1) se confunde á veces con la voz de la tempestad. Por la ventana abierta se descubre el campo á favor de la luz del relámpago. César y Luis, antiguos camaradas de D. Juan, separados del general alboroto beben vino rojo y hablan bajo, como recatándose de los demás. Un viejo candil de bronce ilumina la escena.

Un bebedor.—Por las barbas de mis abuelos que el bueno de San Pedro no deja de pasear su fastidioso carro por el espacio y cruge como si rugiera una legion de demonios, al chocar con sus ruedas los empedrados celestes. Por tal de que dejara de atormentarnos con tan incómodo ruido, vive Dios, que le convidára á brindar por las garras de Lucifer, apurando de un trago este agradable licor que tanto alagra mi alma.

(1) Vaso mas estrecho por el borde que por el fondo.

Una muger.—¡Jesús mil veces! Qué espantoso relámpago: yo he visto las culebrillas atravesar el espacio: y... escucha: ya suena el trueno que parece que responde con una maldición á tus anteriores burlas. Dejemos estas bromas, abandonemos la orgía y vamos á recogernos en el reposo de vuestras casas, que estas noches de tormenta y de lluvias infunden miedo á mi pecho y me es imposible durante ellas permanecer entre el vino y los juramentos de los que habeis olvidado los sobrehumanos castigos.

(Una carcajada general interrumpe las palabras de la muger temerosa de Dios: otro bebedor de los que forman el grupo llena los vasos y elevando uno sobre las cabezas, dice:)

Bebedor 2.º—Dormir? Abandonar este lugar de goce y de deleite? Acaso creerás que vamos á ir á rezar á nuestros lechos y que vamos á aban-

donar la fiesta porque á cuatro locos de esos mundos que están sobre nuestras cabezas se les ocurra entretenerse en echar á rodar los muebles, tal vez embriagados por el vino y henchidos por completo de amorosos placeres; antes bien, bebamos y brindemos. Brindemos por el amor: por el amor sublime que nos deja gozar de las caricias y de los besos: cantemos y gocemos sin cesar, que de este mundo no se saca otra cosa que lo que aquí se disfrute.

Que la sin par Carmencita entone cañas ó seguidillas al compás de la bandurria halagadora. Tañe tú alegre esa guitarra; arranca de sus cuerdas las vibrantes notas que duermen en ellas y déjame tú, miedosilla, apurar en tus lábios un beso con el mismo calor y entusiasmo que aparo en esta copa el néctar de los dioses.

(Una salva de aplausos y frases distintas, acoje las palabras del be-

bedor. Quién empieza á templar la guitarra; quién toce y prueba su voz, y hacen palmas los más, y alguno duerme vencido por el licor que ha apurado.

César.—Ciertamente que la noche está verdaderamente imponente. Mira cómo se rasga el negro tul que los cielos encubre y los rayos hien-den los añosos robles; no parece sino que la orquesta gigante del Universo hace coro con su incesante tronar al himno báquico é infernal que en esta sala se ejecuta.

Luis.—No deja de tener su encanto esta horrorosa noche: un solo hombre falta en la habitacion que anime la fiesta. Son las doce, y aun D. Juan, el héroe de todas las aventuras, el anfitrión de todos los festi-nes, no se ha presentado á tomar la presidencia de tan escogida sociedad. Y á propósito: sabes que hace algun tiempo que nuestro digno maestro se

vuelve misántropo y que triste y meditado va abandonando los placeres de Vénus y las empresas de Marte por los sombríos recintos de las nixas y de los elfos?

César.—Escucha la argentina voz de Cármen, la muchacha mas graciosa que el suelo andaluz produjo, y te contaré despues una historia que ha hecho mella en la bien templada alma del moderno Tenorio. Qué te parece esa voz? Parece que la encantadora muchacha se transforma: su faz adquiere vida y como si un destello de la divinidad resplandeciera en sus ojos, brilla en ellos el fuego de la inspiracion. Qué dulce sonrisa vaga por sus lábios que tan gratamente acompaña al puntear de la guzla. Delicados tonos produce el tañedor; su vibracion es duice y melodiosa; ya se robustece; rasguea el laud brillante armonía; le acompaña el trueno. Quisiera escuchar este doble con-

cierto de humanas y celestiales cadencias desde un hogar solitario, para gozar por completo de tan singular contraste. Más calla: ya la bella muchacha entona su canto con voz argentina y delicada.

Cármén.—(Cantando.)

A el alma le dan vida
dulces amores
como la brisa alienta
las bellas flores;
y en un momento
mueren la flor y el alma
sin su alimento.

(Un prolongado aplauso se deja escuchar: un ronco trueno infinitamente repetido, retumba en el firmamento; el tocador continúa rasgueando la guitarra, y mientras todos apuran los vasos la cantante piensa el nuevo cantar que ha de emitir su voz.)

César.—En las palabras de esa niña, tienes el mas conciso relato de la

historia de D. Juan: sin amor no se vive: amó y vivió; dejó de amar, y en vano busca el bien que para siempre ha perdido. Isabel...

Luis.—No recuerdo ese nombre entre las conquistas de nuestro anfitrión; nunca me ha referido su historia. Será graciosa...

César.—Triste mas bien, debieras decir. Isabel tenía el alma de un ángel. No sé cómo ni cuándo se conocieron Isabel y D. Juan: yo solo sé y solo te podré contar lo que de sus lábios he oído mientras que con asombro mio, por las pálidas mejillas del que nosotros creíamos invulnerable se deslizaban algunas lentas lágrimas, que no siendo bastante á contenerlas el cáliz de su pecho, al rebosar, se derribaban por sus enrojecidos lagrimares. Escucha. Escudado por la oscuridad y á hurtadillas de padres y de hermanos, de dueñas y rodrigones se amaron los dos protagonistas

de esta historia. D. Juan, tú le conoces, es noble, valiente y generoso: su corazón, aunque endurecido por las constantes borrascas de las pasiones, siempre ha sido expansivo y franco y ha estado abierto á los sentimientos grandes y generosos. Hoy reniega y blasfema de Dios: entonces creía y creía hasta en las lágrimas de las mugeres. Isabel era una muchacha de corazón sencillo; contaba quince primaveras mal cumplidas y la mas bella flor de los prados no resistía la competencia con su hermosura, ni el mas delicado aroma de la violeta ó la azucena, al tibio ambiente de su pureza. En su semblante tenían su vivienda la gracia y el candorismo; en su alma habitaban la sencillez y el amor. Yo la ví cuando ya sus pálidos restos eran presa de la muerte; yo la ví cuando su alma había volado al cielo; que los ángeles, si abandonan aquella mansion de delicias, están

poco tiempo envueltos en las miserias de la vida.

Yo la ví muerta, digo, y al ver sus ojos negros abiertos, sin el fuego de la pasión, sin el vivificador espíritu reflejado en ellos, pensé que un destello de su alma, una mirada apasionada que lanzáran, hubiera hecho sentir, no al delicado corazón de don Juan, sino al helado y yerto de una estatua de piedra.

Tabernero.—(Entrando.) Callad un momento, sosegaos, apagad el sonido de los instrumentos, no hagais ruido, que la ronda en este instante pasa delante de esta misma casa. Sus pasos acompasados se oyen desde aquí.

César.—D. Juan é Isabel se vieron y se amaron; el corazón de la niña habló á el alma del galante mancebo y en uno y en otro el amor que dormía, se despertó violento, abrasando en gigantesco volcán los corazones de entrambos.

Tabernero.—Pasaron ya; gritad cuanto querrais. Aquí hay mas vino.

Un bebedor.—Por el placer y el amor: á cantar, y viven los cielos que noche mas famosa en mi vida he gozado. Me enloqueces, Aurora, tus ojos y tu gracia están derritiendo mi corazon; la sal de tu boca se derrama en mi pecho: déjame besarla.

Aurora.—Apartad. Pues no faltaba mas sino que dispusiérais de mí como de mercancía comprada. Estos labios que tanto os agradan, pertenecen á otro que mi corazon ha conquistado. Esta plaza no se rinde tan pronto como creéis. Haga méritos y trabaje por su vida.

Luis.—La algazara y alegria de esta gente va subiendo de punto como mi curiosidad y creo que no saciaré esta si no se remedia aquella. Ea, honrados camaradas, brindad por un ausente; por el bizarro D. Juan. Un trago á su salud.

Todos.—Brindemos.

Luis.—Ahora, cantad como os plazca; pero cuidado con las rondas, que las cárceles del santo oficio conoceis á lo que saben. Puedes continuar si te place, César; te escucho impaciente.

César.—Mas de una noche acompañé á D. Juan cabe los balcones de su adorada. Una flexible escala de seda pendia del balcon: D. Juan subia é Isabel le recibia enamorada en sus brazos. La inocente niña no sabia nada de las miserias del mundo: ella creia que amando no habia mas Dios que el ser amado, no habia mas religion que el idólatra cariño de su don Juan. Pensaba que donde están los fuertes é inquebrantables lazos de una pasion, no hánse menester otros juramentos y que nada hay mas legitimo y santo que la posesion absoluta del ser á quien se ama. Y pensaba bien Isabel, ó, mejor dicho, creia,

puesto que jamás pensó sobre ello, pues cuando un verdadero amor arde en el pecho y el tributo que se le rinde llega hasta el extremo de consumirse en él y confundiendo é identificando el ser del uno con la existencia del otro hasta llegar á formar de dos almas, solamente dos mitades de una...

Luis.—Deja tus filosóficas razones y cuéntame la historia, que mi curiosidad no permite tan importunas digresiones.

César.—Pues bien. Isabel amaba á D. Juan hasta la locura: nuestro doncel amaba á la niña con delirio; pero no por eso hubo de separarse de sus costumbres aventureras. Amaba é fingia amar al mismo tiempo á una muger de incomparable belleza, de tan sin igual hermosura, que no habia en todo Córdoba otra tan bella y deseada. Permanecia su amor en el misterio, como todas las pasiones cri-

minales se alimentan, y nada habian llegado á traslucir los nobles y la grandeza, á la que aquella bella dama pertenecia. Cónstame que orgulloso se paseaba D. Juan, de ser el hurta-
dor de los tesoros de aquel infeliz marido y se lisongeaba en el secreto su alma, escuchando los elogios y admiraciones que de la dama se hacian. Pero como siempre hay algun amigo officioso que lo descubre y alguna imprudencia se ha de cometer que los delate, es el caso que un amante desdeñado descubrió los amores y los hizo públicos, llenando de admiracion á los viejos, propagando la murmuracion entre las mugeres y haciendo cundir la envidia en en el corazon de los hombres.

Luis.—Continúa.

César — Espera un poco. Cármen vuelve á cantar y no quiero perder una sola palabra, un solo sonido de esas delicadas canciones que recuer-

dan los tiempos de los musulmanes. Sus pensamientos son sublimes, sus concepciones valientes, como formadas en unos cerebros abrasados con el calor del desierto, sus notas delicadas melodías impregnadas de sentimiento profundo. Calla y atiende.

Cármén.—(Cantando.)

En el juicio universal
junto á tí me pondré yo,
porque sin tí, con qué alma
me he de presentar á Dios. (1)

César.—Qué pensamiento tan grande y tan magnífico! qué manera de

(1) De todos los cantares que van insertos en esta leyenda, el único que no es original mio es el presente, que pertenece á la poesia popular y que debo á la amabilidad de nuestro particular amigo D. Agustin Gonzalez Ruano. Muchos y muy bellos cantares he escuchado, pero ninguno es tan bello como este. Se conserva inédito y por eso me he resuelto á publicarlo, evitando de este modo que se pierda tan bello pensamiento, como se ha perdido el nombre de su autor (R. R. de A.)

sentir y qué viveza de ingenio hay en esos poetas populares, fantaseadores de la vida y sus pasiones, que han ocultado sus nombres modestamente en las sombras del olvido, mientras sus creaciones impregnan el corazón de dulce melancolía, llevando á el alma del que las escucha el interés y sentimiento de que se hallaba poseído el poeta en el momento de improvisarlas. Qué gran idea! el alma del triste amante ha volado á esconderse en el pecho de su feliz amada: ésta la guarda cariñosa: el hombre vive desposeído de su propio ser, y en el momento en que revestido de nuevo de forma humana ha de presentarse ante el Supremo Hacedor para ser juzgado como todos los hombres, buscando su alma, se ha de colocar junto á su amada. que no solo posee el espíritu del poeta, sino que lo es ella misma que se ha fundido con él. No sientes tú la sublimidad que encier-

ran y la pasión que expresan esas palabras tan sencillas al par que tan magníficas?

Luis.—Está visto: con estos poetas nada puede sacarse de provecho; cuando con más interés se les escucha, se escapan del terreno donde se hallan y se marchan á divagar por los horizontes del espiritualismo y por los campos de la imaginación, solamente porque oyen una de tantas coplas como la gente vulgar constantemente canta. Ultimamente, tú piensas acabar tu cuento, ó vas á continuar en tus interminables reflexiones? Decías...

César.—Decía que un amante desdénado descubrió los misteriosos amores de D. Juan. Decía que una noche se encontraron los dos en la casa de aquella señora; que D. Juan insultó á su contrario y que éste abandonó la casa blasfemando entre dientes. Don Juan intentó irlo á buscar: la dama

y otro amigo se interpusieron; el caballero ofendido buscó á D. Juan, cuando sabía que no lo había de encontrar y se escondió cuando lo hallaría de seguro. La dama se desmayó: el amigo procuró calmar á unos y á otros: D. Juan juró y blasfemó, según costumbre, y de aquí resultó que si bien el encuentro y dramática escena de la casa permaneció en el silencio, no así los amores que pocos dias despues eran pasto de todas las conversaciones, y como suele decirse, la comidilla de todos los salones y sociedades. El ofendido amante los había divuigado.

No podía Isabel ignorarlo por mucho tiempo. Ya te he dicho que Isabel tenía reconcentrada su existencia en el cariño de D. Juan y creía en él como siempre creen las mugeres á los que las engañan.

Un dia un amigo hubo de contarle el suceso, ignorando sus relaciones

amorosas, y á la noche cuando D. Juan fué á verla y...

(Se abre la puerta y penetra don Juan, descompuesto el traje y el semblante pálido y desencajado: cierra la puerta trás sí y recorriendo con su mirada á los bebedores y clavándola despues en el espacio, formula una horrible maldicion: despues dice:)

D. Juan—Amenaza el cielo con sus truenos y sus relámpagos destruir el mundo, y nunca llega á desplomarse esa bóveda gigantesca: la lluvia desciende á torrentes y á su impulso salen de madre los rios, arrastran mieses y ganado, y la casa del labrador y el palacio del poderoso se vienen á tierra y se derrumban. El impetuoso desbordamiento arroja en la miseria familias enteras que antes ha cubierto de luto y jamás alcanzan á mi miserable existencia tan consoladoras desgracias. En estos momentos, una mala techumbre nos cobija mientras

la tempestad se condensa, y no obstante, no desciende el rayo que acabaría con nuestras vidas y nos mandaría á dormir el envidiado sueño de la muerte. La lluvia desciende de las nubes; tras ellas se ocultan las estrellas: por qué estas no se liquidan y nos ahogan con su agua? Miserables, aun pensais gozar: maldigo del cielo y espero tranquilo su venganza. Dadme vino.

César.—Allá va una copa: mejor no le hay en el mundo: apuradla y calmaos; vuestra escitacion es grande; decid qué la produce.

D. Juan.—Venga la copa: venga vino: mucho vino: quiero ahogar mis recuerdos en este hermoso licor. Vino rojo, vino rojo: sangre me parece y he de apurarlo, vive Dios, hasta las heces. Decid, mugeres, valientes camaradas, inspirado poeta, no os gustaria apurar sangre roja en copas de márfil?

Un bebedor.—Buen humo traeis, D. Juan. Empezábais á asustarnos con vuestra entrada, y ya vemos con gusto que solo una burla es vuestro exordio. Mirad la graciosa Cármen qué cara tan asustada y cómica habia puesto; contemplad la bella Aurora cómo contrae su preciosa boca; el bueno de Pedro qué aire de maton va hechando y este poeta melenudo qué triste y cabizbajo se va poniendo hace tiempo.

D. Juan.—(En tono irónico.) Burla decis: una burla en verdad es este loco afan de hallar lo que no es ya posible que encuentre. Harto me conoceis: jamás en mi vida, una hora de pesar se encuentra: la alegría y el placer por doquier me acompañan: mi presencia anima las fiestas. Bebamos, pues; cantemos; ya os escucho; brindad por.... mi felicidad y la vuestra. Canta, Cármen.

Cármén.—(Cantando.)

Aunque no se ve en mi cara
mucho sufro por tu amor,
que es la sonrisa y el goce
la máscara del dolor.

D. Juan.—Sublime: viven los cie-
los! En tu garganta. Cármén, hay
una grata y deliciosa armonía que
envidiarían los pardillos trovadores
de los bosques. Llenad mi copa: no
me la tengais vacia; que yo necesi-
to vaciarla constantemente para...
que mi voz tambien sea dulce y
agradable. (¡El dolor me anonada!)

César.—(Bajo á Luis.) D. Juan
sufre y finge gozar. La copla can-
tada por Cármén ha espresado lo
que en su corazon sucede.

D. Juan.—Venga mas vino, mas
vino; yo quiero ahogarme en tan
precioso licor. Dame el laud; quiero
tañer una agradable cancion, pero
tan grata que no haya su igual en el
mundo. Vosotros cantareis: hacedme
coro. (*Tañe el laud.*)

(Un relámpago ilumina vivamente la estancia y esclarece el campo. D. Juan arrojando el laud se lanza á la ventana.)

D. Juan.—¡Mi Isabel! Su cendal blanco ha cruzado el espacio; es ella, sí, es ella. Nada veo; oscuridad; tan solo sombras; la negra noche con su capuz sombrío me oculta el bello rostro que intento contemplar. Cielo maldito, rásgate mil veces, si otras tantas has de iluminar las alas del ángel de mis amores, (retumba el trueno) que el rayo caiga y destruya mi existencia prontamente; que el hierro de un adversario se sepulte mortífero en mi corazón; que se desplome el cielo y me sepulte en sus ruinas. La muerte ansío que á ella me ha de unir.

Mas qué digo? este balcon me brinda con la muerte; el abismo se abre á mis piés; el rio que cabe el muro se desliza arrastrará mi cuerpo; qué es-

pero? Adios, nefando mundo; espíritu gentil, Isabel! mia, recíbeme en tus brazos.

El espíritu de Isabel envuelto en blanco cendal y vagarosamente dibujado, se presenta delante de la ventana en el momento en que D. Juan intenta poner fin á su existencia.

El Espíritu de Isabel.—Detente, loco. Ne mi cariño sino la maldicion del cielo, es lo que te espera si consigues matarte.

D. Juan.—Isabel, mi vida, el alma de mi alma, déjame tocarte y convencerme de que no eres ilusion quimérica de mis sentidos. Déjame llegar hasta tí, abrasarme en tu ser, unirme á tí para siempre; dime que me has perdonado, que mi amor hácia tí vive aun en tu pecho, que no me has olvidado y que he de volver á concentrarme en tu alma. Déjame morir; déjame que unido á tí para siempre, estreche contra tu boca mis ardorosos lábios. (Va á abrazarla).

El Espíritu de Isabel.—Aparta; no enamorado, sino religioso te espero; cree en Dios y espera: huye de este sitio, que pronto para siempre me tendrás. Adios.

D. Juan.—No. Ilusion, fantasma, quimera ó realidad, no desaparezcas de mi lado, no huyas de mi vista, no me abandones.

El Espíritu de Isabel.—Véte de aqui. Adios.

D. Juan.—No me oye y se va. No huyas, mi bien, no me dejes: que escuche tu acento y me reanime tu voz. ¡Oh! se ha ido. Voy á buscarte, aunque en el infierno te escondas. (Toma la capa y el sombrero y corre á la puerta precipitadamente.)

César.—(Interponiéndose.) Dónde vais! Qué nueva locura teneis? Esperad.

D. Juan.—Jamás: corro tras el destino que me llama. Adios.

III.

Oscura y sin alumbrado se encuentra la calle de Abrazamozas en la ciudad de Córdoba (1); la lluvia y la tormenta arrecian. En uno de sus extremos un pequeño retablo, una imagen de Jesus crucificado se ve á la débil y mortecina luz de un farolillo que despida sus últimos destellos, azotado por la lluvia y el viento. D. Juan embozado en la capa y solo, se encuentra parado en la mitad de la calle.

D. Juan.—¿Y á qué he venido aquí? Sin duda alguna todo lo acontecido esta noche ha sido una terrible pesadilla que en vano procuro separar de mi mente. Isabel, su voz, su imagen; yo la he visto, se ha presentado ante mis ojos. Ah! no; quimera solo

(1) Hoy Valdés Leal: aquel nombre lo tomé, segun se dice, de la tradicion que nar-ramos: su anterior denominacion nos es desconocida.

de mi calenturienta imaginacion. Los bebedores, el canto, la música y el vino; esto sí es la realidad: allí he ido á gozar y he hallado solo una noche mas de infortunados recuerdos. De qué me sirve procurar aturdir mi cerebro con las háquicas canciones de la orgía? A qué voy á esos lugares nefandos? A confundir aun mas mi alma en el cieno y separarme mas aun del ángel que he perdido.

Ya estoy solo: ya puedo entregarme á mi dolor, á rienda suelta sin que importunos ojos me miren, sin que imprudentes lábios me interroguen; ya puedo llorar, llorar cuanto quiera, sin tener que sonreír y aparentar gozar felizmente, ocultando mis pesares con la máscara del placer, la mas horrible de todas las caretas.

El enlutado cielo y la fuerte llovizna; el viento que silba; el relámpago que brilla; todo me recuerda aquella triste noche en que perdí para siem-

pre el alma de mi Isabel. Ante mis ojos se presenta aquella escena, con la misma vivísima luz con que entonces se vió alumbrada.

La recuerdo bien: yo había subido como todas las noches por su balcon y me encontraba en los brazos de mi adorada: sus lágrimas corrian abundantes; había descubierto mis adúlteros amores.

¡Cuánto me arrepiento de aquel vano pasatiempo, de aquella distraccion que causó la muerte de mi querida Isabel! Me disculpaba en vano, protestaba mi cariño, y todo era inútil; bárbaramente habia destrozado su corazon y la había villanamente asesinado. Y ya era madre.

De improviso, la puerta se abrió, y un viejo, desencajado y pálido, errante la mirada, lívido de corage y de vergüenza se precipitó sobre mí con la espada desnuda. No lo quiero re-

cordar: cuánto me atormenta mi memoria!

Inmediatamente me separé de mi Isabel y me puse en guardia, desafiando la valiente acometida del deshonorado anciano. Isabel, suelto el cabello y desolada; desceñido el traje y descompuesto, con sus hombros y su seno desnudos, suplicaba y gemía, entre uno y otro.

Nada pudo evitarlo: mi espada penetró en el corazón del viejo y lo partió de una estocada.

Yo huí como un miserable ladrón, dejando en aquella casa el luto, la muerte y la deshonra.

Después vestidos negros cubrieron el cuerpo de mi Isabel, mientras que la palidez de la tisis iba cubriendo también su semblante: un mes después madre á hijo iban en una sola caja á descansar en la tumba... Desde entonces ya se ha acabado la dicha para mí. (Pausa).

Qué solo me encuentro! Mi alma helada, comunica á mi cuerpo la nieve de los desengaños; el dolor me anonada; me ciento desfallecer por momentos. En cada eco que vaga, en cada nota de la armonía universal, en cada quejido del viento, en cada gotear de la lluvia, escucho una voz que el eco reproduce en mi pecho; una voz que me grita: «malditos los que han matado sus almas; malditos los que se olvidan de la clemencia de Dios y blasfeman de su poder: para ellos no habrá ya nunca palabras de consuelo.»

La voz del trueno.—Dios me ordena que ruja para recordar á los hombres sus castigos. Desgraciados de los que se olvidan de su clemencia.

D. Juan.—Los génios se agrupan á mi alrededor y me maldicen: yo soy un réprobo odiado: ya no hay para mí consuelo.

La voz del viento.—Acuérdate

hombre, que eres una débil caña que al soplo mio se balancea; el mas pequeño impulso te arrojará en el abismo.

D. Juan.—¡Oh! si; yo soy la piedra lanzada en el torrente que corre rápida y sin que nadie la detenga, hasta hundirse para siempre en lo profundo del anchuroso cáuce. Yo soy el criminal que lanzado en la vertiginosa carrera del mal, no encuentra valladar ni dique á sus instintos perniciosos y se sepulta en la sangre que ha derramado y en el cieno que ha gustado remover. Yo me maldigo á mí, que he abandonado el verdadero camino y ya no me es posible volver á la vereda perdida.

Las voces de la lluvia, el viento y la tormenta.—Malditos los que perdieron la fé, malditos mil veces los que renegaron de sí propios.

D. Juan.—Malditos, sí, y yo lo soy.

El crimen me ha precipitado al abismo y el averno me reclama para sí: soy suyo: el eco de mi conciencia ya solo el crimen lo puede ensordecer: voy al averno, pero tambien ceñido con la aureola del mal. Parece que esta noche todo se conjura contra mí: mis recuerdos me matan, mi propia sangre me ahoga; busco el olvido en la orgía y el recuerdo brota cada vez mas punzante: huyo de ella, y en los elementos mismos escucho las voces de mi conciencia. Infierno, ya que ante mí te abres, hazme pasar mis últimas horas mas felices; bríndame aventuras y placeres; ya que no me dejes gozar en la orgía, ofréceme por lo menos los lascivos brazos de encantadora muger. A tí te pertenezco; concluyan mis horas, alegres por tu influencia.

(Una muger arrogante, cubierta con un manto atraviesa la escena; la luz que alumbraba el retablo la dibuja entre las sombras).

D. Juan.—Una muger: el infierno ha satisfecho mis deseos cumplidamente: me arrancó de la orgía y me brinda con los placeres de amor; me quitó la dicha y me vuelve por momentos el placer. Corro á beber en sus labios delicias que me embriaguen y me hagan por un instante sepultar mi conciencia en el olvido. (Se acerca á la dama).

Elegante es su porte; su cuerpo hermoso y escultórico; en él están las mas sabrosas al par que las mas nefandas promesas: mientras que la luz del nuevo dia no alumbre, gozaré en sus brazos y me enfangaré en sus amores.

(En alta voz). Solitaria sombra, fantasma evocado y aparecido para hacer gozar á un mortal; si vuestro rostro es tan bello como vuestra apostura parece decirlo, disipad por un momento las densas sombras de la noche dejándome ver vuestra faz

á favor de la luz de ese pequeño y mortecino farol.

Enlutada.—Dejadme, caballero: no os interpongais en mi camino, que acaso pudiera pesaros por toda una eternidad.

D. Juan.—Vuestra voz melodiosa y dulce mas que el trinar de un ruiseñor de los bosques; vuestra voz que suena en mi oído como una delicada melodía, trasunto delicioso de otro mundo, aumenta mis deseos y mi curiosidad. Nunca consentiré en vuestro paso. Alzaos el velo.

Enlutada.—Jamás; puede pesaros; dejadme.

D. Juan.—Intimidarme creéis? Si fuéseis un vestiglo, un mónstruo; si fuéseis un demonio disfrazado de muger, un habitante del antro infernal, no había de dejar de gozar por completo de las delicias que vuestro cuerpo me brinda.

Pero no puede ser: vuestra arro-

gante apostura me indica escultóricas formas, modelados hombros y un pecho henchido de delicias: vuestra argentina voz me indica una boca fresca, manantial constante de suspiros que esperan anhelantes mi aliento para derramarse en una catarata de abrasadores besos: vuestros ojos, á través del manto, brillan como carbones encendidos y me dan á entender que son grandes y hermosos y me convidan amantes á consumirme en el fuego de sus miradas. Señora, aunque no querrais, he de besaros y he de gozar de vos: yo así lo quiero y nada absolutamente se ha de oponer á mis amantes deseos. Venid á mis brazos.

Entutada.—Insensato, teneos. No os impone la horrible tempestad que sobre nuestras cabezas se desata? No os asusta el magestuoso aparato de los cielos, que parece que os maldicen por vuestro loco delirio? Contem-

plad esa imágen de un hombre pendiente de una cruz muerto por vos y por mí: su gigante pasión no pone trabas á vuestros impúdicos apetitos? Yo os lo suplico, os lo ruego; dejadme sola proseguir mi camino con calma.

D. Juan.—Esa tempestad no brama una maldicion de Dios; antes bien, formula un brindis del infierno: en cada uno de esos truenos hay una voz que me incita y me impulsa hácia vos; los relámpagos no son mas que los destellos que vuestros ojos despiden; y en cuanto á esa imágen, no es mas que un inanimado pedazo de madera.

¡Oh! no dejaré de besarte. Ves que me abraso en el fuego de tus ojos, y no me miras; ves que estoy sediento de amor, y no me convidas, teniendo mas frescura en tus lábios que en los manantiales hay en las umbrosas alamedas del Bétis.

Ves que te adoro, muger, y no quieres que satisfaga mis deseos. Ven á

mí (la abraza), no te escaparás; en vano es que pretendas gritar, nadie ha de oírte: en vano es que intentes huir, no has de escapar de mis brazos: y callas: no sientes contra tu pecho el violento palpitar del mio? Por qué no posas tu mano sobre él para calmar sus latidos? Déjame, déjame besarte; yo te ruego, te mando; tu amor me brinda delicias sin segundo. Dí, serás mía?

Enlutada.—Seré tuya, aunque un día maldigas mi existencia: te he dicho que te habia de pesar y no te he intimidado: tú eres un ser superior, tú me correspondes: te amo, D. Juan; ven á gozar conmigo en el ardoroso lecho de mi mansion abrasada. Bésame.

(La enlutada se quita el velo que la cubre, en el momento en que don Juan va á imprimir un beso en sus labios. El doncel retrocede algunos pasos horrorizado: una horrible cala-

vera descubren sus ojos bajo el velo de la tapada: sus huecas órbitas despiden destellos luminosos como si contuvieran dos áscuas en su interior; su boca descarnada y sin dientes arroja una histérica carcajada, en tanto que las hóceas manos del espectro sujetan fuertemente al manco. Sobre las cabezas de ambos flota vaporoso el espíritu de Isabel.

Espectro.—Ven, ven á mi lecho de dolor; delicias sin cuento te he de brindar en él; ven á gozar en los brazos de la muerte.

D. Juan.—Aparta, fantasma del averno; huye; yo te conjuro, retírate: suelta, no oprimas mis miembros con tus helados brazos.

Isabel, Isabel mia, acude en mi socorro, yo te adoro. Mi Dios, tú que me ves, acórreme; yo te pido el perdón de mis culpas.

Espíritu de Isabel.—Ven á mis brazos; tu arrepentimiento postrero

te abre las puertas del paraíso: para siempre somos ya el uno para el otro.

(El espectro desaparece después de depositar un beso en la frente de don Juan. El espíritu de Isabel se remonta al cielo, llevando entre sus brazos el alma de su adorado: la calle queda oscura y solitaria, y al mortecino resplandor de la lámpara se descubre en el suelo el helado cadáver del mancebo).

Sevilla, Agosto de 1876.

APÉNDICE.

EL AUTOR AL LECTOR.

Confieso francamente que tengo una letra endiablada y que esto ha producido muchas erratas en la publicacion que antecede, y al hacer estas ligeras advertencias á los lectores lo primero que debo hacer notar es una de estas equivocaciones estremadamente notable para que se pueda salvar de otro modo: en la primera de las leyendas, la titulada *Benu-Us-ra*, se ha alterado constantemente el nombre del protagonista: su verdadero nombre es Dschenil y se ha escrito en toda ella Dschenvil: si no fuere perfectamente histórico el asunto no me cuidaria nada de esta errata; pero no quiero que se encuentre un error tan notable en una narracion histórica.

Dicho esto pasemos adelante.

Las cuatro leyendas que hoy pre-

II.

sento al público, ninguna de ellas es de mi invencion. La denominada *Benu-Usra*, la he tomado de un capítulo del tomo primero de *La Poesía y el Arte de los Arabes en España y Sicilia* de A. F. de Schak, traducida por D. Juan Valera. A la misma obra y tomo 2.º pertenece la denominada *Ibn-Ammar*, y en una y otra así como me he permitido alterar algunas veces el texto histórico por dar mas amenidad á la lectura, otras veces me he ceñido de tal manera, que ha resultado puramente un plagio de los capítulos de aquella obra. En una y otra leyenda mi objeto ha sido dar á conocer algun tanto la manera de ser de los árabes: en *Benu-Usra* he presentado á los árabes del desierto tal cual son; en *Ibn-Ammar*, he pretendido presentar la cultura y época de los Abbadidas como ellos fueron. Si no lo he hecho no ha sido, por cierto, por falta de buenos deseos.

Las otras dos leyendas son tradicionales en Córdoba; la denominada *El Anillo del Rey D. Juan*, ha sido escrita en verso por el erudito D. Luis Ramirez de las Casas-Deza, y publi-

III.

cada en la obra que con el título de *Tradiciones cordobesas* vió la luz pública hace algunos años en Córdoba: yo no la he tenido á la vista al escribirla. Finalmente, la denominada *El Beso de la Muerte* está fundada en una tradicion que el pueblo aplica á la calle de Abrazamosas, hoy de Valdes Leal, y que D. Teodomiro Ramirez de Arellano tiené escrita en verso. El romance de dicho escritor permanece inédito y la relacion que yo hago hoy de la leyenda está tan variada de como aquella es, que solamente en el final se parecen.

Concluyo estas ligeras notas repitiendo lo que he dicho antes, que no tengo parte alguna en cuanto al fondo en estas leyendas, habiéndome limitado á vestir las: conste esto para que nunca ni por ningun concepto pueda decirse que me visto con plumas ajenas como el grajo de la antigua fábula

R. R. de A.

Sevilla, Marzo, 1877.

FÉ DE ERRATAS.

<u>Página.</u>	<u>Línea.</u>	<u>Dice.</u>	<u>Léase.</u>
Portada	2	Leyenda	Leyendas
5	11 y 13	Credjed	Nedjed
9	7	mismas	únicas
11	7-8	msallacac	nuallacac
17	20	Dschenvil	Dschemil (1)
19	8	Baejdá	Bajdá
20	17	Jerisdak	Feresdak
22	12	confiado	confiada
29	20	mujaraca	mufaraca
34	15	Kariun	Karum
38	1	mufaraces	mufaracas
40	7	Jerisdak	Feresdak
44	15	amores	amorosos
48	6	relinchar y	relinchar

(1) Repetida en toda la leyenda Benu-Ura.

65	16	En acento	Su acento
66	8	salió á	salió por
72	20	miriadas luces	miriadas de luces
74	7	ellos	él
79	19	pero siempre	pero sin que
79	20	precede	preceda
87	19	raudhes	raudhas
93	21 y 22	atanriques	atauriques
94	6	cerradura	herradura
94	20	alta de los	alta de las puertas en los
94	22	Aljaracas	Alfarges, aljaracas
102	14	arrocalle	arrocabe
103	3	sitiales	sitiales
103	19	portalon	parteluz
106	5	niña	nixa
107	8 y 23	Vanuncis	Vannucci
112	19	inconveniente	inconsciente
126	5	que que	porque
140	7	salió	sale
156	19 á 20	Muhamad	Muhammad
170	1	las jezaz	las gazas

172	Guadiana		
175	se veia		
181	ataujias		
181	Al-Montadid		
185	Az-Zahra		
186	ataujias		
200	en alta voz		
206	Al-Montadid		
230	poternas		
233	Ibu-Tadhir		
234	Ibu-Tadhir		
255	impulsaren		
255	sutil		
264	alamada		
267	se renuevan		
288	caceria		
304	humor		
	Bétis		
	se verá		
	atangias		
	Al-Montamid		
	Az-Zahira		
	atangias		
	cuarta vez		
	Al-montamid		
	porterias		
	Ibu-Jahir		
	Ibu-Jahir		
	ligaren		
	inutil		
	alamada		
	los renuevan		
	carrera		
	humo		



ANDALUCIA

